



Seix Barral Biblioteca Breve

Richard Parra

Resina

De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Resina

©2019, Richard Parra

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Bajo su sello Editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: mayo 2019

ISBN: 978-612-4379-28-4

Libro electrónico disponible en www.libranda.com

A Antonio Muñoz Molina y Diamela Eltit

CHEVY DEL 64

—I don't know why someone hasn't taken
a rifle and blown your head off.
—Even the most primitive of societies
have an innate respect for the insane.

Rumble Fish

1

Cuando estrenaron *Rocky IV*, ni la Chola ni yo teníamos guita para el cine. La noche anterior, yo perdí mis últimos centavos apostando a la minga en el billar. La Chola también estaba jodido. Hacía días que los polleros de La Parada no le daban chamba.

—Pero tiene que haber una forma de entrar, Basurero —me dijo.

—Ya no te desesperes, Chola. La película estará en cartelera un tiempazo. Ya otro día la vemos. No seas angurriente.

Estábamos sentados sobre una carrocería de Volkswagen abandonada. La Chola les lanzaba piedras a las palomas y a los perros callejeros. Estaba picón, decía que quería ver *Rocky IV* primerito que todo su barrio. Renegaba y tiraba resina a diestra y siniestra hasta que un ropavejero pasó en su triciclo:

—¡Fierro, catre, botellas! —entonaba el hombre con voz gangosa.

—Ahí está —me dijo la Chola—. Tengo una idea.

Los dos entonces trotamos varias cuadras hasta los alrededores del mercado de Matute y nos aproximamos a un buzón de desagüe cuya tapa estaba algo levantada.

—Ayúdame —me dijo la Chola—. Hay que sacarla.

—¿Estás mamerto? La gente te está mirando.

—¡A la mierda la gente! Ese botellero nos dará lo suficiente para las dos entradas por esta tapa, ya verás.

Con un palo y un pedazo de vereda rota intentamos palanquear la tapa de fierro fundido, pero nada: pesaba demasiado.

—Puja, Basurero, puja —me dijo la Chola.

—No se puede, huevas. Está durazo.

En eso, un soldador de escapes del parque Chicama salió a gritarnos.

—Fuera de acá, rateros —nos dijo y no nos quedó otra que picarla por Luna Pizarro.

—Oye, Basurero —me dijo la Chola llegando a mi cuadra—. ¿No sabes dónde hay botellas?

—En los techos.

Nos trepamos, pues, por las rejas de la lavandería Palestina. Una vez arriba, buscamos los envases cuidándonos de no fondearnos por los techos podridos. Pero fue por las huevas: apenas encontramos un puñado de pomos.

—¡Por la reconcha de su madre! —exclamó la Chola—. ¿Y ahora qué hacemos, carajo? Nos perderemos *Rocky*.

—Ya, ya, huevón —le dije—. No reniegues tanto. Que tampoco es el fin del mundo.

Cuando íbamos a bajar del techo, vimos que, en el taller de mecánica de don Mario, ubicado junto a mi quinta, un montón de botellas se apilaban detrás de una chancadora.

—Metámonos a ese taller —dijo la Chola—. Hay que zamparnos.

—No es necesario. Yo lo conozco al tío Mario. Si quieres, le tocamos la puerta.

—Buenas tardes, don Mario —le dije al señor cuando me abrió la puerta.

—Hola, Michel. Qué milagro por acá. ¿Cómo estás?

—Yo bien, maestro. ¿Y usted?

—Trabajando. Cuéntame, ¿necesitas algo?

—Quiero preguntarle algo.

—Por si acaso, Michel, no tengo propina. La cosa está hasta las huevas.

—No, don Mario, no vengo por plata.

—¿Qué quieres entonces?

—Esas botellas que tiene al fondo, ¿las necesita?

—No, para nada, sobrino. Sobraron del quinceañero de mi hija.

—Maestro, ¿no me las puede regalar?

—¿Para qué?

—Para venderlas.

—¿Y para qué quieres plata?

—Para comprarle comida a mi abuela Fidela.

—Carajo, y recién avisas.

—Usted sabe, don Mario, mi abuela está chaqueteada. Y quisiera comprarle algo nutritivo. No sé. Frejoles. Quinoa. Un hígado. La vieja está tosiendo.

—Claro, sobrino —me dijo don Mario—. Llévatelas todas. Por doña Fidela, lo que quieras.

—Gracias, maestro —dijo la Chola.

—Perdón, a ti yo no te conozco —le dijo don Mario.

—Este es mi pata del cole —le dije—. Se llama Alberto Chipana y vive en Balconcillo.

—Oigan, muchachos —dijo de pronto don Mario acomodándose su gorrita tipo Baretta—. Ya que los dos están acá, ¿no quieren ganarse una platita?

—Claro, maestro —contesté.

—¿No quieren sacar ese desmante a la calle y después llevarlo al basural de la esquina? Es que necesito espacio.

La Chola me miró con una caraza. Se notaba que no quería la cosa. Claro, era un cerrazo de desmante, pero yo dije:

—¿Cómo no, don Mario? Ahorita mismo.

—Así me gusta —dijo el señor—. La juventud chambeadora.

El señor nos alcanzó dos lampas y una carretilla de albañil y empezamos a trabajar.

—Basurero —me dijo al rato la Chola bien asado—, no vamos a llegar a la función de las cuatro. Esta mierda nos tomará hartó tiempo.

—Vamos a la función de las seis, pues, huevón. ¿Cuál es el apuro? Además, ganaremos una platita. ¿O no me digas que no te gusta chambear?

—Sí me gusta, pero la verdad, Basurero, me llega al pincho tirar pico y lampa.

—¿Y a quién no, so cojudo? ¿A quién no?

2

Había una colaza en el cine. Los zampones y revendedores se amontonaban. Era un desorden del diablo y temimos no entrar, pero una comadre de mi difunta vieja revendía entradas, y le compramos.

Dentro, las butacas estaban copadas. La gente se sentaba en los pasillos y escalones. La Chola y yo nos abrimos camino entre la multitud y nos pusimos adelante, justo debajo de la pantalla. Desde ese lugar, vimos todita la película. Al final, me jodía el cogote y la vista, pero valió la pena, caracho: fue un pelicolón.

Tan buena fue que se sintió como estar en una auténtica pelea. La gente ovacionaba a Rocky cuando le pegaba al soviético Drago. Los espectadores cantaban olé, olé, olá y brincaban emocionados. Recuerdo a un cojudo que lloró cuando mataron al negro Apollo.

La Chola alucinaba durante la peli. Conectaba golpes al aire. Gritaba lisuras o hacía pichuletas a la pantalla si le pegaban a Rocky.

—Mira ese gancho, Basurero —me dijo—. Mira ese uppercut, ese cruzado.

—De puta madre, Chola.

—Qué rico jab, carajo —dijo haciendo una finta—. Rocky es un capazo. No hay nada que hacer por mi santa madre.

A la salida, compramos un macerado de coco y nos quedamos chupando y fumando un quete sentados en una vereda frente al cine.

—Basurero —me dijo la Chola—, checa la vitrina.

Allí estaba el afiche de la película: Rocky vestía unos shorts con los colores de los Yunaites y lo alzaban en hombros. La sangre le chorreaba por el cacharro, pero aun así Rocky mantenía una expresión de entereza. No se notaba que el ruso Drago casi lo mata a combazos.

—Oye, Basurero —me dijo la Chola—. ¿Por qué no nos pericoteamos ese póster? Solo hay que palanquear el plástico y ya.

—Claro, Chola, está pichangaza.

—Tú distraes al guachimán entonces, Basurero. Haz la del epiléptico.

—Claro, mano, ahorita mismo.

3

La tarde siguiente, en mi cuadra, nos encontramos con Monino y Cacanegra y les presenté a la Chola.

—Estuvo mofotra la película —dijo la Chola—. De las mejores de Stallone. Al nivel de *Rambo I*.

—¿Tanto así? —preguntó Cacanegra—. Me dijeron que es una porquería.

—Y ni qué decir —añadió la Chola—. Stallone está con un cuerpazo. Dicen que tiene el cuerpo perfecto.

—¡Bah! —dijo Monino—. Esos compadres se inyectan pichuladas en los músculos para estar así. Es pura trafa ese cuerpo.

—Stallone no le entra a esa vaina —dijo la Chola—. Es sanazo. Puro gimnasio.

—Saoooooo —dijo Cacanegra imitando la voz de un rosquete—. Ay, sí. Ay, sí. Stallone tiene el cuerpo perfecto. Ay, sí.

—Sí, compadre —le dijo Monino a la Chola—. No hables así que pareces boyo. Y acá a los boyos nos los culeamos. Les sacamos el zango.

—Sí, cuñado —dijo Cacanegra—. Les sacamos la caca.

—Oye, Cacanegra —le dijo Monino—. ¡Qué chongo!, ¿no? Un huevón con cuerpo de tuberculoso glorificando los músculos de Stallone. Astalculo, ¿no?

—Cagonazo.

Monino se metía un basuco. Vestía una casaca de cuerina con elástico, pinzas y parches de marcas de autos de carrera. Estaba sin polo, tenía las costillas marcadas y las tetillas peludas. Llevaba unos pantalones de ocho pliegues y unas Adidas Beckenbauer robadas.

—¿Pero cómo así ganó Rocky? —le preguntó Monino a la Chola—. Si dices que el ruso Drago era chapado y pegalón y que encima peleaba dopado.

—Con pura técnica, pues —dijo la Chola imitando los movimientos de Stallone.

—Huevadas —dijo Monino—. Eso no es boxeo ni nada. Es puro baile. Además, en esas películas de americanos contra rusos siempre ganan los

gringos. Mi tío sindicalista de la CGTP dice que esas películas son pura propaganda. Allá los pavazos que se la creen.

—Era una pelea de verdad —dijo la Chola—. Yo sé de box. A mí no me engaña nadie.

—¿Pelea de verdad? No seas estúpido. Es una película. Todo es actuado, puro juego de cámara.

—Hablas así —le dijo la Chola— porque no viste la peli. La envidia te corroe, chochera.

—A ver, huevón —le dijo Monino—, si sabes tanto de box, bronquéate conmigo.

La Chola me miró extrañado. Soltó sonrisita palteada. Monino, mientras tanto, ya se quitaba la casaca y se colocaba en guardia.

—A ver, poto roto —le dijo Monino a la Chola—, enséñame cómo peleaba Rocky.

—No pasa nada, choche —le dijo la Chola—. No quiero problemas.

—O sea —le dijo Monino—, que te dicen la Chola porque eres una perra, o sea, un mariconazo aro 16.

La Chola se quitó el polo. Yo pensé que aguantaría más tiempo, pero en un dos por tres Monino lo noqueó.

Así era Monino. No soportaba que nadie se la diera de faite ni de gallito en la cuadra, porque allí mismo le bajaba la llanta. Aun así, Monino no quedó ileso: la Chola le abrió la ceja y le reventó el labio de un quechi.

Cuando la Chola se levantó, se alejó apoyándose en el muro de la lavandería Palestina hasta que, más allá, empezó a correr.

—¿Qué se habrá creído ese huevón que viene a mi barrio a dársela de mechero? —dijo Monino.

—No se la daba de nada —le dije—. Eres un abusivo, orangután de mierda.

—Oye, Basurero, ¿por qué traes atorrantes a la cuadra? —me preguntó Cacanegra—. ¿De dónde sacaste a ese imbécil?

—Del colegio.

—¡La Chola! —exclamó Monino—: qué chapa más cagona, por mi madre. Parece mote de puta. Seguro que se lo culean.

—Ya se ve, Basurero, que estudias en un colegio de puros tapa rosca —me dijo Cacanegra.

—Anda come tu seco de gato, nero de mierda y no me jorobes —le contesté.

Justo en ese momento, mi hermana Sofía y sus amigas salían del callejón y Monino les dijo:

—Mamacitas, con esos culos las invito a cagar a mi casa.

—Anda háblale así a la chuchumeca de tu madre —le dijo Sonia—. Que hasta ahora anda rematando el poto en La Parada.

—Silencio, chiquiputas —les dijo Monino—. Acuérdense bien de mí: un día las voy a cafichar.

La China Leslie lanzó una piedra. Monino la esquivó, pero no así la pepa de mango que le aventó mi hermana.

—Basurero —me dijo Monino luego—, ¿por qué no le dices a tu hermana que se venga un rato para que nos haga lo del otro día? —Y añadió haciendo como quien toca una corneta—: un rico golo-golo.

—Anda, pues, Basurero —me dijo Cacanegra—, dile que venga para que nos saque el taco.

—Si no —remató Monino—, nos lo tendrás que sacar tú.

4

Le decían Monino por su cara de babuino. Vivía en el callejón El Buque del jirón Italia con su flacuchenta madre y sus tías, unas señoras rubias al pomo

recontra lisurientas.

Su padre, un caficho de la vieja guardia, maquisapero, que andaba con zapatos blancos y chaqueta mostaza, tenía otra familia en el Rímac. Los sábados, el señor venía a La Victoria en su auto rojo, un Chevy Impala de 1964.

Monino conducía ese coche desde chico. Daba vueltas por el barrio. Una vez, nos dijo suban y nos fuimos hasta el mirador del cerro San Cristóbal. Otro día, subimos con tres amigas de mi hermana y nos estacionamos en el Parque de la Reserva. Sintonizamos salsa, tomamos pisco Vargas y nos las culeamos.

Monino quería bastante a Jimmy, su hermano menor. Paraban en el pínbol de Manco Cápac jugando Pac-Man o Phoenix, o peloteando en el parque Chicama, o jugando canga en la pista de Italia. Jimmy tiraba su pelota y entrenaba en las menores del Alianza Lima. Monino le decía Potrillo y confiaba en que Jimmy algún día jugaría en la profesional, pero la noche del 9 de marzo de 1985, mientras peloteábamos en la pista, el balón salió despedido y Jimmy corrió tras él. Pasó entonces que, por la oscuridad, Jimmy no se percató de un buzón sin tapa y se cayó dentro.

Cuando aguaitamos con una improvisada antorcha —hecha con un palo y unos harapos—, apenas pudimos distinguir una corriente negra en la cloaca. Pasada una semana, descubrieron el cuerpo de Jimmy en una letrina atorada donde se lo comían las ratas.

Del velorio, recuerdo a Monino sentado frente al féretro. A su madre, vestida todo de negro con un pañuelo en la cabeza, y, más allá, a su padre, con unos Ray Ban oscuros y un gesto de váyanse todos a la concha de su madre.

Después del entierro, a su padre se lo vio poco por el barrio. Recuerdo que una noche llegó pasadazo con una tipeja. No sé cómo empezó el desbarajuste, pero entre los dos le dieron tal paliza a la madre de Monino que la mandaron a la posta. La culpaban de la muerte de Jimmy.

Después de aquello, al papá de Monino, conocido en el mundo de la cafichería como Comerrico, no se le vio más por el barrio, ni a él, ni a su puta, ni a su Chevy del 64.

5

La Chola, Monino y Cacanegra se hicieron patas y formamos una manchita. Los fines de semana, después de arrancar carteras en la avenida Abancay, nos metíamos a los cines del barrio. Veíamos las de kung fu, Chuck Norris y Charles Bronson. Las que más me gustaban a mí eran las de Stallone y las de Arnold Chuchatumáquina.

Alucinábamos con esas pelis. Nos íbamos a las canchas del Estadio Nacional. Practicábamos cómo conectar puñetes, meter tacles, patadas voladoras y cabezazos en la nariz. El más fogoso era la Chola, quien todas las mañanas corría cinco vueltas a la Unidad Vecinal de Matute.

Y se la creía el puta: usaba zapatillas chinas, pantalón bolsudo negro y el peinado trinchudo de Jackie Chan. Comía huevos crudos, kiwicha, anchoveta y la parte negra del pescado bonito, porque decía que era la que más hierro y proteínas tenía. Los sábados, sin falta, se tomaba un vaso de licuadora de extracto de rana en La Parada.

Por iniciativa de la Chola, comenzamos a asistir a los torneos de lucha libre en el coliseo del puente Del Ejército. Allí vimos pelear al Súper Cholo, a La Hormiga Atómica y a Eusebio Karadagián. La pasábamos de la pitri mitri, pero, después de un temblor, una sección del coliseo aquel se cayó al río y la municipalidad lo clausuró.

Luego nos enteramos de que, en un corralón de El Porvenir, unos faites peleaban apostando. Una noche fuimos. El corralón aquel olía a excremento de pollo, porque decían que antes allí funcionó una avícola. Los muros eran de ladrillo king kong. Los asistentes, gente recontra saraca, venida incluso del

cerro San Cosme, formaban un círculo dentro del cual se llevaban a cabo los combates. En las broncas, valían puñetes, patadas, cabezazos, rodillazos, planchazos, codazos, pero para nada mordidas, ni estrangulamiento, ni patadones en los testículos, ni meter los dedos a los ojos.

Aquel primer día en el corralón, le apostamos dinero a un excachaco venidito de pelear contra Sendero Luminoso y que estaba más loco que la puta madre. Monino lo conocía de bistec y nos dijo “este huevón gana fijo”, pero su rival, un cholón agarradazo al que le decían Badilejo, porque era albañil, lo demolió a golpes.

Nada más saliendo del corralón, a Monino y a la Chola se les ocurrió participar en aquellas broncas. A partir del día siguiente, entonces, comenzaron a entrenarse en las canchas del Estadio Nacional. Luego se dirigían a Barrios Altos a medirse con los pirañones más berracos del jirón Huánuco. A esas broncas, Cacanegra y yo llevábamos chavetas y verdugillos por si acaso.

Después Monino y la Chola buscaron rivales más difíciles. Se trenzaron con faites de la “U”, con los berracos del Sport Boys y con unos aliancistas adictos al tabacazo. Esto fue complicado para la Chola y Monino porque aquellos barristas sí que mechaban. Para esas peleas, Cacanegra y yo llevábamos machetes encaletados dentro del pantalón bolsudo por si la cosa pasaba a mayores.

El primero en pelear en el corralón de El Porvenir fue la Chola. El puta pegó rápido: cabezazo y planchazo en la nariz a un chato recio al que le decían Niño Pez. Ese día, Monino también abolló a un tal Pesadilla Barrios, un zambo prontuariado de Parinacochas, aunque este le voló dos dientes al Mono y lo dejó con esa risita de zarigüeya que lo caracteriza.

Les pagaron una miseria en aquella ocasión a mis amigos, era su derecho de piso, pero al tiempo ya peleaban cada fin de semana por una buena guita.

La Chola vivía en una azotea con su hermana Jovita y su abuelo Absalón. Se recurseaba en La Parada pelando, inflando y pintando pollos malogrados que luego vendían en polladas.

Jovita era flacuchenta, de tetas diminutas, cabello ensortijado y carita pálida, amarillenta. Un día, mientras ella se pasaba el patrullero para los piojos en el caño, yo le miraba el culo con roche. La Chola se dio cuenta y me dio un lapazo.

—Ni la mires a mi hermana que te saco la concha de su madre —me dijo—. Ni creas que es como la tuya. Tremenda chuchumeca.

En su cuarto, la Chola tenía el póster de *Rocky IV* que nos robamos del Odeón. Otro de Arnold Chuchatumáquina cargando un lanzacohetes en *Comando*. Había fotos de hombres musculosos y también de vedettes calatas, Gisela, Amparito y Giovanna Vélez. De un clavo, colgaban unos chacos que la Chola se armó con palos de escoba y una cadena. En el piso, había unas botellas de plástico llenas de arena que él utilizaba como mancuernas.

Solamente a mí la Chola me dejaba entrar a su casa. Es que, una vez que fuimos con Monino y Cacanegra, ellos se robaron dos casets: uno de chistes colorados de Chalo Reyes, y la cinta de la banda sonora de *Rocky IV*, la música favorita de la Chola para ejercitarse. Recuerdo que llevábamos la radio a pilas a las canchitas del Estadio Nacional y tocábamos ese caset mientras hacíamos barras. A los muchachos que allí paraban les fascinaba la cinta, sobre todo el tema “Ojo de tigre”. Incluso un pugilista profesional le pidió a la Chola que se la copiara.

Más adelante, aquel boxeador, conocido como Ferriño Farfán, nos invitó a la Chola y a mí a verlo entrenar en la Bombonera. Para mi sorpresa, aquel día, Farfán le pidió a mi amigo que se pusiera los guantes y el protector y subiera al cuadrilátero a probarse con un sparring. El entrenador de Ferriño miraba

desde la esquina del cuadrilátero. Luego se le acercó a la Chola y le preguntó si quería boxear.

Pasadas las semanas, la Chola ya entrenaba casi a diario. Ya no se aparecía por el barrio cuando le decíamos que habría una encerrona con hembritas o cabros, ni para ir al striptease, ni menos para pelear en el corralón de El Porvenir. Aún más: la Chola dejó el trago y la rica pasta. Solo se dedicaba a inflar pollos en La Parada y a su sueño de ser boxeador.

En cierta ocasión, con Monino y Cacanegra lo buscamos en su quinta para irnos al cine Mundo a ver la última de Ron Jeremy, una donde el degenerado ese se metía una quebrada de columna, se chupaba la pichula él mismo y se tomaba su lechada. Esa tarde, salió la hermana de la Chola, Jovita, a negarlo. Como insistimos tanto, la misma Chola se apareció sin polo por la azotea y nos mandó a la concha de su madre.

7

A Monino le reventaba bastante esta situación porque la Chola ya no quería pelear en el corralón de El Porvenir apostando. Su entrenador le había prohibido pelear fuera del gimnasio o en actos ajenos a la Federación Peruana de Boxeo. Podría lesionarse.

—Putá madre —dijo Monino un día en el fumadero—, ese rosquete me está haciendo perder plata.

Monino ya no ganaba peleas. En las dos últimas lo habían abollado feo. Tanto trago, coca y pasta le pasaban factura.

Para ese tiempo, robábamos más. Una noche, entramos al taller de don Mario y nos llevamos una máquina de soldar, un motor eléctrico y unas herramientas que vendimos en Tacora. Con la ganancia, Monino adquirió un revólver Smith & Wesson del especial como el de Pedro Navaja y nos lideró para asaltar a una confeccionista de Gamarra, a la que despojamos de efectivo

y joyas. Un costurero marica, un characato que me sacaba la leche en el cine Mundo, me pasó el dato.

Aquel fue un gran golpe. Tanto así que los demás faites del barrio querían una tajada de nuestro botín y nos hostigaron. Nadie roba sin pagar peaje, dijeron.

Pero nosotros no nos achicamos. Nos armamos y una noche, en el billar Koy Novorin, Monino, para que ya no nos jodieran más la paciencia, lo baleó en el estómago a Cruz Carranza, un ratero bravazo del jirón Canta.

Después de aquello, Monino daba la hora en el barrio. Recuerdo que pintó en el muro de la lavandería Palestina “Monino es la realidad”. Se vestía tipo Eddie Santiago, con zapatos Chulos, aretito de perla, esclavas de plata y anillos. No pasó mucho para que, después de que asaltáramos una joyería en Miraflores, donde herimos de bala a un vigilante, Monino se comprara en San Jacinto un Chevy Impala rojo del 64, muchísimo más hermoso que el de su padre.

Monino le colocó parachoques y espejos cromados, le instaló una radio Punto Azul con cuatro parlantes y forró los asientos con piel de tigrillo de imitación. Le instaló luces de colores en el interior y una bola de discoteca en miniatura con una pequeña cortadora.

En el barrio, ya estábamos olvidándonos de la Chola, pero un día se apareció superadazo. Tenía la nariz achatada, cicatrices en las cejas. Nos saludó campante y nos dijo que, en dos semanas, sostendría una importante contienda.

—Es para el preolímpico —explicó.

—Así que te vas a las olimpiadas, Chola —le dijo Monino—. Felicitaciones. Salud por eso.

—Todavía —repuso la Chola—. Hay que pelear un largo torneo.

—Te apuesto que vas —le dijo Monino.

—Vayan a verme, pues, muchachos —dijo la Chola—, que la entrada está regalada. Apoyen a los deportistas peruanos.

—Claro que te haremos barra —le dijo Monino—. Fijo que bajamos. Le diremos al barrio que vaya también.

—Chola, yo llevaré una banderola con tu cacharro —le dijo Cacanegra.

—Eso sería mostrazo —dijo Monino—. ¡Qué buena idea!

Pero, cuando la Chola se marchó por el jirón Huascarán, Monino dijo:

—Ojalá que le saquen la mierda a ese imbécil.

—Putra madre, Monino, eres un envidioso de mierda —le increpé—. Déjalo con su vida.

—¿Qué cosa dijiste, hijo de puta? —me preguntó Monino acercándose una chaveta a la yugular—. A mí háblame bonito, carajo.

—Nada, Monino —le respondí—. No dije nada.

8

La Bombonera del Estadio Nacional rebosaba de aficionados. Nos abrimos paso a empujones. La Chola salió al ring con una capa adornada con papel metálico. Su rival era un chorrillano con cacharro de energúmeno: un tal Bolón Aguirre.

Apenas sonó la chicharra, no pocos espectadores le dábamos vivas a la Chola. Sin embargo, él estaba nervioso y enredaba la pelea. Bolón le conectó tres buenas manos a la Chola y se llevó el primer round.

En el segundo episodio, la Chola mejoró. Tumbó a Bolón con un sorpresivo cruzado. Pero este se puso de pie de un salto, como una pulga. Seguía enterito.

En el tercer asalto, noquearon a la Chola. Un uppercut le impactó de lleno en la quijada. La Chola se quedó mirando el techo con cara de ahuevado. A los

minutos, su entrenador y su gente se lo llevaban cargado tipo Túpac Amaru.

Pasado un rato, desde la entrada a los camerinos, Monino gritaba Chola, Cholita, te esperamos afuera, sal, que nos vamos por unos tragos. Pero el entrenador salió diciendo:

—Váyanse de acá, parásitos. No vengan a joder a los deportistas.

—No me hables así, viejo cojudo —le respondió Monino—. Te haces el machito porque estás acá con tu gente, ¿no, huevonazo?

El señor aquel, un torito chato, en respuesta, le propinó tal trompada a Monino que le sacó lágrimas. Cacanegra y yo lo sujetamos al Mono. Dos policías observaban la escena y no fuera que Monino sacara el revólver y se armara el acabose.

Salimos de La Bombonera y nos sentamos en los pasamanos frente al estadio a tomar un ron Cartavio. Como a la media hora, la Chola, que por una ventana nos dijo que lo esperásemos, se apareció bañadito y con un parche en la cara.

—Pucha, Chola, ¿cómo aguantaste tanto castigo? —le preguntó Monino—. Ese tal Bolón sí que era una máquina.

—Bolón es un capo —respondió la Chola—. Lo entrenó un cubano comunista y se va para campeón.

—Chola, ¿y te duele mucho el cacharro? —le pregunté.

—Como la mierda, Basurero.

—Chola, fúmate un paycito entonces —le sugirió Monino—. Para que se te pase el dolor.

—No, gracias, chochera. Paso del pay.

—Cacanegra —dijo Monino—, prepárate una toilita para el campeón.

—No —dijo la Chola—, ya te dije que paso de drogas.

—Pero mañana no entrenas —le dijo Monino—. ¿O sí? Anda, Chola, anímate: el pay te aliviará esa sacada de mierda.

Cacanegra preparó la tola. Le extrajo el filtro y un poco de tabaco a un cigarrillo. Luego aspiró el polvo con él como si fuera una aspiradora, taponeó la tola con palitos de fósforo y curseamos el paco todos menos la Chola.

Cuando se apareció un patrullero por el estadio, nos subimos al Chevy de Monino. En Huascarán compramos otro menjunje y nos dirigimos al corralón de El Porvenir.

—Putá —le dijo Monino a la Chola—, un día vente para pelear. De hecho, ganarás más plata de la que te dieron hoy por esta sacadera de mierda.

—Puede ser —dijo desganado la Chola—. Puede ser.

Curseábamos el trago viendo las peleas y, de seguro, porque estaba tan abollado, la Chola se embriagó rapidito.

—Oye, Chola —le dijo Monino—, si no quieres pasta, esnífate un chamo de coca para que no pestañees. Acá tengo la firme.

—Carajo, Mono, ya te dije que no quiero pichicata ni nada —dijo la Chola que, de un manazo, me tiró al piso la tola que yo en ese momento jalaba.

—¿Qué te pasa, Chola? —le dije—. Tranquilízate. Tampoco tampoco.

—Me llegan al pincho las drogas —dijo.

—¿Quién mierda te crees, Chola? —le preguntó Monino—. ¿Mejor que nosotros porque ya no jalas? No seas atorrante, huevonazo.

La Chola se acercó a Monino y lo pechó. Se empujaron. Luego de dos quechis, la Chola tumbó al piso a Monino. Después pateó el trago y dijo “yo me largo de esta mierda”, pero Monino le disparó por la espalda.

—¿Qué has hecho, huevonazo? —le dije a Monino.

—La cagaste, imbécil —le dijo Cacanegra.

Luchadores y espectadores huyeron del corralón. Cacanegra y yo también quisimos borrarlos.

—No se vayan —nos dijo Monino—. ¿O también quieren que les meta bala?

Subimos a la Chola al Chevy. Los asientos atigrados se ensuciaron con sangre. Eso fue lo último que vi aquella noche porque ya no quise entrar al carro. En un descuido de Monino, hui.

9

—Monino lo fondeó por un buzón sin tapa del jirón Renovación —me dijo Cacanegra en la cárcel.

—¿Y todavía estaba vivo?

—No sé. Por la Sarita que no lo sé.

A diferencia de Jimmy, la Policía nunca encontró a la Chola. Las cloacas se lo tragaron.

A mí me detuvieron en Huánuco. Quería internarme en una zona liberada por terrucos donde no me encontrarían ni de vainas. A Cacanegra lo pescaron en Chincha y, como al mes, a Monino en El Llauca. Tal parece que algunos pasteleros allegados a Cruz Carranza le dieron el soplo a la Policía.

En el penal de Lurigancho, Monino me amenazó con cortarme la verga con una lata oxidada y me advirtió que le haría daño a mi hermana Sonia, que mandaría a su viejo Comerrico si yo decía que presencié cuando le disparó a la Chola.

Declaré a las autoridades que nada recordaba de aquella noche porque estaba demasiado pasado de basuco. Pero, odio este encierro y, a veces, me vienen ganas de contarlo todo, de decir “Monino mató a la Chola por las puras huevas, y yo, jefecitos, yo no me chifé a nadie”.

Por suerte, en Lurigancho, conocí a un preso político, un abogado llamado Lucio Beuzeville. Una noche, lo encontré en el patio trasero del penal después de que los agentes le propinaran una golpiza y lo colgaran de los brazos. Aunque el alcaide, un aprista de porquería, ordenó que nadie ayudara a Beuzeville —quien yacía tirado con los brazos torcidos—, yo me las ingenié

para alcanzarle una esponja humedecida con agua y una manta. Cuando al rato lo oí quejarse de dolor por la tortura padecida, le alcancé una tola para que fumara y se le pasara. Con los días, nos hicimos amigos y le conté por qué estaba caneaado. Toda mi historia: la de Monino, Cacanegra y la Chola.

—No sientas vergüenza por ser delincuente —me dijo Beuzeville—. Tampoco es solo tu culpa. ¿No sabes que la pobreza es necesaria para que la sociedad siga viva? ¿Que toda sociedad necesita de pobres y desempleados? La pobreza provoca que los sueldos se mantengan abajo. Y la miseria, querido Michel, no deja pensar a la gente. La empuja a la delincuencia.

Beuzeville me explicó que yo era parte de una cosa llamada el “lumpenproletariado” y que, robando, en realidad, yo les hacía un favor a los ricos promoviendo la vida fácil.

—Michel, ¿por qué le robas al pueblo? ¿Por qué un día no les robas a los bancos abusivos, a los millonarios, y se lo repartes a los pobres? Ese día, amigo, ese día te aplaudiré.

Yo lo dejaba hablar a Beuzeville, me parecía tierno, pero me importaba un carajo su chamullo. Yo me hacía el interesado porque quería pedirle ayuda como abogado.

—Michel —me dijo Beuzeville cuando se la pedí—, tú y ese tal Cacanegra no debieran estar presos. Ustedes no mataron a nadie.

—Sí, pues. Los testimonios lo friegan a Monino. Y a nosotros nos acusan de ayudarlo a desaparecer el cadáver.

—Pero, ¿tú estabas cuando lo fondearon por el buzón?

—No.

—Entonces no tienes nada que temer.

—¿Y por qué estoy preso?

—No dices que la federación de box armó un escándalo por la Chola. Por eso tal vez.

—Sí, pues. Hasta salió en los periódicos su historia.

—Yo que tú, Michel, la verdad, no me preocuparía tanto. Sin el cadáver de la Chola, ni la autopsia, en el papel, no hay crimen y, tarde o temprano, te soltarán. En el peor de los casos, por exceso de carcelería.

Monino no pudo explicar las manchas de sangre en el asiento de su Chevy. Dijo, con su caraza de palo, que era la menstruación de una de sus jebas.

Ha pasado más de un año desde que Monino se enfrió a la Chola y creo que ya asumió de que tiene para rato en el pabellón de homicidas. Incluso, por momentos, me da la impresión de que el encierro no lo mortifica. Por el contrario.

EN EL RÍO CULEBRA (LA PICHICATA ES LA SOLUCIÓN)

It is not down on any map; true places never are.

Herman Melville, *Moby Dick*

1

No sé quién fue la que me parió, pero Marcial me dijo que a mi madre la mataron los indios de Amaru.

—En mala hora que arribó tu madre —me dijo Marcial—. Esa noche, su balsa justo cruzó por donde los indios nos preparaban una emboscada. Y gracias a Dios que nos dimos cuenta y logramos espantar a los chunchos a balazos. Y, como te conté, fue suerte que nacieras. Yo mismo tuve que abrirle la panza a tu madre, que agonizaba por los flechazos. Con un puñal te corté la tripa y te limpié con las aguas del río Culebra. Pero ya nada pudimos hacer por ella, Cipriano. Tuvimos que lanzar su cuerpo a la corriente porque, si no, los salvajes la habrían profanado.

2

El pueblo de Marcial quedó sepultado. Una parte del nevado Huascarán se derrumbó y lo dejó convertido en un yermo terreno al que ahora llaman Camposanto.

El día del terremoto, Cipriano —me dijo Marcial—, yo me hallaba en una colina con mi hermano cazando. Por eso me salvé. Sin embargo, tuve la desdicha de ver cómo una ola de lodo y piedras arrastró a mi madre.

Tras el desastre, algunos paisanos de Marcial se trasladaron a Chimbote a buscarse la vida en las apestosas fábricas de harina de pescado del magnate Banhero Rossi. Otros, se dirigieron a Lima, a tirar pico y lampa y a residir en las cochinas barreadas de El Montón. Otros, como Marcial, aceptaron la solución que el gobierno del general Velasco Alvarado les ofreció: ser reubicados como colonos en la selva.

Así pues, desde Yungay, en un camión, los milicos trasladaron a trece familias hasta Aucayacu. Allí las hicieron abordar una lancha. Tras días navegando entre la espesura, llegaron a su destino, una pequeña aldea sin nombre donde los recibió el sacerdote Anastasio Valera, un misionero que se encargaría de instruirlos para su nueva vida.

Cierta noche de tormenta, mientras tomábamos chuchuhuasi en un puterío de El Hechizo, Marcial me contó de aquellos primeros días.

—Los árboles, Cipriano, se elevaban como atalayas. Recuerdo que las lianas caían interminables. El calor sofocaba en el monte y, de tanto cortar tallos y ramas, los machetes se quedaban sin filo. Además, los bichos no dejaban de joder: pululaban hormigas gigantes, tumbaburros, alacranes y mosquitos. También anacondas y shushupes. Yo tuve que aprender a nadar para cruzar traidores ríos y perderle el miedo a las pirañas. Y le ganamos a la selva, apisonamos la tierra y fundamos El Ensueño. Recuerdo bien esa noche: fue junto al promontorio, iluminado por cientos de parpadeantes luciérnagas, que el padre Valera clavó una cruz de madera y celebró una misa.

Las siguientes semanas, con la madera talada del bosque, los colonos alzaron la casa de Dios, el fuerte para repeler a los chunchos y un calabozo para los faltosos. Instalaron puentes colgantes, así como sogas y huaros para cruzar de una orilla a otra.

Tras ello, el padre Valera fue elegido alcalde por los colonos. Y lo primero que dispuso fue que se acondicionara la cocina comunal, el nido y la

escuelita primaria. Ordenó, asimismo, que cada quien construyera su casa y que se dedicara a sus chacras, y no a la coca. Aquel día lo dijo bien claro: que las mujeres se pusieran a parir para que aumentasen los habitantes, que solo así la colonia se consolidaría.

—Al pueblo lo llamamos El Ensueño —dijo Marcial— porque había abundancia. Solo tenías que ir al bosque y coger los frutos. Había naranjas, plátanos, piñas y cocona. A mí me encantaba recolectar caracoles para la sopa. Tiraba semillas a las chacras y aguardaba la cosecha. Me introducía a los ríos y colmaba las redes con doncellas y carachamas. Cazaba sajinos, monos y charapitas. En las noches sin luna, metía luciérnagas en una bolsa. Esa era mi lamparita. Pero esa prosperidad, Cipriano, de un día para el otro, todo eso empezó a fregarse.

Recuerdo bien la primera arremetida violenta contra El Ensueño: esa noche, los chunchos degollaron a un centinela, envenenaron el agua del pozo y mataron varios cebúes. También desbarataron la posta, la incendiaron y raptaron a la enfermera.

—¿Y qué hicieron? —le pregunté a Marcial.

—Yo quería pelear contra Amaru —respondió—. Sin embargo, el cura Valera se oponía. Fantaseaba con cristianizar a esos salvajes, fundar otra misión. Ansiaba un acuerdo como el que lograron los misioneros de El Hechizo con el apu Pizango.

—O sea, ese cura era una molestia, ¿no? —le preguntó el Cardenal a Marcial.

—Sí, pues, don —le contestó Marcial—. Además, se oponía a que nos metiéramos al negocio de la pichicata. Pero nadie lo contradecía. Valera era padrino de muchos. Papá de varios niños. En El Ensueño lo amaban. Tenía ese carisma, sabe. Yo lo estimaba también. Me enseñó a leer, escribir y trabajar. Pero él no veía la realidad.

—Y por eso te lo chifaste, ¿no, Marcial? —le dijo el Cardenal—. Porque era un correcto, un legal, no un hijoeputa como tú.

3

—Lo conocí a tu padrastro Marcial en un burdel de El Hechizo —me dijo el Cardenal—. El general Aristóteles Cerrón me lo presentó. Yo le dije a Marcial que conversáramos como hombres de respeto y le sugerí que le entregara su escopeta a mi centinela, la chito Guadalupe Trinidad. Nos sentamos en un reservado y ordenamos siete raíces y tacachos con suri. Marcial me habló de su vida, de su familia, de su pobreza, de la fundación de El Ensueño, de cómo se enfrió al cura, pero en un momento se fue por las ramas, hasta habló de sus papagayos. Así que de modo cortante le pregunté:

—¿Qué es lo que quieres de mí, Marcial?

—Que compre nuestra coca, don Cardenal. Vea, en El Ensueño crece como mala hierba. Además, el general Cerrón me dijo que usted sueña con instalar pozas en esta zona. Nosotros podemos ayudarlo alquilándole tierras.

—O sea, para eso mataste al cura Valera. Para mover el negocio.

—Hable más bajo, don.

—Ay, Marcial. Me conmueves, pero mis campas me cuentan que no se puede trabajar tranquilo por El Ensueño. Que los chunchos de Amaru hacen problema. Dicen que a ustedes les han usurpado la tercera parte del terreno que les regaló Velasco.

—Es verdad. Joden y joden, sí, pero ya no son lo de antes. Una peste de uta los ha golpeado. Ya no atacan tan bravo como en el caserío de Cristo Rey, que lo redujeron a cenizas.

—No seas huevón, Marcial. Nunca subestimes a un apu.

—No los rebajo, don, pero creo que ahora es el momento de golpearlos. En El Ensueño tenemos las ganas, el ímpetu, los odiamos, pero no tenemos

armas ni soldados preparados como usted, don Cardenal.

—O sea, ¿quieres que nosotros nos lo chifemos al indio Amaru?

—Sí.

—Dime una cosa, Marcial: ¿tengo cara de sicario?

—La verdad, don, un poquito. Pero piense en esto. Si nos ayuda con ese tema, recuperamos nuestras tierras y, a usted, le prometo que le alquilamos las mejores. Claro, nos paga una rentita y así nos favorecemos todos. Total, no somos comunistas.

—O sea, Marcial, yo hago el trabajo sucio y tú cobras.

—Mire, don Cardenal, le garantizamos alta producción. Nada de cabeceos como se escucha en otros lados.

—Y, si se puede saber, ¿cuánto vas a querer de ganancia, Marcial?

—Treinta por ciento.

—Carito, eh.

—Es buen negocio.

—Pero, Marcial, no soy un asesino. Mis soldados tampoco son mercenarios. Son gente de negocios. No te confundas.

—¿Por qué no se viene un día por El Ensueño, don Cardenal? Para que vea nuestras tierras. Además, están bien posicionadas. Nadie las encontrará ni siquiera por aire.

—No, Marcial. Si yo mato a Amaru, pierdo mucho. Pondría a los chunchos en mi contra, y no quiero eso. Más bien, si te parece, a ti y a tu gente, les alquilo armas y los entreno por un precio razonable. Así ustedes mismos resuelven sus problemas.

—¿Por qué se hace tanto de rogar, don Cardenal?

—Porque puedo, pues, carajo. Y porque me da la gana.

El pueblo siguió el féretro del cura Valera por la avenida Velasco Alvarado. Los pobladores habían colocado alfombras de orquídeas sobre la pista. Algunas queridas del sacerdote y sus entenados lloraban junto al cajón.

Marcial, con cara de palo, marchaba a la delantera. Vestía un traje oscuro de tres piezas con tirantes. Fumaba. Iba con lentes oscuros de policía. Portaba en una mano una flor amarilla y, en la otra, el Libro de los Salmos.

Los campitas cristianos le presentaban respetos al apu Valera, como lo llamaban. Pero los paganos necios de Amaru que vivían en la superstición juraron que se robarían su hinchado cuerpo del camposanto. Por eso, al religioso no lo enterramos en el cementerio. Lo introdujimos en una improvisada urna metálica. Colocamos dentro varias piedras y fierros pesados. Luego sellamos la caja con soldadura, la subimos a una balsa y, en medio del río Culebra, la fondeamos.

En los siguientes días, el Cardenal y sus hombres se aparecieron en El Ensueño. Recuerdo que nos admiramos de sus armas y de la manera musical de hablar de algunos de ellos, propia de extranjeros. Al atardecer en la plaza, el Cardenal, con Marcial al lado, convocó voluntarios entre los jóvenes del pueblo. Yo y varios nos enrolamos.

Más tarde, en pleno monte, el Cardenal nos dijo:

—Lo primero que tienen que hacer, chiquillos, es desalojar de sus tierras al apu Amaru. Sé que muchos de ustedes lo desprecian, y seguro que le tienen ganas, pero no se dejen llevar por el odio. Esto ya no es una venganza, es algo más. No se muevan por el vulgar resentimiento, que no sirve para hacer plata. Y otra cosa. No se olviden de ir donde sus padres, que hay varios que todavía respetan el legado del cura Valera. Persuádanlos de que se dediquen a la coca, y no a esos frutos que no les procuran más que migajas. Díganles bien clarito que la pichicata es la solución para este pueblo. Y que no le tengan miedo a la

ley, porque en este país de mierda todo tiene precio, y nosotros podemos pagarlo.

5

—Don Cardenal —le dije—, Marcial quiere ser narco como usted. Dice que lo tendrá cerca hasta que, en un descuido, lo cague. Así habla de borracho.

—¿Qué cosa cree? ¿Que no sé lo que está pensando?

—Parece que no, don.

—¿Y de verdad lo que dicen? ¿Que lo enfrió al cura Valera?

—Sí.

—¿Cómo?

—Una noche Marcial se pasó de tragos y se escabulló a la cabaña de Valera. Levantó el mosquitero y le aventó dos víboras.

—Carajo, qué cobarde. ¿Y tú qué tal te estás llevando con él?

—Regular. De chico me trataba mal. Me mandaba dormir junto a los gallineros, a un cuartucho donde de noche se metían murciélagos. Nunca me dio su apellido el puta. Me bautizó con el apellido Candelaria, que era de un amigo suyo muerto en el terremoto de Yungay.

—¿También te pegaba?

—Me daba con una chancleta y un chicote. Una época lo llegué a odiar y todavía más cuando los milicos se aparecieron en El Ensueño para llevarme. No me defendió. “Llévenselo”, les dijo Marcial, “que acá no hace nada más que haraganear y pachamanquearse con la india Sonia, la sirvienta”. Después, don Cardenal, los cachacos me llevaron a un cuartel, pero no duré mucho. En un entrenamiento, recibí un balazo y me dieron de baja.

—O sea, Cipriano, ¿en el Ejército aprendiste a disparar con ese tino?

—Sí, don, hasta me recomendaron de francotirador, pero después de que me botaron ya no quise volver a El Ensueño. Yo ambicionaba chambear en un

taller de mecánica de camiones y llevarme a Sonia a Lima, pero me dijeron que ella estaba preñada, así que regresé al pueblo a ajustar cuentas con el pendejo que se la culeó. Fue entonces que la misma Sonia me confesó que Marcial le dio burundanga con cocona y que le metió pichula. Desde entonces, don Cardenal, Marcial ya no es nada para mí.

—¿Nada?

—Nadita, señor.

6

Le decían el Cardenal porque se inició como sicario de Petronilo Valdés, alias el Papa, un narco que operaba en Pucallpa. Por su crueldad y su decisión, el Cardenal llegó a ser guardaespaldas de aquel mafioso. Contaban que llegó a liquidar a tiros y chaira a tantos como edad tenía.

Pero, después de que unos colochos de Pablo Escobar ultimaran al Papa tirándolo desde una avioneta en pleno vuelo por el río Mantaro, los hermanos de Valdés se adueñaron del negocio y lo cerraron al Cardenal. Con el argumento de que “los trapitos sucios se limpian en casa”, los hermanos les encargaron a unos sicarios que acribillaran al Cardenal, pero este logró matar a ambos con un petardo y huir en una motocicleta lineal.

Pasados unos días, la Guardia Republicana lo arrestó borracho en un hotel de Huánuco regentado por un soplón y se pasó cuatro años encanado en la prisión de Potracancha. Contaba con viejas denuncias en Huánuco por proxenetismo y asalto a mano armada.

En cana, el Cardenal ya no se mostraba insolente. Llegó a la conclusión de que esa actitud no le serviría de nada si quería llegar a ser alguien de peso en el hampa. Le ayudó que compartió celda con un próspero comerciante que, en un arranque de celos, eliminó a su esposa y al amante de esta con una comba. Aquel hombre, que había asistido a una escuela de administración, le enseñó

al Cardenal ciertos principios de liderazgo y a desenvolverse como negociante.

Cuando lo liberaron, el Cardenal renunció a la venganza inmediata contra los Valdés. Se haría el loco, esperaría el momento adecuado, me borraré por un tiempo, se dijo. Su amigo el administrador, por su lado, le cedió un terrenito en El Hechizo donde el Cardenal instaló su primera poza de maceración. Tras unos meses, el Cardenal intentó sacar al comerciante de la cárcel. Hasta contrató a un abogado con contactos con magistrados corruptos, pero se enteró de que al administrador un adicto lo degolló con una lata durante una reyerta.

7

Cuando el Cardenal inició su ofensiva contra el apu Amaru, ubicó a los enemigos del cacique. Aprehendió a miembros de su tribu y los obligó a cantar a punta de fierro caliente. Descubierta el refugio de Amaru en el monte, en un sector conocido por los evangelistas como Lomo de Culebra, lo empezaron a presionar con incendios e incursiones relámpago en donde lanzaban petardos.

Al verse en desventaja, los chunchos de Amaru huyeron río abajo en canoas. Nosotros los perseguimos con botes. En la mañana, cuando los tuvimos cerca, desde lejos, con un rifle M40 con mira telescópica, liquidé al cacique. Pasadas las horas, al volver a El Ensueño con los despojos de Amaru como trofeo, el Cardenal le dijo a Marcial:

—Desde ahora, Marcial, usted ya no es nada en El Ensueño. Ahora mando yo.

—¿Qué cosa? —preguntó Marcial.

—¿Sí o no, Cipriano?

—Cierto, don Cardenal —respondí.

—Rosquete traidor —me dijo Marcial—. Ahora te me volteas como cabro. Si no fuera por mí, estarías hundido en el río como la ramera de tu madre.

—Ya no te hagas bolas, Marcial —le dije—. Mejor hazle caso al Cardenal.

—Eres una mierda —me dijo Marcial y empuñó su escopeta.

Acto seguido, al Cardenal solo le bastó levantarle la ceja a uno de sus matones para que este le volara los sesos a Marcial.

8

A El Ensueño llegaron serranos, campesinos cristianos y chunchos domesticados a trabajar, porque la gente del pueblo ya no quería machetear, pisotear la coca ni estar de cargadora.

Aparecieron negocios, peñas, casas de apuestas, fondas y pulperías. Para Año Nuevo, en la avenida Velasco Alvarado, el Cardenal inauguró dos burdeles con mujeres y travestis operadas venidas de Iquitos y Brasil. En 28 de julio, el patrón trajo circos, cumbiamberos argentinos, vedettes y hasta comediantes de *Risas y Salsas*.

Al año siguiente, el Cardenal emprendió la construcción de la suntuosa Casa Blanca: se trataba de una estructura amurallada, con alberca, estatuas de mármol, huerta con zoológico y pasajes secretos. No solo en El Ensueño, sino en los pueblos colindantes no había autoridad que no recibiera directivas y sobornos en la Casa Blanca. Y, si algún opositor al negocio aparecía, el Cardenal me ordenaba que mis muchachos y yo lo escarmentáramos con soplete y alicate.

Cuando los padres del Cardenal perecieron después de que la DEA cañoneara su avioneta, el mismo Cardenal comenzó con la costumbre de

recordar con lujo a los muertos en El Ensueño. Rescatados los cuerpos mutilados de sus padres, los metieron en unas congeladoras. Tras ello, mandó traer ostentosos cajones y unas planchas de mármol de Chongos Altos. También convocó a unos maestros escultores de Junín.

Pasadas unas semanas, terminado el mausoleo, que estaba rodeado de estatuas de ángeles replicando la última morada del clan Kennedy en Virginia, por fin se realizó el funeral de sus padres, el evento más solemne que presencié en El Ensueño.

9

Hallamos algunos mastines del Cardenal colgados del cuello en los árboles con cartelitos diciendo “muerte al perro narco”. La siguiente semana aparecieron los infames hitos a las afueras de El Ensueño: cadáveres despanzurrados de mis hombres botados por los caminos que marcaban la entrada a la zona roja.

Los guerrilleros del camarada Alipio se presentaron en los caseríos vecinos hablando de que los narcos se volvían millonarios a costa de la necesidad y el hambre del pueblo. Que este pueblo recibía solo migajas del millonario negocio. Con ese rollo, hasta convencieron a los hermanos de Sonia a que se unieran al terrorismo.

Después los senderistas entraron a Pendencia, en donde vivían gentes dedicadas al contrabando muy envidiosas del poder y la plata del Cardenal. Y fueron esos mierdas de Pendencia quienes pensaron que, con Sendero, podrían presionarlo a mi patrón.

Y, sí, de un día para el otro, los putas empezaron a demandar cupos en los caseríos que trabajaban con nosotros. Hasta pusieron un peaje en el puente Culebra. Semanas más tarde, con la gente de Pendencia, los senderistas de

Alipio irrumpieron en El Hechizo y se ensañaron con el comisario. Lo mataron a pedradas tras un juicio popular.

En represalia, el Cardenal, que era íntimo del comisario, ordenó que respondiéramos con todo. Cercamos, pues, a las fuerzas de Alipio en las faldas de una colina. Recuerdo que, en ese tiroteo, yo maté a varios terrucos y que, bajando la cuesta, con lanzas y piedras, nuestros chunchos drogados de pasta básica remataban a los heridos.

Ya estábamos prestos a reventar a los últimos guerrilleros de Alipio cuando, hasta ahora no me lo explico cómo, porque los teníamos acorralados, consiguieron huir por la espesura. Fue como si la selva se los hubiera tragado.

10

Los terrucos dinamitaron el puente Culebra, la única entrada a El Ensueño. Acabaron también con las pistas de aterrizaje y hundieron nuestros botes.

El general Aristóteles Cerrón le prometió al Cardenal despacharnos soldados de refuerzo. Pero, a la hora de la verdad, el puta se cabreó.

—Imposible mandar efectivos del Ejército a pelear en el bando de los narcos —le dijo Cerrón por la radio al Cardenal—. Sería rochoso.

Los terrucos cercaron El Ensueño, y muchos soldados del Cardenal mostraron su rosquetería y se corrieron. Pero unos cincuenta nos atrincheramos en la Casa Blanca. Nos apostamos en las atalayas y en las murallas con kalashnikovs, lanzacohetes y harta munición. Fueron noches sin dormir las de aquel acecho. Hasta nos drogamos para aguantar el sueño y el hambre. Incluso, el Cardenal rompió la regla de oro de los narcos: no jalar de la propia pichicata.

Como los terroristas cortaron las rutas de abastecimiento, a los días, el alimento comenzó a escasear. Tuvimos que beber agua de lluvia y comer monos y sabandijas.

De los soldados que iniciamos la defensa, al mes, ya solo quedaba una veintena. Y fue por ese tiempo que la moral del Cardenal comenzó a quebrarse. Un día entró a los corrales de sus últimos perros de presa y los acribilló porque lloraban de hambre.

La Casa Blanca olía a muerto. Los cuerpos yacían aquí y allá, en los corredores, los patios, en las piletas de mármol, junto a las estatuas y barricadas. La sangre se amontonaba como un budín en las esclusas. Aun así, todavía teníamos municiones y la esperanza de que la machorra Guadalupe Trinidad, a quien el Cardenal mandó a contratar mercenarios, volviera.

Sin embargo, cuando tiraron las cabezas de ella y sus principales por encima de las murallas de la Casa Blanca, supimos que todo estaba jodido.

11

El helicóptero se detuvo sobre el corazón de El Ensueño. Rugía. El eco lo cubría todo. Llegó disparando, metiendo bombas a los indios y terrucos que nos acechaban. Como era de noche, se veían rayos, lluvias de candela que descendían del cielo. Se elevaron zarzas que el diluvio no apagaba.

La nave, que tenía pintada una dentadura de dragón en el fuselaje, descendió en el patio de la Casa Blanca. Herido de lanza en el costado (hacía días, una campa le había dado de lejos), el Cardenal salió de su encierro jalando a su hija y a su señora, las dos enfermas.

Mis hombres y yo le rogamos, exhaustos, que nos ayudara a escapar. Que nos jalara hasta Aucayacu. Pero el jefe nos dijo que el general Aristóteles Cerrón, quien en persona piloteaba el helicóptero y a quien le pagó con lingotes de oro, solo los rescataría a él y su familia.

Dos chiquillos desesperados se colgaron de los patines de aterrizaje y los cachacos les dispararon. Tras ello el helicóptero se elevó en línea recta hasta desaparecer.

Luego indios y senderos saquearon la Casa Blanca. Se llevaron hasta los cagaderos. A algunos compañeros los pescaron en el monte, acurrucados en cuevas o escondidos en los leprosorios, mezclados con gente putrefacta. A esos los decapitaron y colocaron sus cabezas en lanzas frente al mausoleo. Luego sacaron sus cuerpos en carretillas y los aventaron a las espesas aguas del río Culebra.

El Cardenal me había dicho que, saliendo de la Casa Blanca, por un secreto túnel que le mandó excavar a un ingeniero de minas de Cerro de Pasco, yo llegaría al cementerio. Así que, alumbrándome con una linterna, avancé por ese hueco anegado en cuya agua flotaban lombrices y nadaban ratas. Caminé encorvado por ese corredor que se hacía más pequeño conforme yo adelantaba hasta que encontré hartas calaveras, huesos y, finalmente, una compuerta. Salí, pues, al cementerio. En la orilla hallé una canoa.

Afiebrado, la corriente me arrastraba hacia un cruce de ríos. Trataba de remar en contra o desviarme hacia las orillas, pero la fuerza del agua me jalaba hacia donde unos troncos giraban formando un remolino. El caudal me chupaba y, como en un distante sueño, vi que, bajo las rojizas aguas, el envilecido cuerpo de mi madre chapoteaba.

ROYAL BURGER

—Geoff, what possess you?

—Sobriety, I'm afraid. Too much moderation.

I need a drink desperately to get my balance on.

Malcolm Lowry, *Under the Volcano*

1

Tigre yacía sin camisa sobre el grass. La cabeza y la ingle le dolían horrores. Por la tremenda borrachera que se había pegado la noche anterior, apenas recordaba que se chupó de pico una chata de pisco Vargas en plena calle y que casi se agarró a golpes con dos serenazgos.

Todavía tirado sobre el pasto húmedo, se le vino una imagen: la de una grasienta hamburguesa royal. Claro, se dijo Tigre y recordó La Carcochita, el camioncito de comida rápida del jirón Risso. Pero, ¿cómo llegué hasta allá? Si yo estaba lanzando chilcanos con Fiorella en el Juanito de Barranco.

Putá madre, carajo, no recuerdo ni michi. ¿Y Fiorella?, pensó. ¿Dónde miércoles estaba Fiorella?

Tigre menos se acordaba cómo se embutió la susodicha hamburguesa. Es que estaba tan intoxicado y sin control de sus movimientos que la carne, el huevo frito y las papas al hilo se le chorrearon al piso.

Aquella noche Fiorella lo vio recoger pedacitos de carne molida del suelo, untarlos con el rocoto regado, metérselos a la boca y engullirlos.

—Eres un asco, Tigre —le dijo Fiorella—. ¿Para eso chupas? ¿Para dar pena?

Tigre tampoco recordaba por qué más tarde Fiorella le propinó un rodillazo en los testículos que lo dejó retorciéndose de dolor en el piso.

2

Su camisa azul acero estaba manchada con rocoto y guacamole. Fiorella, su “amiga con derechos”, como ella se definió en un DM, aborrecía aquella prenda. Decía que era propia de un cajero de banco, de wachiturro, o peor, cholazo, le dijo, de un “prosor” de computación de Wilson.

—Es pacharacaza —le dijo Fiorella en el Juanito—. Parece la camisa del Monstruo en computación. Pucha, la próxima que te la vea, te juro que me largo. Qué roche.

—Pero, Fiore, ¿qué tiene de malo? Camisa es camisa. Además, esta no me la compré yo. Me la regaló mi ex, la doctora.

—¿Tu ex? ¡Por favor! Esa huevona era tu cache y punto.

—Sí estuvimos, oye.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron? ¿Tres semanas?

—Dos.

—Carajo, ¡qué tal idilio! Das envidia. Ni el Conejo y la Preysler.

—Para que veas.

—¿Y de dónde te habrá sacado esa camisita la huachafa esa? ¿De un campo ferial? Qué mica más corriente, caracho.

—Lo que vale es el gesto de la doc.

—Bah. No le digas doctora a esa que nunca pasó el examen de residencia. Es una bruta esa baby metal. Tres veces jalada. Del Crypto tenía que ser.

A Fiorella, Tigre le decía “la tía fashion”. Es que la afición de Fiorella por la ropa de diseñador, los relojes caros y los zapatos italianos era tal que andaba súper endeudada con exclusivas boutiques del Jockey Plaza y Larcomar. Tigre recordaba que cierta tarde, en un hostel de Petit Thouars con

acceso a xHamster Premium donde se citaban y veían pornos de transexuales, Fiorella comenzó a recibir insistentes llamadas de una compañía de cobranzas.

—Pero yo sí puedo pagar mis deudas —le dijo Fiorella a Tigre—. En cambio, ¿tú? Pucha, siempre paras chihuán. Te veo con las mismas botitas de vaquero y el mismo polo del Pablo Honey ya dos años. Y no te me resientas, Tigre, pero ya es hora de que te busques otra chamba. By the way, todavía me debes los 100 dólares que te presté para tu pisco Viejo Tonel y tu psicoanalista.

—¿Qué pasa, princesita aimara? ¿Me estás apurando? ¿No quedamos que para fin de mes?

—No te apuro, cholazo. Más bien, en lugar de gastarte la guita en huevadas, te hubieras comprado una buena mica. Las Calvin Klein están regaladas en el cierra puertas de Saga.

—No me digas cómo vestirme, Fiore, que para la próxima vengo con mi camiseta de la “U”.

—Putra madre, Tigre, qué roche. Mírate: tienes las axilas mojadas. Qué palta, oye. No te has puesto desodorante. Ponte el saco.

—Tengo calor, pues.

3

A los nueve años su padre ya le hacía beber cerveza Cristal. Años después, Tigre se preguntó por qué su viejo hacía aquello. ¿Para que aguantara trago? ¿O sería una suerte de rito de paso huanuqueño? Los masáis de Kenia y Tanzania, por ejemplo, les suministran a sus niños una mezcla de leche de ganado, sangre de vaca y un macerado de frutas antes de circuncidarlos.

¿O sucedía, más bien, como dijo Fiorella, que su padre lo hacía por mero machirulismo? ¿De verdad su viejo se sentía más viril dándole alcohol a su

hijo delante de su gallada?

Las charlas con Anabel —la psicoanalista que le cobraba 80 dólares por sesión y a la que ya se le habían suicidado dos pacientes en lo que iba del año — lo llevaron a creer que la conducta de su padre tal vez estuviera relacionada con algún conflicto edípico. Tigre pensó que podría tratarse de una sublimación del acto de castración perpetrado por su papá (a quien a su vez su padre biológico, un prefecto de Tingo María, llamaba “entenado”).

Tigre lo conversó con Fiorella tomando chilcanos de aguaymanto. No es que solamente en el conflicto edípico el niño ansiara asesinar al padre, razonaba Tigre. Pasaba, asimismo, que el padre quería matar al hijo porque este le quitaba la atención de la pareja.

Tigre citó como ejemplo el caso de Junot, el hijo de cinco años de Tamara, la doctora en Literatura de Columbia, especialista en los melodramas de Manuel Puig, con quien salía en Brooklyn. Tigre recordó el día en que Junot se metió a la habitación de Tamara y los encontró en pleno seis-nueve. Para el próximo encuentro con ella, Tigre no dudó en echarle triazolam molido al Snapple de Junot para que se quedara seco.

De niño, su padre nunca le proporcionó más de tres vasos de cerveza. Tigre, sin embargo, cree que ya desde entonces le empezó a agarrar gusto a la chela, a esa sensación de la espuma reventándosele en el paladar, al amargor del lúpulo fermentado y a ese goce frío, ice, en la garganta.

Años después, cuando mataron a su mejor amigo del barrio, a un tal Jorgito Morote, un chico de diecisiete años al que el Ejército reclutó por la fuerza, y con quien Tigre compartía el fanatismo por Slade y Alice Cooper, experimentó un ávido deseo de beber.

A Jorgito, Sendero Luminoso lo hizo volar con dinamita en una emboscada en Castrovirreyna. Cuando Tigre se enteró, sintió una combinación de melancolía y rencor, y compulsivamente destapó una chela Malta Polar helada,

una que su madre usaría para preparar un arroz con pato. Tigre ya se estaba terminando la cerveza escuchando el *Slade Alive* llorando cuando su madre lo descubrió y lo castigó con un chicote de tres puntas.

A las semanas del entierro de Jorgito, Tigre, de trece años, compró una damajuana de vino chinchano y la llevó a un parque de San Borja, en donde se reuniría con sus compañeros de colegio San Agustín. Aquella noche, terminado el botellón, Tigre se puso energúmeno y lanzó la botella al otro lado de la calle, donde estalló. Un vecino salió por una ventana y empezó a disparar al aire, y Tigre y sus compañeros huyeron. A la mañana siguiente, Tigre despertó en una comisaría. No recordaba nada. Aquella fue su primera laguna mental, y su primer arresto.

Ahora, en el consultorio miraflorentino de Anabel (en donde se escuchaba de fondo las *Goldberg Variations* interpretadas por Koroliov y en donde se veía una gigantografía de Chagall, una cajita de Kleenex, pero no diván de cuero), Tigre le consultó sobre una teoría que se le ocurrió acerca del origen de su alcoholismo. Le dijo que comenzó a beber de forma compulsiva en la adolescencia, en la época en que era víctima de bullying. Le contó que un grandulón, conocido como Cro-Magnon le pegaba, le robaba la lonchera, le rompía la ropa y le pellizcaba el trasero. Cro-Magnon lo jodía, además, por culón y tetón (en aquel tiempo, Tigre era pánfilo), y no dejaba de decirle que su madre era una puta barata que remataba el poto en la puerta de los cines porno.

—Te equivocas, Tigre —le dijo categóricamente Anabel—, nada nos determina. No busques las causas de tus adicciones y fantasías en la niñez ni en ningún lugar. Así no es la cosa. Eso es psicoanálisis vulgar.

—¿Psicoanálisis vulgar? ¿Como el de la doctora cachetada de RPP?

—Peor.

—¿Y cómo es entonces?

—Yo creo que te entregas al trago porque buscas convertirte en algo líquido. De alguna forma torcida quieres llegar al inconmensurable deleite del orgasmo femenino. Creo que, inconscientemente, quieres ser la chorreada de tu madre.

—¿La chorreada de mi vieja?

—Recuerdas que el otro día me dijiste que querías ser un concha de su madre.

—Sí. Pero te lo dije porque estoy harto de ser buena gente. No sirve de nada. La gente se aprovecha. Este año me han cabeceado varias veces.

—Primero, Tigre, no te victimices, que se ve feo. Segundo, no importan las razones que creas. Son ilusiones. Lo que tienes que analizar es tu lenguaje. Y como te dije: salir de la concha de tu madre.

Si lo que importaba era el lenguaje, Tigre pensó por qué, cuando decía que iba a la psicoanalista, a veces decía voy a la “chicoanalista” o a la “piscoanalista”.

¿Serían dichos “errores” aquellos que Sigmund Freud en su *Introducción al psicoanálisis* de 1917 llama “parapraxias” y que refieren a velados deseos? Tal vez.

O sea, se dijo Tigre, al usar la palabra “chico”, jerga peruana que refiere al ano, ¿tenía él la fantasía oculta de practicarle sexo anal a Anabel? ¿O se trataba de una mundana referencia a su nombre?

¿O, por el contrario, quién sabe, acaso deseaba que Anabel lo untara con vaselina, lo penetrara con una prótesis y le ordeñara la próstata?

Por otro lado, que Tigre relacionara a Anabel con el pisco ¿quería decir que la vinculaba con el alcohol, o sea, con esa cosa líquida del orgasmo femenino? ¿O quizá fantaseaba con que Anabel fuera una chisguetera?

Con relación a esto, Anabel también había conjeturado que Tigre bebía hasta quedarse privado porque él tenía el inconsciente deseo de que se lo

tiraran. Eso le había pasado con una travesti prolongada del Puente Quiñones.

Cierta noche, después de tirar en la pose del misionero, Tigre le dijo a Fiorella que no le gustaba Anabel, que le parecía “flacuchenta y caballona”. En efecto, Anabel tenía un aire a Sarah Jessica Parker de *Sex and the City*. Sin embargo, en cierta ocasión, en el consultorio atiborrado de libros de Lacan, Roudinesco y Jean-Luc Nancy, Anabel giró de repente, se le levantó el polo y se le salió un rollito por el costado. Tigre se lo quedó mirando y se le paró. Como Tigre estaba con skinny jeans, unos Pionier rojos que compró en un outlet de la avenida Abancay, y a los que Fiorella calificó de “pantalones de rosquete”, se le notó el bulto. Cuando Anabel se dio cuenta, Tigre cruzó las piernas y se puso los brazos encima. ¿Por qué te cubres el miembro?, le preguntó Anabel enseguida. ¿Por qué te castras?

4

Fiorella es medio gorda y trabaja para Pachacámac, una empresa del poderoso grupo Baca y Monteverdi. Entre otras obras encargadas por el Gobierno, Pachacámac venía construyendo la represa de Monte Redondo, trabajo para el cual se asoció con la compañía brasileña Odebrecht. Cuando Tigre le preguntó a Fiorella por qué Pachacámac no se vio vinculada en el escándalo de corrupción de Odebrecht, ella le contestó que business son business, baby, y okay, Tigrillo, trabajáremos juntos, pero no revueltos, y no mezcles papas con camotes que chamba es chamba.

—Por ejemplo, Tigre, yo paro contigo y ¿acaso soy una fumona o una dipsómana que chupa hasta olvidarse de todo, ponerse bestiaza o quedarse dormida en la calle? Por si acaso, baby, a mí nunca me han pepeado metiéndome un supositorio cargado por el culo como a ti.

Tigre también se preguntaba cómo, si Fiorella laboraba en Pachacámac, una empresa en teoría tan exigente, ella se la pasaba hueveando en Twitter

todo el día. ¿No la controlaban acaso? Si compañías de ese peso, suponía Tigre, contaban con cámaras escondidas y personal de seguridad que chuponeaba a los empleados. Aun así, Fiorella posteaba cinco veces por hora en promedio desde su cuenta personal. También tenía una cuenta troll llamada La retroexcavadora de Kenji, desde donde tiraba caca con ventilador al fujimorismo, a los fundamentalistas cristianos del colectivo “Con mis hijos no te metas” y a los MAGA lorchos. En esa cuenta, Fiorella no se medía: mentaba la madre, puteaba y trataba a la gente de imbécil, adefesios y bazofias.

Aunque quería, Tigre nunca le preguntó a Fiorella: ¿por qué hueveas tanto en Twitter, princesita aimara? Pero la verdad es que Tigre nunca le preguntaba a nadie ni por trabajo, ni por relaciones personales. “Don’t ask, don’t tell” era su policy, según él.

—Pero ni te creas especial por pensar así, Tigrillo —le dijo Fiorella—. Es la típica de los hombres como tú.

Tigre laboraba en el diario *El Emprendedor*. Escribía en policiales, política, en cine, farándula, deportes y hasta en el horóscopo sexual. Su trabajo consistía, además, en ser redactor fantasma de ciertos columnistas.

—Maestrazo, esto es el libre mercado —le dijo Edison Canchalla, el director del diario, cuando Tigre le preguntó por la ética de dicha práctica—. Es una simple tercerización, Tigre. Todos lo hacen. Aldoncillo, Condorloco, Felipe Natilla, todos los periodistas conocidos. Hasta tu chocheraza Mascatabaco.

A pesar de que le dedicaba poco tiempo a la literatura, Tigre aún ansiaba escribir una novela. Un cuento suyo sobre las peripecias del rodaje de *Fitzcarraldo* en Iquitos quedó finalista en un concurso donde el Delfín Abelardo Oquendo fue jurado. Otro relato, un jueguito neo pop, sobre el horror al incesto en *Volver al futuro*, y una crónica neorrealista sobre las chancherías de El Montón aparecieron en la leída revista *Caldoverde*. Su

novela corta basada los internamientos psiquiátricos y las borracheras de Martín Adán con caceneros y fletes (según Tigre, escrita “a lo Bolaño”) recibió una mención honrosa en un concurso arreglado. Pero de eso ya hacía tiempo.

Ahora Tigre aseguraba que escribir tantas pichuladas para *El Emprendedor* lo estaban quemando. Tigre era el autor, por ejemplo, de un editorial (redactado sobre la base de una conversación en el Carbone con Canchalla) donde solicitaba encarcelar a los líderes del Sutep que dirigían la huelga nacional de maestros bajo cargos de terrorismo. Tigre, asimismo, era responsable de una nota sobre el avistamiento de un “gatonejo”, un híbrido entre gato y conejo, en El Olivar de San Isidro.

—¿Qué cosa dices, Tigre? —le preguntó Fiorella—. ¿Estás escribiendo una novela sobre el alcoholismo? No, choche, eso es un cliché. Lo del escritor borracho, la bohemia, el exceso. Ya no pasa nada con ese tema. Ya jue.

—¿Cliché? ¿Qué novela peruana habla de eso de cabo a rabo?

—Como sea, Tigre. Ya nadie lee eso. Escribe algo que venda. No sé, una como las de Fuguet.

—¿Fuguet? ¿El torombolo ese? No me jodas.

—Ya no seas envidioso, oye. Fuguet es bueno. Amé

Missing.

—¿Envidia de ese pavazo? ¡Por favor! Fuguet escribe puro cerumen.

—De verdad, Tigre. La borrachera es un tema gastado.

—¿Y quién dice eso? ¿Tu papirriqui Roncayulo?

—Lo dice el mercado, huevas. Eso de los borrachos pegaba en los noventas. La época de Bukowski, Carver, del realismo sucio, de los compactos de Anagrama. Ahora estamos en otra.

—¿Y qué pega ahora?

—¿Qué tal la historia de tu amigo, el socialista ese que le corrigió el estilo al plan de gobierno de PPK y que luego fue su tuitero?

—¿De Mascatabaco?

—Ajá.

—No pasa nada con ese compadre, Fiorella. Además, ya lo botaron de Palacio de Gobierno.

—Mejor, Tigre. Esa historia sí interesaría. Uff, sería un best seller. Échale un poco de trama de espías, de conspiranoia, y líos de pareja y existenciales tipo *True Detective*. Ponle hasta memes a la historia, y la haces linda.

—¿La historia de un rojo vendido? ¡Por favor! Además, nunca escribo sobre mis patas.

—¡Ja! Tú también vendes tu pluma, Tigre. Y más barato. Se la rematas al peso al chulillo de Cipriani, a ese Canchalla. Todavía me acuerdo que le escribiste una contraportada sobonaza a su libro de crónicas peloterías.

—¿Qué pasa, Fiore? ¿Por qué tanta resina conmigo?

—¿Y qué tal la historia esa la de la doctora metalera que te dijo que el beso negro le parecía humillante?

—Nunca hablaría de esa vaina. ¿Cómo se te ocurre? Son cosas privadas.

—¿Y qué tal esa historia de tu psicoanalista, esa que te encontraste en Tinder?

—¿Anabel Spitzer?

—Sí, esa que te pide que salgas de la concha de tu madre.

—Bah... Pero esa historia no da para una novela.

—Claro que da. Alucino un capítulo entero sobre ese rollito. Otro sobre esa chibola embarazada que se suicidó tirándose desde la ventana de su consultorio.

—No aplica, baby. Además, tendría que leer al plumazo de Lacan. ¿Y quién entiende esa bazofia?

—Tigre, de verdad, no escribas sobre borrachitos. Te vas a quemar. ¿Qué cosa nueva podrías decir? Es más, me parece que ya estas usando esa excusa para chupar todos los días. ¿O no?

Sí, pues, pensó Tigre cierta noche tomando solo. ¿Qué puedo decir después de Cheever, de *Bajo el volcán*, de *Adiós a Las Vegas*, de *Lost Weekend*? Ni michi.

Tigre concluyó en que no estaría mal mezclar en una novela varios materiales: escribir sobre Mascatabaco, el tuitero de PPK que antes se embriagaba con las ridiculeces de Silvio Rodríguez; sobre la psicoanalista de Tinder que leía a Lacan traducido y sus pacientes suicidas; y, claro, sobre Fiorella y su relación con un tal Buda Viejo, un ingeniero de minas experto en perforación y voladura que andaba armado y que había matado en plena calle a un ratero adolescente de un balazo en la cara con el argumento de la legítima defensa.

Como frame stories, se proyectaba Tigre, aparecería el escándalo de corrupción de Odebrecht, el encarcelamiento del expresidente Ollanta Humala y su esposa Nadine, los anticuchos de PPK, y la extensa huelga de maestros del Sutep o los paros agrarios.

¿Por qué no?, se dijo Tigre. Si el papel lo aguanta todo.

5

La ocasión en la que trasladaron a Ollanta y Nadine a prisión, como no había fotografías disponibles en *El Emprendedor* (el camanejo Reyes estaba de vacaciones en Tarapoto y Chupete Robles estaba intoxicado por comerse una empanada de cangrejo calentada en microondas), Canchalla encomendó a Tigre cubrir esa comisión.

—Anímate, Tigre —le dijo Canchalla—. Si tomas buenas fotos, te invito un chifa Unión y su chilcanito de ley. ¿Qué dices?

Como Tigre había asistido a unos talleres gratuitos de fotografía urbana en la Biblioteca Pública de Nueva York, no le fue tan mal. Una foto que sacó lo conmovió: en ella Nadine estaba dentro de un vehículo del Inpe con la cabeza gacha y la mirada perdida. Observando mejor, Tigre se dio cuenta de que los pómulos de Nadine lucían llenitos, risueños, chapositos. También que tenía las líneas de marioneta marcadas alrededor de la boca, y las cejas de Paul Stanley de Kiss.

¿Tan joven y con bótox y cirugías?, se preguntó Tigre. Pobre tía. Los cinco años en el gobierno y tantas denuncias la estaban acabando.

Tigre sabía que Fiorella y Nadine habían asistido al mismo colegio de monjas, en donde, según Fiorella, si las religiosas encontraban un wáter con caca, se lo mandaban limpiar a gritos a la primera alumna que se les cruzara por delante. Sabía también que Fiorella pertenecía a un grupo de WhatsApp conformado por compañeras de su promo, grupo en el cual, apenas arrestaron a Nadine (tras imputarla de recibir dinero de Odebrecht y Hugo Chávez para luego lavarlos), se escribieron cosas como estas:

“Este escándalo ya se veía venir. Desde el cole, Nadine era medio inmoral, yo me acuerdo”.

“Claro, era una intrigante caleta y todo para ganarse el favor de las monjas”.

“No saben, muchachas. Hasta ha dicho que le hacían bullying. ¿De verdad? Que yo recuerde, en el colegio no existía el bullying”.

“¿Quién dijo lo del bullying?”

“Maricarmen Migone”.

“A Maricarmen le creo”.

“Lo que más me molesta de este asunto es que Nadine no pensó en sus hijas. Y, ahora que la metieron presa, ¿quién cuidará de esas criaturas? ¿Sus

abuelos paternos? ¿Ese esperpento de Isaac Humala? ¿Cómo pues? ¿Y todo por la sucia plata? Qué mala madre. Malazo”.

“Siempre le encantó el poder. Por eso salía con milicos y cadetes de la FAP”.

“Oye, pero yo sí recuerdo que la McBride la trataba de serrana a Nadine”.

“Bah, eso no es para tanto. ¿Y a cuántas no les decían así? Son tonterías de niños, chicas, hay que pasar la página, madurar, no hay que ser resentidas”.

“A mí lo que más cólera me da es que está dejando pésimo al colegio. Y eso no se lo perdono. La institución a la que le debemos tanto”.

“Dicen que por este asunto la hizo llorar a la madre Jerónima”.

“Me acuerdo que la madre también lloró cuando ampayaron a Nadine colgando sus calzones amarillos en Palacio”.

“Heredia miserable. ¡A la madre Jerónima, que es una santa, carajo!”.

—Pasu machu —le dijo Tigre a Fiorella en el Juanito después de que ella le mostró los pantallazos de esos wasaps—. ¿Qué tienen esas huevonas, oye?

—Sí, pues, Tigre. Encima me hicieron cargamontón cuando les recordé que el encierro de Nadine era injusto, que estaba sin acusación fiscal.

—Qué resinas son tus amigas, la verdad, Fiore. Dan asco.

—Sí, pues.

—Oye, y ya que Nadine es tu amiga, ¿tú crees que puedas conseguirme una entrevista con ella?

—¿Y para qué?

—Para preguntarle qué sintió crecer rodeada de niñas tan estúpidas.

—¿Qué te pasa? ¿Ya se te subió el trago?

—Para nada, princesita.

—Oye, ya no chupes y vámonos al telo.

—Solo dos tragos más y nos quitamos.

—Pero solo dos más, ¿eh?

—Solo dos, mi reina. Palabra de búfalo mojado.

6

Pelearon en el Juanito después de que Tigre les gritara a unos venecos “Viva Maduro”, se soltara un pedo que olía a huevo duro en la mesa, y que le dijera a Fiorella “tú y tus amigas son unas burguesas de mierda y con mi doctora no te metas, carajo, que la amo”.

Fiorella le dijo “ya te pusiste espeso, críter”, y pagó la cuenta con un billete de 200 soles, pero ya no se dirigieron al hotel con xHamster. Más bien, Tigre se fumó un tronchito elaborado con chicharras y, en una bodeguita de Grau, compró una chata de pisco Vargas. Pasado un rato, empezó a decir que estaba con la bajada y que quería una hamburguesa royal de La Carcochita de Risso. Tigre no quería comer otra cosa, estaba neciazo. Así que detuvo un taxi y se subió. Fiorella, al caballazo, logró zamparse al vehículo: quería que Tigre le pagara su parte de la cuenta del Juanito.

Al rato, llegaron a La Carcochita y Tigre pidió su comida. Como a los quince minutos, después de que Tigre se embutió el último trozo de hamburguesa que recogió del piso, Fiorella intentó arrebatarse la chata de pisco, pero la botellita se le cayó y se reventó. Tigre, enfurecido, empujó a Fiorella diciéndole “fuera de acá, tinterilla de corruptos, que me llegas al pincho”, y ella, en respuesta, le asestó tal rodillazo en los huevos que lo dejó doblado en el piso.

A la mañana siguiente, Tigre se despertó sobre el grass mojado. No recordaba que había caminado varias calles tambaleándose, que se cayó al suelo, que él mismo se quitó el saco y la camisa, y que se acurrucó como si estuviera en su camita. Al levantar la mirada, reconoció el cruce de Arequipa

con Juan de Arona: estaba a solo tres cuadras de su apartamento. Los transeúntes ya circulaban.

¿Lo habrían visto sus vecinos, los peluqueros venezo-lanos guarimberos o su casera la señora Tránsito, tirado, borracho y con la guatota al aire?

Por el dolor en la ingle, Tigre se levantó con dificultad y, sin mirar a los curiosos, se puso la camisa y el saco. Con alivio comprobó que no lo habían asaltado. Tenía su iPhone y su billetera. Tampoco le habían quitado las tejanas hechas a mano que compró en una tradicional zapatería junto al Palacio de Gobierno, justo frente a donde trabajaba Mascatabaco, el excastrista y extuitero de PPK, y frente a la ventana donde supuestamente Nadine Heredia había colgado sus calzones.

Pero, ¿y Fiorella?, se preguntó Tigre. ¿Dónde miércoles estaba Fiorella?

Ahora, al notar las manchas en su camisa, a Tigre se le vino una lejana imagen: la de una aceitosa hamburguesa con papas, rocoto y guacamole.

LA SUBLEVACIÓN

—You claim that I am sent by the Devil. It's not true.
To make me suffer, the Devil has sent you... and you...
and you... and you.

The Passion of Joan of Arc

Un devoto soldado

¿Cómo calculo el tiempo si carezco de cuerpo perecible? ¿Cómo soporto este caminar sin la esperanza de la muerte? ¿Fue desventura no constituirme en la matriz de una hembra? ¿Fue fortuna?

Memoria liviana, confusa, que no recuerda las cosas del nacimiento a la muerte. Memoria que evoca hervores. Memoria que deambula.

En mi morada, escucho murmullos. Presiento humores. De noche, con una antorcha, recorro el santuario apoyándome en sus corrompidas paredes. Asciendo por la curvada escalera y me poso en el sagrario donde descifro empolvados tratados, y pronuncio latines y sonetos de muerte.

Quieto, contemplo a los señores en la nave. Veo también a los indios hincarse, a los caciques mandonear. Veo negros encadenados. Vibra entonces el órgano y aguzo el oído. Me fascinan los cánticos sacros. Son como súplicas. El coro de indios, más bien, me amedrenta. Me disminuye.

Oculto entre las celosías, escucho confesiones. La sodomía del virrey Portocarrero. La sumisión de los escribanos. La pesadilla de la usura. La corruptela de los corregidores, sus irreversibles menoscabos. También las pillerías de los curacas y las intrigas de los ilusos vasallos.

Hundo pues mis manos en la fuente de agua consagrada y trepo por el retablo como salamandra. Arriba me cobijo en la sacristía. Nadie me distingue. Es que los habitantes de San Miguel temen adentrarse en este recinto colmado de tumbas y reliquias.

Mi nombre es Miguel Arcángel, devoto soldado de Su Majestad.

El cura y el corregidor

Desde que el corregidor Maldonado llegó al Cuzco, mantuvo controversias con el padre Argote. Durante el último *Corpus Christi*, Maldonado se atrevió a decir en público que por las venas de Argote corría sangre judía. Incluso lo imputó de fornicario de indias y negras.

Esta noche, más bien, dejando de lado la inquina, apenas Argote recibió el soplo de Isabel de que los indios de Chauca se rebelarían, acudió a la residencia del corregidor. Allí lo recibió un esclavo que lo invitó a pasar a un salón decorado con espejos y en donde pendía una imagen mía.

Argote se sentó a una mesa con patas de león. Barajó los naipes valencianos, palpó las piezas de un centenario ajedrez, ojeó un ejemplar de la *Segunda Carta de Relación* de Ferdinando Cortés.

—Sabíamos de unas cartas de protesta dirigidas al virrey Portocarrero por Quispe —le dijo el corregidor—. Que andaba descontento. Moviendo peticiones y procesos. Pero, ¿un motín?

Argote observaba el desabrido rostro de Maldonado. Despreciaba su postura solemne, la forma indecente cómo bebía vino.

—Pero abatiremos a esos indios —replicó Maldonado, categórico, alzando una copa labrada.

¿Y el destino de Isabel? ¿Eran honestas las palabras que le declamaste? ¿Que tus celos eran una amarga muerte? ¿Que tu dolor, recio veneno?

—Padre Argote —le dijo el corregidor—. Los indios y negros confían en usted. Hágalos hablar en confesión.

—¿Puedo pedirle un favor, don Maldonado? —le dijo Argote.

—Lo que quiera.

—Aprehendan a Quispe y sus capitanes. También a su mujer, a la tal Cayetana Ocllo. Escarmíentelos, pero no castigue a los pobres naturales. Acá los curacas son los insurrectos, no los desdichados indios.

La travesía

Regresando a San Miguel, a Argote se le apenó el ánimo. Muchos pobres de Cristo a los que decía amar morirían en la idolatría.

Una vívida memoria, que asumía disparejas formas, irrumpió: de cómo pasó del Viejo Mundo al Nuevo. La travesía por las Canarias. La tempestad recia. El vendaval. La muerte del piloto de una apoplejía. La del cosmógrafo Saavedra que cayó por la borda.

Argote revivía la alienación por no dormir. La amenaza persistente de siniestro. El menester de agua dulce, vino y carne. La degeneración del alma y la visión de una tierra aparente.

Presenció una epidemia de ratas en Panamá. El tórrido calor de Guayaquil. Comió cangrejos, carne de tortuga reseca. Se enfrentó a la mortal brisa de la Gorgona. Escuchó curioso en las tabernas de Piura la relación del naufragio de Pedro Serrano, el hombre jabalí. Esa misma noche, embriagado, se sintió tentado por el ofrecimiento de oro, plata y esmeraldas que le hizo un Adelantado.

Odió el cielo turbio de la Ciudad de los Reyes. Por eso remontó la cordillera revestida de hielos, la montaña llamada por los indios de su reducción Ritisuyo. Más allá, en el sur, se asombró con la impía ciudad del Cusco. Palpó sus muros embrujados. Temió a sus condenados.

Argote, viviste en la soledad y el compromiso impuesto hasta que apareció tu desbocado amor por Isabel. Una pasión mezquina que acaso te llevó a la traición.

El arcángel

Memoria impensada. Intuida.

Encadeno una imagen con otra disímil. Mezclo la justicia y la degradación. Pecado y goce.

A caballo remonto la angustiosa vía, un laberinto sinuoso. Me dicen Arcángel, vasallo de reyes etéreos. Envidian mi ensangrentada espada. Que las flechas de los indios no me devasten.

Ciertos días pervivo como un búho contumaz y vuelo. Veo las cacerías de indios que los frailes acometen en la ponzoñosa selva. Presencio el levantamiento de Quispe. Lo oigo hablar en lenguas y allí está: guerrea contra feroces vasallos, desterrados de Guinea.

En una visión lo veo comerse la lengua del despótico corregidor. Beber chicha en su cráneo, esparcir sus partes en la quebrada. Y, luego, como en una azarosa pero providencial tragedia, lo veo disolverse en la tierra y revivir como una milenaria palabra un 29 de junio, en la fiesta de San Miguel Arcángel.

La lapidación

Argote, soñaste con tu funeral rodeado de tus indios descorazonados. Isabel mimaba tus pies.

¿Y qué es eso que aparece sobre tu cabeza? ¿Un halo de virtud?

¿Qué flota sobre tu vientre? ¿Un espíritu de bondad? ¿La Santa Emanación?

¿O es el Diablo embaucador con forma de sirena o corrupta salamandra?

A la mañana próxima, desde el púlpito, Argote pronunció un sermón donde reprochaba los abusivos tributos, las bribonadas de los oficiales virreinales y de ciertos misioneros desviados. Luego desató su ensañamiento contra Maldonado y el propio virrey Portocarrero. Los llamó judas disimulados, sapos llenos de codicia, avaras sabandijas.

Quispe, que escuchaba el sermón desde las sombras, le dijo a su socio Chauca:

—Son como lobos. Si el indio no les estipendia con oro o coca, o con piaras de mulas, no lo adoctrinan, ni lo confiesan, ni le enseñan castellano. Así lo alejan del catecismo y enmarañan el culto a la Trinidad. Esos curas ya no llevan la Cruz. Ya no sirven a la ausente Majestad. Y, si los indios no les dan animales o cosechas, les van con cuentos al corregidor. Esputan que somos melancólicos cobardes, intrigantes impíos y perezosos sodomitas. Que somos adoradores de simplezas, culebras y otra alimañas. Que merecemos el cepo, el obraje y el socavón.

Quispe continuó:

—Falsarios como Argote viven dados a la bebida, los naipes, los perfumistas y al chocolate. Las exigen a las hembras, las tributan. Codiciosos insaciables, las obligan a lavar sus calzas, sus chaquetas. Las fornican, a las casadas incluso, no les importa que a oídas de sus maridos. Las hacen parir bastardos.

Finalizada la ceremonia, apenas Argote descendió del púlpito, los capitanes de Quispe lo apresaron. El cura caminaba como si acatara un destino escrito hacia una mazmorra clandestina en la residencia de Chauca, hombre de la india que lo desvivía. Al atardecer, Quispe visitó al cura en el encierro y le recriminó por lanzar tantas diatribas contra Maldonado, el Virrey y la Corona.

—¿Por qué perturbas de esa forma los ánimos?

Tú sabías, Argote, que ellos venían desapareciendo. Que morían ahogados en el resentimiento. Te quitaba el sueño ver perdidas las almas. El fracaso de tu utopía.

Ya no soñabas con seres alados, con grifos de Escitia, con las sirenas de la India: mujeres basilisco que te cautivaban con su canto y te degollaban. Ya no acariciabas con alegría el cuerpo crispado de Isabel, ya no.

Argote cedió. Dijo que Isabel le fue con la delación. Confesó su fornicación y que él ya se lo había contado al corregidor. Le advirtió a Quispe que, en unas horas, las soldadescas de Maldonado, aliadas con las del curaca Atau y sus mitayos mercenarios, llegarían a San Miguel desplegando banderas de guerra.

Isabel le imploró piedad a Chauca, su señor, pero este se retiró a la orilla del río a llorar, según cuentan los que allí estuvieron, lágrimas de sangre.

Ataron a los adúlteros al poste en que agarrotaban a los condenados. Allí, Isabel levantó la voz. Argote, consciente de su final, hundió el rostro y recitó un soneto.

Cuando Argote y su traidora puta, como llamaron a Isabel, se quebraron, Quispe gritó: “A matar al perro Maldonado”.

—Por déspota y ladrón, que muera el corregidor.

La revelación

Miren mis heridas: melancolía. Observen mis patas de animal. La oscura urna con mi imagen. Soy un canto quieto, pero canto al fin: una membrana jadeante.

Soy San Miguel Arcángel y sueño vaticinios, no los escribo. Mi mano de matar está tullida, y por eso hablo. Y el eco de mi voz resuena en los muros de esta capilla. Basta pararse en la nave y sentir las flotantes palabras que llegan como un enjambre.

Ni siquiera cuando los fuegos de los alzados desmoronen el templo desfigurarán mi canto. Como una arpía, anunciaré revelaciones.

Auto de fe

En Venecia, Antón Maldonado, anhelaste ser perito arquitecto. Eras joven, crédulo. Contemplabas arcos, columnatas, la suavidad bruñida de la piedra. Las cúpulas pobladas por santos, esfinges y pastores. Las escenas del Juicio Final en la Piazza San Marco motivaban tus fantasías. Los bajorrelieves, los mosaicos, el dodecaedro.

Recorriste criptas, ciborios, torres. Viste el campanario de hierro. El reloj solar, los signos del Zodiaco. Dibujaste estudios de un arcángel montado en una yegua. Querías que lo apreciaran en aquella ciudad estado. Luego tu padre, embajador y conspirador, debía volver a Castilla, huyendo de sus enemigos. Más tarde, con él, pasaste al Nuevo Mundo donde tu pasión por la belleza de las formas sucumbió a la violencia.

Maldonado combatió piratas en la Española y contrabandéó esclavos en Cartagena. Destacó en la frontera guerreando contra los araucanos. Allá salvó al futuro virrey Portocarrero del rapto indio.

En Cusco, tan pronto como lo designaron agrimensor, se ganó enemigos. Los jesuitas lo estigmatizaron cuando, por medio de contubernios, les recortó sus sementeras. Más tarde, los ignacianos corrieron la voz de que Maldonado conservaba anillos mágicos y que fabricaba una tinta con la que escribía cartas para cautivar a las hembras. En un juicio, que más parecía un lopesco entremés, lo condenaron al calabozo.

Cuando Portocarrero, el hombre al que salvó de las lanzas y flechas de los araucanos, se hizo virrey, intervino a favor de Maldonado. No solo lo liberó de las mazmorras: se vengó de los lenguaraces que lo mancillaron y apresaron.

—Estos jesuitas le faltan el respeto al rey —les dijo el virrey Portocarrero a los oidores—. Lo tachan de Nerón. De tirano. Y eso es Lesa Majestad, señores.

En los próximos días, Portocarrero y su camarilla afirmaron que los jesuitas enemigos de Maldonado mantenían comercio carnal con una niña a la que exorcizaban, la infeliz María Josefina. Tras dos audiencias controladas por un íntimo de Portocarrero, sodomita como él, quemaron a los sacerdotes en un auto de fe.

En la capilla

En la capilla de San Miguel, no se encuentran espejos (prohibidos por los eclesiásticos por su sensualidad), pero sí bustos, retablos y lienzos. Junto al crucificado, mi memoria se menoscaba y sueño. Soy Felipe II y poso, como en sus grabados flamencos, con armadura, capa y sombrero. Luego cabalgo un zaino. Imito la postura de Carlos V cuando conquistó Túnez. Diviso el horizonte: la batalla de San Quintín contra los franceses. Los 60 000 hombres, la caballería y los cañones. Imagen falsa aquella, porque Felipe II no comandó en San Quintín. Imagen verdadera, porque es la que atesoro en mi desviado corazón.

Avanzo por los corredores curvos de la capilla y me presento ante mi turbada figura. Toco la trompeta, visto como centurión. Despliego mis alas. Mi cabellera flamea. Y pisoteo a la serpiente. Introduzco la espada en el vientre de un pecador. Le lleno la boca de oro fundido. Lo persigo en sus pesadillas. Le infundo olvido.

Me le presento a un indio pintor y lo azuzo para que dibuje los paisajes de mi infancia. Por eso, en el mural de la cúpula, aparece mi casa en un campo. En una canasta, mi padre lleva peces que aluden a los hombres que, en la Guerra Santa, salvó del pecado. Una flecha está clavada en su corazón. Es la

circuncisión de su alma. Mi madre desgrana el trigo mientras mis hermanos menores juegan con los perros. Pienso que aquella es una alegoría de su fertilidad, puesto que esa mujer trajo al mundo siete hijos, todos entregados a la guerra contra el infiel. Esa imagen me inquieta. Sospecho que no es mi memoria real, sino la que mi hacedor, el desdichado Joseph Argote, me legó como destino.

El traidor

Tú, Atau, curaca leal al rey, guerreaste contra Quispe y tu hermano de padre, Tito Chauca. ¿Eso fue arrojo? ¿O fue el terror que empleaste contra los naturales un exceso de cobardía? ¿Hiciste lo correcto? ¿Dudaste? ¿O lo hiciste por interés para protegerte de la venganza del virrey?

Yo, Atau, guiaré tu mano cuando escribas tu memorial de servicios a la Corona que te premiará con una pensión vitalicia. Serás glorificado. Pero también seré yo quien aliente el odio de los naturales por tu persona. Traidor Atau, te llamarán. Auca, en la lengua general.

En tu vejez, te llegará el arrepentimiento y te irás contra España. Querrás reconciliarte con tu sangre. La razón, dirán, será un olvidado amor. Te rubricarás una cruz en la frente como signo de tu culpa. De tu sangre apresurada, emanará un vaho, un rocío venenoso, pero será demasiado tarde, curaca Atau: en el páramo, tu cabeza cercenada rodará.

El motín

Lapidaron a Argote y a Isabel y comenzó el motín. Los naturales liquidaron al piquete que custodiaba la muralla. Tras tomar el cabildo y la casa hacienda, capturaron a los principales criollos. Los encerraron en el calabozo, justo bajo

una efigie mía, y los inmovilizaron con las cadenas que se destinaban para sujetar a los negros.

Antes del amanecer, Maldonado llegó con soldados bravos. Entraron por la avenida principal y se apostaron en la plaza. San Miguel lucía desolado. Los peninsulares que no cayeron prisioneros de Quispe ya habían corrido despavoridos. Al otro extremo, los naturales aguardaban provistos de lanzas y huaracas.

Se oyeron cañonazos. Después los caballos del corregidor embistieron dando mordidas y pisando cabezas. Los mastines abrían pescuezos, castraban. Creí que aplastarían a la indiada, pero, justo entonces, un contingente de indios al mando del sublevado Chauca apareció por el sur.

La huida

Los naturales los obligaron a atrincherarse a Maldonado y su guardia en una capilla. Los indios y negros portaban antorchas, rompían puertas, ventanales. Lanzaban piedras y dardos envenenados. Los altos muros se descascaraban, y el curvado techo, decorado con escenas del Juicio Final y mi martirio, se desplomaba.

Maldonado, consumido por el desasosiego, bajo mi estatua, me oró. Sus hombres me suplicaban. Quispe, entonces, salió del fuego y le ofreció al corregidor tomarlo prisionero. Pero Maldonado le dijo:

—¿Con qué autoridad me demandas obediencia?

—Con la autoridad del pueblo y del rey.

—Quispe, no te atrevas a desafiarme —le dijo el corregidor—. Estás a tiempo de desdecirte. Si no, te escarmentarán a ti y a tu descendencia.

Quispe pues mandó arrojar antorchas por los ventanales. Sentí un calor abrasador y el cuerpo mío quebrarse como una costra. Corrí entre los santos,

salí trepando, sujetándome con mis arraigadas manos. Al final, me impulsé con mis patas de macho cabrío y me lancé a un cequión.

De entre la humareda, el corregidor salió al atrio espada en mano. Hirió a un par de indios. Descabezó a otro. Peleó hasta que la mujer de Quispe, Cayetana Ocllo, le asestó una pedrada.

Herido, Maldonado se deslizó por una cuesta, y yo, que me acurrucaba entre las cabuyas, lo subí a mi caballo negro y me lo llevé por un serpenteante camino.

Una sola materia

Quispe, creyendo muerto al corregidor, vestido con ropas españolas, pero adornado con los símbolos de su linaje, ordenó que derribaran puentes, que bloquearan con piedras grandes los caminos para frenar al Ejército del virrey. Las estrellas ya se distinguían. Como tambores de guerra, el galope de los caballos se alzaba. Los indios venían a toda marcha levantando una áspera polvareda y pasaron por encima a los soldados de Maldonado. Quispe, para asegurarse, les ordenó a los suyos que volvieran sobre esa huella de sangre.

Antes de expirar, Maldonado se me encomendó y me rogó. Despertamos pues en el atrio de la capilla mirando a través de los ojos de vidrio del Arcángel San Miguel. Sin la carne corrupta de Maldonado, renacimos apareados en una sola materia.

Lo primero que decretó Quispe una vez usurpada la provincia fue que se aboliera el tributo indio, el trabajo forzado, la servidumbre personal, el obraje, la mita y que liberasen a los negros.

Los ladinos

¿Qué conmovía mi cuerpo? ¿El alma de Cristo o la Naturaleza? ¿Poseía yo un corazón? ¿Y ahora por qué perezco? ¿Acaso mi cuerpo se trastorna por la descomposición de mi alma o es al revés? ¿Seré un artefacto como aquel reloj veneciano que conmovió las pasiones del joven Maldonado? ¿O será el delirio de la peste la razón por la que cuento esta historia? ¿Es la fiebre la responsable de este frenesí?

Las autoridades virreinales ofrecieron perdones a los mestizos, indios y negros. También a los criollos sublevados. Prometieron pacificación de la tierra. Exigían que traicionaran a Quispe. Así pues, un mestizo apellidado Landaeta, cuñado de Chauca, delató a sus principales capitanes que, al amanecer, aparecieron colgados.

Después entramos a San Miguel con mi Ejército. Bajo tortura averiguamos que Quispe había huido a Vilcabamba, zona remota, desde donde nos guerrearía por meses.

Tras una refriega, me hundí en la espesura montado en mi caballo de palo que, aunque parsimonioso, aplastó a todo aquel que se nos enfrentaba. Los ladinos que se aliaron conmigo, bajo el mando de Atau, marchaban a mi sombra. Feroces, quemaron, robaron, tomaron cautivos. Ultrajaron. A los que quedaron vivos del lado de Quispe les insté. Amenazando con matar a sus madres, les hice saber.

La peste

Guiado por la mano de Nuestra Señora, cargué en mi caballo a Quispe y me lo llevé ante la mirada de quienes nos veían pasar y negaban que yo, San Miguel Arcángel —figura de madera, amasijo y metal— me moviera como un ser de carne y hueso, que hablase en lenguas y me mostrara encolerizado, haciendo arder mis ojos.

A Quispe le rompieron los brazos, las piernas, le arrancaron las uñas, le metieron un leño. Le cercenaron la lengua. Llegada la noche, Atau y Landaeta le pasaron cuchillo por el pescuezo. Sus miembros terminaron esparcidos en los cuatro caminos del reino.

Con los brujos, que aprovecharon la rebelión para revivir las idolatrías, apliqué rigor: los enterré. Luego perseguí a los rebeldes que, en la desesperación de la huida, se refugiaron en las colonias de leprosos, a los cuales llevamos a San Miguel en donde mandé que los prisioneros les lamieran las llagas.

Cayetana Ocllo, mujer y decían que hermana de Quispe, conspiradora y jefa de soldadescas, pasó por interrogatorio. Fuego, látigo le dimos. Le hicimos ver a sus hijos descabezados, a sus hijas regaladas.

El asco entonces ascendió. Los naturales huyeron cuando sintieron las primeras señales, la persistente comezón, la fiebre levantada, la sensación de tener huesos quebradizos.

En San Miguel, ahora solo quedan aves carroñeras, madrigueras de ratas y una absorbente tibieza. Los viajeros se desvían, rodean espinosos cerros.

La capilla desde donde hablo conserva los restos de aquellos que confiaron en mí. Mi rostro de amasijo se va deshaciendo. Veo demonios esparciendo su olor a carne podrida, arrastrando sus patas de oso sobre el piso quemado.

Me arrastro buscando una luz, pero se me retuerce el corazón y me doy cuenta de que apenas soy una sombra.

RESINA

—What is your nationality?

—I'm a drunkard

Casablanca

1

Santiago murió ahogado en su propio vómito. Unos pirañitas lo descubrieron calato en un basural del jirón Cailloma. Como las autoridades creyeron que se trataba de un orate, lo depositaron en la sección de no identificados de la morgue. Su octogenaria madre, después de una semana, identificó el cadáver.

No asistí al velorio. Me encontraba en la mina. Debía resolver un lío con unos campesinos. Días antes, unos colegiales habían resultado envenenados con mercurio cuando un camión de la compañía se volcó cerca de su escuela. En respuesta, los comuneros bloquearon la carretera, ocuparon un almacén de la compañía y retuvieron a dos ingenieros de perforación.

Veronik corrió con los gastos del sepelio de Santiago porque este, literalmente, no tenía donde caerse muerto. A sus cincuenta y tres años, todavía vivía con su madre en un pueblo joven de Villa María del Triunfo.

En Facebook vi un video en el que Veronik colocaba una rosa blanca sobre el cajón de Santiago. Otro en el que leía un soneto suyo. Me dio cólera ver esas imágenes y se lo dije a ella en la cara: ¡Estás cumpliendo el papel de viuda! ¡Eres una ridícula!

En los días posteriores, escritores, críticos, periodistas y aprendices de poetas redactaron sendos homenajes en diversos diarios y blogs. Subrayaban

lo gran poeta que era Santiago. Dijeron cosas como que fue “el más singular renovador del endecasílabo del siglo XXI”. O “uno de los herederos de Pound más atrevidos de la posmodernidad”.

El comisario de la cultura Sandro Ventura lo calificó como “el más provenzal de nuestros escritores”, por su temática, aunque también señaló que la principal limitación de Santiago era no saber lenguas extranjeras, por lo que lo adjetivó de “provinciano”.

Un amigo íntimo de Santiago del diario *La República*, sin ningún tapujo, dijo que era el “creador de un idioma solo comparable al de Alejandra Pizarnik y Ernesto Cardenal”.

Bryce Echenique envió una nota a *El Comercio* donde comparaba a Santiago con los grandes bebedores de la literatura mundial: Dylan Thomas, Fernando Pessoa, Osamu Dazai y Malcolm Lowry (Santiago me contó, en una huasca, que cuando estuvo en Madrid de gira literaria se emborrachó con Bryce a punta de gin tonics, según me dijo, “hasta cagar sangre”).

Yo escribí un comentario, no literario, sino vivencial, con fotos incluidas, de la ocasión en que invité a Santiago a leer a Cajamarca con auspicio de la compañía minera. Quise publicarlo en la página de Facebook de un periodista cultural donde le rendían homenaje, pero recordé que Santiago me solicitó que mejor no le contara a nadie que la mina le había pagado por aquella lectura, porque podrían pensar mal, ya que él en su Facebook se presentaba como un anarco alpinchista y despotricaba contra las actividades megaextractivas.

Me explicó que la gente de la escena literaria limeña era farisea y que no sabía distinguir la política de la literatura y menos de la chamba. Por esa razón, me limité a escribir en Twitter: “RIP, Santiago, poeta, amigo, un maestro y un tipazo”.

Me agradaba tomar chelas con Santiago, hacer vida bohemia de cuando en cuando, pero lo malo era que él se alcoholizaba demasiado y se ponía resina. Hablaba groserías, escupía y se pedorreaba delante de la gente.

Borracho solía despotricar contra otros escritores. A Vargas Llosa lo llamaba “Vargas Rosa”. Decía que Octavio Paz no era poeta sino ensayista. También decía que el Inca Garcilaso era una marioneta de los jesuitas. Que los Hora Zero se colgaban de la fama de Bolaño. Que los poemas de Borges no servían ni para limpiarse el culo. Que Martín Adán nunca sería universal, porque escribía solo para maricas. Que Daniel F cantaba pichuladas.

La envidia lo corroía a mi amigo Santiago, no me cabía duda.

Conmigo también se portaba pésimo. Cuando le conté que la revista electrónica *McOndo* me publicó dos microcuentos, me dijo agarrándome la panza:

—Ya sé porque escribes microcuentos, Willy. Segurito porque tienes micropene.

—Ja, ja, ja, qué gracioso eres, compadre —le dije—. Qué buen chiste. Mejor que los de Yuca.

Cierta noche, durante un recital en que homenajeaban a Eielson, Santiago se bebió una botella de pisco quebranta y terminó privado. Estaba recontra amarillo, parecía Homero Simpson. Luego se lo tuvieron que llevar de emergencia al hospital Casimiro Ulloa.

Lo peor de Santiago borracho era que se ponía a enaltecer a Sendero. No es que fuera un radical. Tenía sus simpatías por la izquierda, por Chávez y el Che, como tantos escritores social confusos, pero, de choborra, a Santiago se le salía el resentimiento. Un día me dijo:

—Sendero tiene que matar a Cipriani, a Keiko, a Roque Benavides, a Aldo Mariátegui, a todas esas mierdas. En este país, Willy, hace falta un genocidio burgués.

Recuerdo que, aquella noche, por las sandeces que hablaba, me levanté de la mesa y me retiré. Al día siguiente, Santiago me llamó para disculparse y, de paso, recordarme que yo le había prometido un dinero prestado y que lo quería más rápido que inmediatamente.

3

Cuando lo conocí, él y Veronik andaban de enamorados. Sin embargo, cierta noche, en el Piseli de Barranco, en mi delante, Santiago le dijo a Veronik acomplejada, niña rica, calabacienta. Incluso la mandó callar tronando los dedos. ¿La razón? Porque Veronik le dijo que estaba tomando demasiado. Al final, Vero salió llorando del bar.

Yo estaba convencido de que Santiago no amaba a Veronik, de que solo se aprovechaba del dinero de ella. Pero, cuando le conté que me la estaba tirando, se puso violento. Hasta me amenazó de muerte.

Menos mal que no conocía mi departamento. Tal vez hubiera armado un escándalo. La verdad es que nunca lo llevé. Solo me juntaba con él en los bares bohemios. ¿Qué habrían dicho mis vecinos al verme llegar con un tipo de esa calaña?

Luego me enteré de que Santiago paraba preguntando por mí y por Veronik en Barranco. Me hubiera gustado llamarlo y decirle: es inútil, compadre. Veronik y yo vamos a buenos hoteles, restaurantes de primera, lugares a los que a ti no te dejarían entrar por misio. Sorry, compadre, pero ya perdiste.

No es que le temiera. Yo lo podía tumbar de un karatazo. Pero, ebrio, él era impredecible. Además, andaba con una cadena de bicicleta. Igual, tomé mis precauciones. Yo había adquirido —por consejo de la mina— una pistola Beretta. También tomé clases de artes marciales con un coreano para protegerme de los ladrones y de tanto resentido social que pulula por Cajamarca.

Cuando le dije a Veronik que, si la circunstancia lo ameritara, le haría daño a Santiago, ella me rogó que no lo tocara.

—No seas abusivo, pues, Willy. Ya se le pasará. Te apuesto que un día de estos se obsesiona con otra y se olvida. Solo es un viejo inmaduro. Déjalo.

4

Bárbara, la chica con la que salía antes de conocer a Veronik, practicaba en una ONG ambientalista financiada por Usaid y realizaba una investigación sobre los conflictos minero ambientales en Celendín. Debido a mi cargo en la compañía, Bárbara me solicitó una entrevista (Pepito Cavallini Ganoza del Club Regatas nos contactó).

—¿Qué tal si nos encontramos en Lima? —le pregunté a Bárbara—. Allá te cuento lo que quieras. Acá en Cajamarca es complicado.

—¿Por qué?

—Es que tengo prohibido hablar con periodistas o investigadores.

—Pero para nada te mencionaré en mi trabajo. No creerás que soy una tiradado, ¿no?

—No lo creo. ¿Cómo se te ocurre? Pasa que hay personal infiltrado, contratado por la mina, vigilando. Dicho sea de paso, ¿no serás tú una infiltrada?

—¿Cómo crees?

—No lo creo. Cavallini me habló bien de ti.

—Qué bueno.

—Pero, en Lima, si me aceptas un café, te cuento lo que desees, siempre y cuando nos atengamos a temas técnicos. Espero que no me pidas deshonrar mi compromiso de confidencialidad.

Bárbara accedió. Conversamos un par de veces en La Máquina, un café para hipsters de Miraflores. Caminando por Larcomar, luego, me di cuenta de

que le gustaban los perfumes, así que, para la próxima, le obsequié un Christian Dior. Esa misma noche nos besamos en mi carro. Para la próxima vez, la llevé al bar del Hotel Marriot y luego a una habitación con vista al océano Pacífico.

A sus veintitrés, Bárbara todavía se andaba con tonterías de niña: por ejemplo, no se rasuraba la vagina y usaba zapatillas All Star rojas y baratijas de hippies. No se despegaba de su smartphone, empleaba la frase “tu miembro” al momento de tirar y, lo más hasta las huevas, era que llevaba una billetera rosada de Hello Kitty.

Bárbara solía criticarme por mi consumismo, por tener tantos pares de zapatos, ternos de diseñador, discos importados y libros sin leer en mi apartamento.

—Por eso no puedes amar —me dijo un día—. Porque amas tus cosas más que a la gente.

Pero bien que le gustaba la buena vida, conducir mi Suzuki en las dunas del sur, broncearse en los resorts, hacer shopping.

Con ella llegué al bar La Noche de Barranco, la ocasión en que conocí a Santiago. Esa noche, Bárbara y yo ordenamos cocteles y chicharrón de pollo. Luego, en la rockola, Bárbara tocó temas de los Fabulosos Cadillacs, el General y Vico C, y me sacó a bailar. En ese momento, recuerdo, un mesero nos comunicó que, en el otro ambiente, se iniciaría un recital de poesía.

—¿Por qué no entramos al recital? —le pregunté a Bárbara.

—No me gusta la poesía, Willy. ¡Qué monse eres! Acá estamos bien.

—Vamos un rato, no todo es hueveo en esta vida, Barbie. Se ve interesante.

A mí me gustaba la literatura desde chico. Mi madre, profesora de inglés, me había inculcado la lectura. En el Newton, leí a Stevenson, a London y a Hemingway. En la Católica, mientras estudiaba Ingeniería de Minas, tomé

clases de literatura contemporánea y logré publicar un cuento salingeriano en una revista para aficionados.

—Okay, entremos al recital —me dijo Bárbara—. Pero, si me aburro, nos vamos en one, Willy.

—Okay, Barbie.

Pues bien, casi todos los poetas me parecieron tediosos y mediocres. Una vieja no hablaba más que del día en que parió y de su cordón umbilical. Otro, con pinta de drogadicto, de cyborgs, máquinas y aliens. El único que me gustó fue Santiago. Un poema suyo hablaba de un fracasado dramaturgo que estranguló a su psicoanalista con una correa.

¡Qué manera de leer carajo!: con una correa en la mano, poniendo cara de desquiciado. Parecía poseído.

Tras el recital le estreché la mano a Santiago, le compré un libro, le pedí que me lo autografiara. Me tomé un selfie con él y le invité unos tragos.

Santiago y Veronik (en ese tiempo su “enamorada”) se sentaron a mi mesa. Era la primera vez que conversaba con un poeta y me sorprendió que no hablara de poesía. Su único tema era por qué el canal de televisión del Gobierno no lo entrevistó al final del recital. ¿Por qué no a él que de lejos fue el mejor poeta de la mesa, y sí a la tipa esa del cordón umbilical?

—Es que está envarada —me explicó Santiago—. Es una argollera.

A la media hora Bárbara se moría del aburrimiento y me dijo al oído:

—Oye, Willy, dejemos a estos fonavistas acá y vámonos a bailar al Sargento.

—Quedémonos un rato más. No hay que ser descorteses. Además, conejita, nosotros siempre bailamos.

—Ayer no bailamos. Fuimos al bowling.

—Okay, Barbie, pero ¿por qué esta noche no hacemos algo distinto? Mira, esta gente parece simpática, estemos una hora más acá y luego nos vamos al Dragón, te lo prometo.

—El Dragón no me gusta, es para poseros. Vamos al Sargento.

—Okay, vamos al Sargento.

Ordené ronda tras ronda de piscos hasta que Santiago se quedó dormido sobre la mesa. Para ese momento, yo solo hablaba con Veronik. Bárbara apenas intervenía, estaba enterrada en su smartphone. Cuando le dije que yo tendría que llevar a Santiago al departamento de Veronik, Bárbara me dijo:

—¿Qué estás esperando, Willy? Tírate a esa vieja.

—¿Qué cosa?

—¿Qué cosa crees, baboso? ¿Que no me di cuenta de cómo la miras?

—Exageras, conejita. ¿De qué hablas?

—A mí no me digas conejita, pavazo. A mí llámame por mi nombre.

5

Tras conocerlo, adquirí algunas obras de Santiago en la librería El Virrey. En las contratapas lo pintaban como uno de los mejores poetas surgidos en los ochenta. Pero —la verdad— no creía que fuera para tanto. Yo lo consideraba un imitador de Verástegui e Hinostroza. Aun así, le escribí un correo y lo cité en el Queirolo del centro de Lima.

—¿Por qué no le dices a Veronik que venga contigo? —le dije—. Yo iré con mi amiga, Bárbara, la chibola de la otra vez.

El día de la cita, él no llegó a la hora acordada. Así que pedí una botella de vino blanco para esperarlo.

Bárbara no estaba conmigo ese día. La mandé a la concha de su madre después de descubrir que, en Facebook, hablaba mal de mí. Se burlaba de una

frase que le dije durante nuestra primera cita (“¿Te puedo robar un beso?”) y hasta llegó a insinuar en público de que no se me paraba bien.

Recién a la hora, Santiago llegó. Vestía unos jeans percutidos y una camisa hawaiana. Tenía resina en la cara y el pelo, una barba de días y caspa.

—Veronik no puede venir —me dijo—. Tiene migraña.

—¡Qué pena! —le dije—. Dile de mi parte que se recupere.

—Le diré.

—Bueno, Santiago, sírvete una copa de vino.

—Yo no tomo vino, ese es trago de cagones. A mí pídemme un pisco puro.

—Okay, compadre.

—Que sea Quebranta.

—Oye, Santiago, acabo de leerme dos libros tuyos, *Calandria* y *Valle Sharón* y me impresionaron. ¡De la puta madre!, bróder. Salud por eso.

—Gracias, choche. Pero pide el trago rápido, pe. Ahorita voy al baño. Quiero aplicarme un Nicolas Cage.

Pedí una res. Pasado un rato, empilado, Santiago solo hablaba de Veronik. Se quejaba de que la familia de ella lo rechazara por “chontril, borracho y pobre”. Que, por eso, llevaban una relación casi clandestina. También le molestaba que Veronik quisiera volverlo vegetariano, desintoxicarle la sangre, hacerle una suerte de diálisis y meterlo a Alcohólicos Anónimos. Le fregaba, además, que desde hacía unos días Veronik se hubiera encerrado en su casa por la depresión que padecía.

—Pichuladas de burgueses, Willy —me dijo—. Solo se deprimen los que tienen plata.

Terminada la botella de pisco, Santiago se quedó privado. De pronto sonó su celular que estaba sobre la mesa y yo contesté. Era Veronik.

Santiago no tenía computadora, pero un amigo suyo, propietario de una cabina de Internet en Atocongo, le permitía quedarse en su negocio por las noches. Santiago hacía de guachimán. Su amigo le proporcionaba un palo y un machete en caso de que rateros ingresaran. Aunque le facilitaba una colchoneta y una frazada tigre, Santiago no dormía. Aprovechaba la noche para transcribir en la computadora los poemas que escribía durante el día en cuadernos, libretas y hojas sueltas. De esa forma, Santiago compuso sus dos últimos libros.

Aparte de ese cachuelo, no laboraba en nada. Pasaba el día en su dormitorio leyendo, tomando yonque y escribiendo. Si no, frecuentaba bares buscando que alguien le invitara un trago.

Santiago vivía con su padrastro, con quien se llevaba pésimo y hasta habían llegado a los golpes. El viejo no soportaba su zanganismo. Por eso, un día, después de que Santiago dejara el baño sucio de arrojados, su padrastro remató casi todos sus libros al botellero. Según contó Santiago, con lo que le pagaron a su padrastro, este se fue a comer carapulcra de gato a un huarique en Chorrillos.

—En esa casa de mierda —me dijo—, creen que escribir es una pérdida de tiempo. Les importa un reverendo carajo los premios que he ganado y los reconocimientos. Lo único que quieren es plata, plata y más plata, concha de su madre.

Santiago poseía una trayectoria envidiable. Premios nacionales. Reseñas en los principales periódicos y revistas. Viajes por Estados Unidos y Europa. Menciones en antologías y estudios en boletines académicos. En fin, todo con lo que un autor podía soñar.

Pero, a veces, el pobre no tenía ni para comer ni para comprar un lápiz o papel. Por eso, le regalé una laptop que me sobraba. Una Apple que le quité a mi exmujer antes de que se fuera con mi hijo Santino y su amante a París. Eso

representó un cambio para Santiago. A partir de entonces, se lo veía en el Starbucks de Barranco escribiendo y usando el Internet gratuito.

Lo sé: regalar cosas por lástima no es agradable. Pero me parecía una injusticia que Santiago no pudiera escribir en las mínimas condiciones. Eso me molestaba de él y de algunos de sus amigos “poetas”: gente sin ambición, torpes para los negocios. Incluso, algunos aseguraban preferir la pobreza con tal de escribir. ¡Qué estupidez más grande, carajo!

Y, claro, con los obsequios lo malacostumbré a Santiago. Al principio, yo le daba sin problema algunas monedas y billetes que me sobraban en el bolsillo. Pero, después, el fresco me pedía plata sin asco. Incluso se resentía si le decía que no. Pero una noche lo puse en su sitio.

—Busca trabajo, mierda —le dije—. No me vuelvas a mendigar un centavo. ¿Qué cosa crees que soy, imbécil? ¿Tu banco?

7

Pocos entendían cómo Santiago podía ser enamorado de Veronik. A ella la trataban de “loquita”, y a él, una vez, un inflado poeta de la Harvardtín llamado Paolo Limachi le dijo “qué suerte tienes, compadre, probaste carne blanca”.

La mamá de Veronik se oponía a la relación. Un verano en que Veronik recayó en la depresión maniaca, la envió a Buenos Aires para mantenerla alejada de Santiago.

No recuerdo cuál de sus amigas dijo que Veronik necesitaba un hombre que cumpliera una función paterna. Su viejo había muerto cuando ella era chibola. El señor se metió a surfear su long board borracho y se ahogó. Quizá Veronik veía en Santiago a un mentor artístico o algo por el estilo.

Cuando la conocí, yo tenía un año y pico de divorciado. Me casé con una miserable que no vale la pena recordar. Una aprovechada que se llevó a mi

hijo autista a Tallahassee y a la que debo pasarle un cheque mensual, a pesar de que su nuevo marido se pudre en plata.

Ya deseaba conocer a otra mujer. Pero mi trabajo se interponía. No me quejo, ganaba bien, pero cerca de la mina solo vivían serranas feas. No me quedaba otra pues que ir a los puteríos para ingenieros en Cajamarca en busca de colombianas y brasileñas. En Lima, tuve mala suerte. Las dos últimas mujeres con las que estuve me fueron infieles mientras yo trabajaba en la mina. ¿Y Bárbara? ¡Bah!, mejor ni mencionarla.

Veronik parecía un buen partido. Pertenecía a una de las familias más adineradas del país: pintora con una maestría en Suecia. Tanto dinero tenía que no trabaja ni se preocupaba por conseguir empleo. Su madre le pagaba la renta de un departamento en Miraflores, en donde ella montó un taller.

Veronik no bebía tanto. Se servía una o dos copas a lo mucho. Pero asistía a psicoanalistas y psiquiatras, y me parece que era adicta a las pastillas. Sucedió que hacía unos años se había chocado regresando de su casa de playa en Asia. Se le vaciaron los frenos de su Volvo 760 y se estrelló contra unos cilindros de contención. En el accidente, su hija Elizeva, de cuatro años, salió despedida por el parabrisas. Se le partió la cabeza al estrellarse contra el pavimento.

La semana pasada le di a entender a Veronik que quería casarme con ella, pero me dijo que no cree en el matrimonio.

8

Se lo dije en la cara a Santiago:

—No te molestes, compadre, pero estoy saliendo con Veronik. ¿Recuerdas la última vez que viajé? Pues, aquella vez estuve en Buenos Aires con ella. La pasamos en un hotel un fin de semana.

—Santiago, no seas cojudo —le dije en otro momento—. Yo no te falté el respeto ni nada. Además, tú ya no tenías nada con ella.

Al final le dije:

—Y quiero que esto te quede bien claro, huevón: si vuelves a escribirle un correo insultándola o diciéndole tonterías, o que sigues templado, o que la extrañas, o huevadas de ese estilo, te voy a sacar la concha de su madre. No bromeo.

Santiago quiso armarme pelea. Sacó su cadena de bicicleta para agredirme, pero disparé al aire y el cojudo se corrió por un jirón de Barranco.

Esa fue la última vez que lo vi. A las semanas, unos pirañitas terokaleros lo encontraron muerto en un basural del jirón Cailloma.

MAZ NAH

—The police are here for you!
It's all my fault, I shouldn't have come...
—Your fault, my fault, who cares? So long as you're here.

Scarface

1

Pareciera que, por juerguista y pingaloca, mi hermano Ramiro era un pelotero relajado, pero de verdad él sí quería ser jugador. Como volante, se probó en varios equipos de primera división; sin embargo, no lo consideraron.

—Te falta físico, chiquillo —le dijo Chalaca González—. No aguantarías un partido de 90 minutos.

—Estás bien para fútbol sala —le dijo otro técnico—. Tienes cirunta, pericoteas, la quiebras bien, pero no más.

—Mira, chiquillo, no lo tomes a mal —le dijo un dirigente de la “U” apellidado Levaggi—, la verdad, no eres futbolista, así que mejor dedícate a otra cosa, no pierdas tu tiempo.

Y tal vez por este comentario Ramiro se vino a mi casa un fin de semana y empezó a decir que se enrolaría en el Ejército. Que su plan, tras culminar el servicio, sería postular a la escuela de oficiales o a la Policía.

—Eso ni cagando —le dijo mi viejo—. De militar o de tomo ni de vainas. Esos ganan una mierda. ¿Por qué, Ramiro, mejor no ingresas al Senati a estudiar Electricidad o Metalmecánica, o para tornero? Esas son carreras

buenas y te llevan para arriba. Míralos a los hijos de mi compadre Muela: ya están con su carrito.

Pero Ramiro no se motivaba. Es que, de verdad, era vagoneta. En el colegio, sacaba rojos y casi repitió tercer año. Yo, como mi viejo, tampoco quería que Ramiro entrara al servicio militar.

—¿Por qué no postulas directo a la escuela de oficiales? —le pregunté una noche—. ¿Por qué perder dos años en el servicio? ¿No sabes que es una sacadera de mierda? ¿Y si te mandan a una zona de emergencia? ¿Y si te matan o te dejan inválido? ¿Quién te cuidará?

—Tú pues, querida hermanita. ¿Quién más?

Cierto día, su madre —la primera mujer de mi padre— llamó por teléfono a mi casa y nos dijo que Ramiro se había encuartelado.

A la mañana siguiente, mi viejo y yo acudimos al Fuerte Rímac para sacarlo, pero los militares nos pelotearon. Dijeron que no existía nadie con el nombre Ramiro Gerson Espinoza Cashpa. Que el coronel no sé qué estaba ocupado. Que estorbábamos, que nos largáramos ya mismo.

Recién a los quince días, a los milicos se les dio la gana de atendernos y nos comunicaron que a Ramiro ya lo habían enviado a la frontera. También nos dijeron que mi hermanastro, como mayor de edad, había decidido ser voluntario y que ya nada podíamos hacer.

2

Limpiando el cuarto de mis padres, encontré en el cartapacio de mi viejo unas cartas que le escribió Ramiro desde el cuartel.

En los primeros mensajes, se arrepentía de haberse enlistado. Contaba que llegando nomás al cuartel le metieron el dedo al ano para ver si era maricón, que durmió tirando suelazo y que lo tuvieron trabajando a la fuerza.

En otra misiva, Ramiro relataba que los reclutas antiguos lo obligaron a comer excremento, a tomar pichi, y a embutirse los arrojados de los enfermos. Que también lo mandaron a degollar un perrito con un puñal y luego beberse su sangre.

Narraba que a los nuevos los forzaban a pelear hasta el límite por apuestas o solo por las reverendas ganas de joder.

“Papi, me quejé con el coronel Escobar”, escribió Ramiro. “Y este, en lugar de defenderme a mí y a mis compañeros, me confinó en un oscuro calabozo”.

Cuando lo enviaron a la frontera con Colombia, tiró machete, pico y lampa. Allá, era usual la comida malograda, con gorgojos. En esta época, mi hermano terminó enfermándose del estómago y pasó días en un tóxico.

Recién al tercer mes —contaba Ramiro— le enseñaron artes marciales, tiro con fusil y estrategias de combate. Luego lo destacaron al Vraem para luchar contra la facción Proseguir de Sendero Luminoso.

Allá en el Vraem se especializó en matar con arma blanca. Ramiro contaba que se introducía en la selva de noche en silencio. Que se movía como un jaguar hasta la posición enemiga en donde degollaba a sangre fría a terrucos dormidos.

En estas cartas, también contaba que, por tantos que había ultimado, la mayoría adolescentes obligados a pelear en las filas de la guerrilla, tenía pesadillas. Que se entristecía y que hasta sufrió episodios de pánico en los que se le adormecía el cuerpo y se le aceleraba el corazón. Contó que una noche un oficial lo encontró llorando y le propinó un lapazo por dar el mal ejemplo.

A pesar de ello, todavía guardaba cierto entusiasmo, pues le decía a mi padre que, cuando llegara a oficial, haría lo posible por conseguirle a su madre una vivienda decente, que no permitiría que nunca más ella fuera

ambulante ni que siguiera viviendo en un asentamiento humano sin agua ni desagüe.

Sin embargo, meses antes de que Ramiro culminara el servicio militar, a su madre la atropelló un camión Volvo en el cruce de Venezuela con Universitaria. La carretilla de sándwiches de la señora terminó despedazada, y ella, con el cráneo aplastado.

En el velorio, que se realizó en mi casa, Ramiro apenas me habló. Ni siquiera me aceptó salir a fumar un cigarrito al parque Jurásico. Luego le encaró a mi viejo su tacañería al enterarse de que sepultarían a su madre en el cementerio más miserable y alejado de Lima.

—Eres una cagada, enano de mierda —le dijo a mi padre—. Una auténtica porquería.

3

Antes de que lo construyeran, el parque Jurásico era un terral. No había veredas que la circundaran, ni bancas de cemento, ni la cancha de fulbito, ni ese enorme tiranosaurio rex que ahora se levanta allí.

Recuerdo que, en un inicio, sobre ese terreno mi padre y unos vecinos apisonaron la tierra. Luego colocaron dos porterías hechas de palos en los extremos y unos piedrones alrededor del campo para señalar el contorno.

Un domingo, pintaron con cal las líneas de la cancha de fulbito y celebraron un campeonato relámpago con equipos venidos de Independencia, Zarumilla y el Rímac. En ese primer campeonato relámpago, el equipo de mi padre, el Anti-Dühring, conformado por maestros del sindicato clasista, quedó en tercer puesto.

En ese tiempo, el servicio de agua era limitado en el barrio, pero un día llegó la municipalidad a construir un depósito de agua. Sucedió que, durante

los trabajos, los obreros encontraron unos restos fósiles. Y no recuerdo quién dijo que se trataba de dientes de un megalodonte.

A partir de entonces, los vecinos denominaron al lugar “el parque del dinosaurio”, erróneamente, puesto que el megalodonte no era un dinosaurio, sino un escualo prehistórico.

Tiempo después, en el parque, el alcalde inauguró una la loza deportiva. Durante la ceremonia, el burgomaestre insistió en la necesidad de combatir el flagelo de la droga con el deporte. Prometió también construir una pileta con una sirena y la estatua de un dinosaurio. Sin embargo, no culminó la obra. La siguiente administración la paralizó argumentando que se trataba de un esperpento.

Hoy no hay pileta ni sirena, pero sí dinosaurio: un tiranosaurio rex de cuatro metros de altura que se convirtió en la atracción de la zona, tanto así que, para llegar a mi barrio, uno tiene que bajarse en el paradero Parque Jurásico. Apareció la chinganita Velociraptor y la discoteca Tiranosaurio Rex, local en donde Ramiro se hizo de cierta fama bailando los *Cuentos de la cripta*.

A pesar de que, en esos días, vivía en Carabayllo con su madre, Ramiro llegó a ser uno de los chicos más populares de mi barrio. La frase “Ramiro Ice, el dulce, maz nah” estaba pintada en varias paredes. También sobre el dorso del tiranosaurio.

Estaba, digo, porque ahora ya no. Una madrugada, mi padre, como para que nadie recordara la mierda que hizo mi hermano, salió con un balde de pintura anticorrosiva negra y tachó todo muro donde estuviera escrito el nombre de Ramiro.

Como en el servicio militar Ramiro aprendió rudimentos de electricidad y mecánica, consiguió trabajo en el taller del señor Donato Guevara en la avenida Habich. Muerta su madre, además, ya no tenía sentido que siguiera viviendo en la casucha de ella en aquel asentamiento humano de Carabayllo, así que papá le permitió quedarse en nuestra casa, arriba, en el cuarto de los cachivaches.

Ramiro no quiso comprar nada para su habitación porque aseguraba que pronto se largaría del Perú. Un compañero suyo del servicio, un tal Fabio Ccahuantico, ya trabajaba en una factoría de queso en Paterson, y había prometido jalarlo.

En mi casa, Ramiro no comenzó con los problemas. Mi madre más bien lo mandaba a limpiar la cocina, el baño y la azotea. Le pedía plata. Lo resondraba cuando llegaba tarde. Si traía amiguitas o tocaba El Chombo y Don Chezina a alto volumen, le decía esta casa no es un burdel ni una chingana.

Ramiro pensaba que mi padre intervendría a su favor. Pero mi viejo se hacía de la vista gorda. Harto, una tarde en que mi madre calificó a la enamorada de Ramiro como una “serrana trepona”, él se le fue encima a mi vieja. La llamó “infeliz de mierda”, “miserable” y “amargada”. Luego, mi hermano tomó su mochila y se marchó tirando la puerta.

Cuando lo busqué en su trabajo, le rogué que regresara a mi casa. Pero Ramiro se alejó dejándome con la palabra en la boca. A los días, volví a buscarlo, pero el señor Donato Guevara me dijo que lo despidió por llegar oliendo a trago.

A las semanas, lo encontré en el barrio jugando pelota con unos pandilleros que se autodenominaban “Los Destruccionistas de Piñonate”. Me dijo que vivía en una azotea por la avenida Perú con un amigo del servicio. Recuerdo que lo invité a ver la película de Eminem. Ramiro aceptó, pero el

día acordado me dejó plantada en el cine Túpac Amaru con los boletos y el pop corn en la mano.

A los meses, me lo encontré bailando Ledesma en la discoteca Tiranosaurio Rex. Yo estaba medio picada de cervezas, así que me acerqué y lo besé con un piquito, pero él se hizo para atrás. Luego, cuando se puso más borracho y denso, me dijo:

—Oye, Milu, ahora que te veo: qué chancha que estás.

—¿Qué dices, Ramiro?

—Que por qué no haces ejercicio, hermana.

—Sí, amiga —me dijo la chica que lo acompañaba, una con pinta de amixer—. No seas perezosa, gordis. Haz deporte que estás panzona.

—De verdad —dijo Ramiro—. Mira esos brazazos que tienes. Qué tales lonjas.

—Sí, amiga, estás cuadrada —dijo la chica—. Sal a correr, aunque sea, que no cuesta nada. Quiérete un poco.

En aquel momento, lo único que atiné a hacer fue dar media vuelta y retirarme de la discoteca. No quería que me vieran llorar.

5

Ramiro le comunicó a mi padre que sería abuelo. Le telefoneó diciéndole que tenía una novia que le salió con su domingo siete. Era la tipeja aquella de la discoteca Tiranosaurio Rex, una tal Patichú. Creo que ni asistía al colegio y cocinaba pésimo. Lo sé porque, para el santo de Ramiro, preparó un arroz con pollo que le quedó masakoteado.

—Uy, hermanito —le dije—, con esa vas a sufrir. A ti que te gusta el buen bitute.

—Tú tienes que enseñarle pues.

—Ay, hermano, esa tipa no te conviene. Tú te mereces algo mejor.

—¿Qué cosa me merezco, Milu?

—Patichú está bien para pasar el rato, pero nada más.

—Bah, tú no la conoces.

—Mira, Ramiro. Dile que aborte. Llévala a uno de esos sitios de atraso menstrual de la avenida Alfonso Ugarte y asunto solucionado.

—¿Estás cojuda tú?

—¿Y qué hay de tus planes de irte a los Yunaites?

—Milu, ¿sabes qué? No me jorobes.

A los meses, Ramiro y Patichú se casaron en un matriqui masivo en el parque Héroes de la Policía, en Comas. Como el suegro de Ramiro tenía un capitalcito (era conductor de la Covida), les ayudó a instalar una cabina de Internet en San Martín Porres.

Cuando nació mi sobrina Katusca, se mudaron a un segundo piso de una quinta en El Naranjal. Para ese momento, yo ya trabajaba como asistente de una empresa de gas. Además, ya me había olvidado de mis roches con Patichú y organicé una fiesta para celebrar “la casa nueva”.

Recuerdo que compré una torre de cerveza Pilsen y unos piscos chinchanos. Como yo quería quedar bien con Ramiro, preparé una paila de carapulca con sopa seca y unos tamales de chancho. Ufff, me quedaron güenazos.

Aquel día, le obsequié una cuna Moisés a Katusca. Ramiro y Patichú, por su lado, me solicitaron que fuera la madrina de bautizo de su bebé y, claro, yo acepté encantada.

6

Días antes del bautizo, arrestaron a Ramiro. Lo sorprendieron con una adolescente de catorce años en un hostel de la avenida Perú.

Ese mismo día, la Policía allanó su negocio de Internet. Decomisaron sus equipos y los enviaron a unos peritos informáticos que descubrieron que Ramiro tenía varias conversaciones obscenas con colegialas. Las autoridades encontraron, asimismo, videos pornográficos y fotos comprometedoras de menores de edad.

En la investigación, al inicio, se vinculó al padre de Patichú (al fin y al cabo, era el dueño del negocio), pero tras las investigaciones el viejo quedó limpio. A Ramiro, más bien, lo acusaron de corrupción de menores, de intento de violación y de pertenecer a una red internacional de distribución de pornografía infantil.

—La chica me dijo que tenía diecisiete —argumentó Ramiro—. Y ella misma me citó en ese hostel. Me dijo que estaba templada de mí.

—Si quieren —agregó—, les muestro sus correos. O las fotos calata que ella me enviaba sin que yo se lo pidiera.

¿Qué había pasado? Pues la mamá de la chiquilla advirtió que Ramiro chateaba con su hija y se lo contó a las autoridades que —bien cagones ellos — le tendieron una trampa a mi hermano.

Ramiro y la chica se encontraron cerca del hostel Jovita de Habich. Entraron al local sin problema (presumo que el administrador también estaba en la colada de los tombos). Cuando ya estaban en la habitación, la Policía ingresó con la llave y pescó a mi hermano con los pantalones abajo. Luego lo sacaron enmarcado. Recuerdo que un oficial lo jalaba del cabello para que no escondiera el rostro cuando cruzaron frente a los fotógrafos.

Al día siguiente, la Policía presentó a mi hermano y a dos pederastas de verdad en una concurrida conferencia de prensa. Los periodistas los insultaban. Gritaban mátenlos, cástrenlos, que se pudran en la cárcel.

Para empeorarlo todo, en esos días, la prensa cuestionaba al jefe de la Policía porque, supuestamente, benefició, a cambio de una coima, a unos

allegados en una licitación. Así que, para ganarse unos porotos frente a la opinión pública, el jefe de la Policía mismo mostró ante las cámaras a mi hermano y a los otros detenidos.

Apenas se propagó la noticia en los periódicos chicha, mis familiares y conocidos me evitaron. Cuchicheaban a mis espaldas. Era como si yo también hubiera cometido alguna fechoría.

Patichú se molestó horrible. A mi padre y a mí no nos permitía ver a mi sobrina Katusca. Mi padre lloraba. Andaba cabizbajo. Solía alzarnos la voz a mi madre y a mí. A unos periodistas del diario *El Chino* que vinieron a la casa les tiró un bacín de meados.

—Lárguense, basuras —les dijo—. Ni vuelvan que les tiro ácido muriático.

¿Quién sabe? Quizá por eso papá volvió a beber pisco más de la cuenta con sus amigos borrachos del sindicato.

Yo no le recriminé nada a mi viejo porque creía que estaba en su derecho de ahogar su dolor con la botella.

7

La resina de Patichú no visitó a Ramiro en el penal de Lurigancho si no hasta varias semanas después. Solo lo hizo cuando mi padre se lo rogó ofreciéndole dinero. Pasaba que, en prisión, los reos vigilaban a los nuevos internos al dedillo. Si tenían esposa e hijos que los visitaban, no sé por qué los consideraban mejor. A los que no contaban con nadie, a esos los tenían podridos.

—Solo estoy acá por tu padre y porque me pagó —le dijo Patichú a Ramiro en la sala de visitas.

Ramiro escuchaba sereno. Vestía un short Fila, chancletas hawaianas y un polo percutido de la “U”. Luego, cuando abrazó a su hija Katusca, Patichú le

dijo:

—Suavecito nomás, mierda. Nada de besitos ni abrazos. Puedes tener alguna pichulada, o piojos, o ladillas, o quién sabe qué cojudez.

Mi hermano no entró en broncas. Entretuvo a su hija con las sonajas. Le hablaba con ternura. La mecía. Así estuvo hasta que, media hora después, un funcionario del Inpe se lo llevó de regreso al pabellón de violadores.

8

Ramiro era el primer chico al que besé en la boca. Eso pasó una medianoche en que papá llegó borracho a casa y nos pegó porque nos comimos toda la carne de su lomo saltado. Papá nos azotó con el sanmartín que usaba para castigar a sus estudiantes del colegio Pumacahua.

Después de la zurra, Ramiro y yo salimos de la casa. No soportábamos los gritos de mis padres peleándose, así que nos ocultamos bajo la estatua del tiranosaurio. Recuerdo que me apoyé en el pecho de Ramiro. Yo temblaba, lloraba y reventaba de furia. Fue entonces que él me buscó la boca y yo me dejé.

El siguiente fin de semana, cuando mis padres salieron para una yunza en Canta, se la chupé en el sofá y me calateé. Después de aquello, cada vez que Ramiro venía a mi casa, nos subíamos al techo con cualquier cuento y nos metíamos al cuarto de los cachivaches.

—No te vengas adentro —le decía. Pero él no siempre me hacía caso.

En esos días, pensaba que tirar con Ramiro estaba mal, pero, cuando mis amigas me contaron que cachaban con sus primos y hermanos, no me pareció para tanto. Creo que hasta llegué a enamorarme. Todo continuó hasta que salí embarazada y aborté en un consultorio de “atraso menstrual” de la avenida Alfonso Ugarte. Aquello fue medio traumático porque la intervención se complicó.

Después del aborto, no sé por qué Ramiro ya no quiso tocarme.

9

Papá y yo tuvimos que llevarle presentes al juez Pariachi y pagarle a un matón del penal de Lurigancho conocido como Rompewáter para que cuidara a Ramiro. Prácticamente, todo mi salario de asistenta de esos meses lo destiné para mi hermano.

Recuerdo que a Ramiro lo liberaron un jueves por la tarde. Papá y yo lo esperamos a la salida de Lurigancho. Aquel día, pasamos varias horas soportando a la peor gentuza que uno se puede imaginar. Es que, en la puerta de la prisión, abundan bares de chicha canera, peñas de faites, chinganas y puticlubs.

Ramiro salió desnudo del penal. Esa es la costumbre de los reos. Los despojan de todo. Y, como ya estábamos advertidos, le llevamos ropa.

Luego abordamos un taxi Tico. Como en mi vecindario conocían su historia, Ramiro no se quedaría con nosotros. No queríamos roches. Además, no hacía mucho que unos desconocidos habían ultrajado a la hija del panadero. Por otro lado, mi madre nos lo había advertido: “A ese degenerado no lo quiero ver más por aquí”. Por esa razón, papá le consiguió un cuartito en un callejón en Zarumilla.

En cierto momento, decidí quitarle la palabra a Ramiro. Marginarlo como Patichú y su familia de mierda. Es que realmente me parecía una asquerosidad lo que Ramiro iba a hacer con esa chiquilla.

Ahora, sin embargo, creo que no es para tanto. Ramiro ya sufrió suficiente. Lo han torturado, lo han contagiado, y yo creo que se merece una oportunidad. La vida continúa.

Ciertos fines de semana lo invito al cine. Justo el último sábado vimos la última de *Los piratas del Caribe* con Johnny Depp. Otras veces, vamos a comer chanfaina con cebiche a Pocitos. O, con mi papá, a la tribuna norte del estadio de la “U”. Como sea, trato de que Ramiro se olvide de lo malo.

Cierta gente dice que Ramiro salió de la cárcel más jodido. Son gente malhablada y sin compasión. Yo, por el contrario, creo en él. ¿Por qué? Porque cada día veo cómo pone de su parte, que da todo de sí, y eso es lo que vale, ¿no?

CARECUCHILLO

—What if I go north? Disappear.
Would you come after me? Hunt me?
—No... No, I wouldn't. I owe you one...
But somebody would.

Blade Runner

1

Trasladaron al Ruso desde el penal de Lurigancho a un establecimiento de alta seguridad en el interior: a la prisión de Pomacancha, en Junín, una cárcel situada a 4100 metros sobre el nivel del mar.

Llegué por primera vez a ese lugar en una Station Wagon cuyo tanque de combustible era un improvisado balón de gas instalado en la maletera. Era uno de esos recipientes grises de metal que usan en las cocinas domésticas.

El vehículo, que tenía pegado un sticker en la compuerta trasera que rezaba “Cómo sufres al verme pasar”, lo conducía un adolescente aficionado a Illya Kuryaki and the Valderramas que se negó a bajar el volumen cuando se lo solicité.

—Hasta acá nomás puedo llegar, choche —me dijo Frisco, como se hacía llamar el chico, cuando llegamos a una remota parada—. De acá tendrás tirar pata.

—¿Para dónde?

—Por esa trocha de la izquierda. Camina directo nomás.

—¿No me perderé?

—Imposible, bro. Más bien, no te salgas del sendero porque los tombos tienen orden de disparar.

2

El complejo penitenciario era una morosa edificación de ladrillos coronada con techos de dos aguas y tres humeantes chimeneas. Alrededor se extendían cercos metálicos y, en las esquinas, se alzaban cuatro atalayas desde donde francotiradores con pasamontañas, sacones verdes, y armados con fusiles de asalto, vigilaban.

Tras mostrar mis credenciales de prensa y someterme a una exhaustiva revisión, en la que tuve que vaciar mis bolsillos y bajarme los pantalones, dos fornidos centinelas encapuchados me trasladaron a través de un pasillo en donde crucé miradas con varios prisioneros. Recuerdo unos ojos encendidos como estimulados por la droga; y otros más bien desconsolados, suplicantes.

Los centinelas abrieron una puerta, una mole de fierro con una rejilla del tamaño de un iPhone. Me ordenaron entrar, advirtiéndome que ellos no se responsabilizaban si algo fuera de lugar pasaba dentro. Me comunicaron que sería grabado con una cámara y que, ante cualquier conversación sospechosa (se referían a supuestas órdenes criminales que el Ruso transmitiría a sus cómplices en Lima usándome como emisario), suspenderían mi visita y me pondrían a disposición de la Policía.

Dentro de la celda, encontré al Ruso bien arropado. Llevaba un chullo, una chompa cuello Jorge Chávez con la que se cubría el tabique, unos pantalones de lona y unas Adidas. Su cara lucía cuarteada, con ojeras. Del temible rostro de uno de los hampones más buscados del Perú, al que la prensa roja bautizó como “Carecuchillo”, ahora apenas quedaba una desabrida expresión.

Yo redactaba un libro basado en su vida: desde sus inicios como pájaro frutero y cuchillero de barrio hasta que se convirtió en el cabecilla de una

banda de sicarios que mataba gente en todo el Perú.

3

De chicos, el Ruso, mi hermano Richie y yo estudiamos en el mismo colegio primario, una escuela fiscal del jirón Parinacochas. Después, de adolescentes, nos frecuentamos todavía más debido a que entramos a una barra brava del club de fútbol Universitario de Deportes, a una facción ultra conocida como Holoca(U)sto Norte, que cobró cierta notoriedad por lanzar a barristas del Alianza Lima desde los puentes de la Vía Expresa.

Pasado un tiempo, cuando Richie y yo ingresamos a la Universidad Inca Garcilaso a estudiar Periodismo, nos mudamos a la avenida San Luis y apenas supimos de la vida del Ruso. Corrían bolas que hablaban de atracos, duelos a cuchillo en los corralones de Matute, proxenetismo, secuestros al paso y uno que otro arresto del que salía librado por sus contactos con jueces vendidos.

Pasados los años, Richie se cruzó con el Ruso en una pizzería del malecón de Barranco. Aquella noche, el Ruso, ni bien reconoció a mi hermano, que usaba una tupida barba a lo Macca en “Let It Be”, lo saludó efusivo (el Ruso estaba notoriamente coqueado, sobándose la nariz a cada momento) y lo invitó a sentarse a su mesa. Richie aceptó con esa resignada confianza que se guardan los amigos de la infancia que no se ven por años.

Ordenaron pizza hawaiana, ñoquis y vino tinto. Los tragos fueron y vinieron. En cierto momento, cuando Richie le contó al Ruso que se dedicaba a escribir novelitas policiales, el Ruso se fue de boca y empezó a contar una anécdota tras otra.

El Ruso, claro está, hablaba de cierto “pata de barrio” que había cometido esta o aquella fechoría. Richie, que en copas solía ser lanza, le preguntó si no había problema con que usara aquellas anécdotas en sus relatos. El Ruso le dijo que no, solo que no se le ocurriera la estupidez de nombrarlo.

Al año siguiente pues, en el libro de Richie *Los densos*, aparecen cuatro historias basadas en varios atracos del Ruso, naturalmente sintetizados por necesidades estéticas y dramáticas. Ese librito se vendió bien en Lima. Apareció en las listas de lo mejor del 2016 e incluso el actor y guionista Aldo Miyashiro le ofreció a Richie la oportunidad de adaptar algunas de esas historias para la tele.

Para Richie, la aparición del Ruso y sus historias significó un respiro: hacía meses que mi hermano pasaba por un bloqueo literario y se estaba dedicando a chupar y a drogarse de la manera más vil.

4

A pedido de su editor, a quien mi hermano calificaba de angurriente e ignorante por no haber leído la *Odisea* ni *A sangre fría*, Richie comenzó a redactar una novelita tarantiniana basada en los lances del Ruso y su pandilla. El libro se llamaría *Carecuchillo*. Mi hermano estaba entusiasmado con el proyecto, trabajaba a mil; sin embargo, en pleno proceso de recopilación de documentos y entrevistas, la Policía arrestó al Ruso tras una feroz balacera y una persecución cinematográfica por las calles de La Victoria.

Aquel parón fregó a mi hermano. Richie, desde los veintitantos, sufría de trastorno bipolar, de dependencia al trago y las pastillas. En agosto de 2017, tras un episodio de manía que le duró meses —durante el cual, debido a su conducta promiscua, contrajo hepatitis— terminó estrangulándose. Richie ya había intentado eliminarse tres veces, así que no me sorprendió.

Lo que sí me llamó la atención fue constatar que no era necesario quedar colgado como un péndulo para morir. Aquella madrugada, Richie ató una punta de su correa de cuero a la bicicleta de spinning y la otra a su cuello. Luego se

echó boca abajo. Eso le bastó: estar suspendido a pocos centímetros del parquet.

Como yo trabajo en la radio comentando partidos de fútbol, escribir no es lo mío. Aun así, asumí la tarea de completar los dos últimos capítulos del libro de Richie sobre el Ruso. Uno trataba de cómo lideró el asesinato de cuatro campesinos en Pichanaki, y el otro sobre su reclusión en Pomacancha.

Yo culminaría el libro de mi hermano, sí, pero lo publicaría con mi nombre.

5

En el hospedaje de Pomacancha pueblo, el posadero me dijo que lo más inteligente era que me alojara en Huancayo.

—Por las noches —me dijo— hace 25 bajo cero. Y esa casaquita de plástico no lo abrigará.

—Claro que calienta, míster —le dije—. Es una North Face. Parece ligerita, pero calienta rico y tiene buena capucha.

—No se confíe. Si para mí que soy de por acá este frío es imposible, peor será para usted.

El posadero Vergara, un minero jubilado que se pasó veinticinco años trabajando en un socavón en La Oroya, me contó que hacía tanto frío por las noches en Pomacancha pueblo que, cada mañana, aparecían llamas, carneros y perros muertos tirados por las calles y los campos.

—Pero los que más sufren, amigo, son los niños y los ancianos que viven en las cumbres. A esos se les revientan los pulmones.

Y señaló hacia un distante cerro en donde pude divisar un puñado de casitas.

—¿Y por qué se van a vivir por allá tan lejos?

—Porque el agua de por aquí está jodida. Apenas hay truchas y los pastos para los ganados hace rato que se pudrieron. Ya ni vienen pájaros. Hasta los sapitos están desapareciendo.

—¿Y por qué?

—La mina Rosa María lo jodió todo. No sé qué cochinado derramaron a la laguna y la gente que vivía allí junto se tuvo que largar.

—Y supongo que esos niños se mueren de neumonía, ¿no?

—Claro y encima están tan desnutridos y anémicos que apenas aguantan los tratamientos.

—Qué pena, carajo.

—Y el Gobierno regional, amigo, lo único que hace es repartir frazadas y pastillitas para la gripe que hasta vencidas están.

—Qué hijos de perra.

—Sí, pues, el actual gobernador es una cacana. Todos saben que llegó al poder con ayuda de narcos, traficantes de tierras y taladores. Gentuza que tiene hasta las manos manchadas de sangre.

—¿Y verdad lo que dicen? ¿Que ese gobernador está metido en la matanza esa de campesinos de Pichanaki?

—Claro, joven. Eso y más.

6

Ojeé un recorte de periódico pegado en una libreta de Richie.

*Pistoleros asesinan a cuatro agricultores
a tiros en Pichanaki*

Según la Policía se trataría de un crimen cometido por sicarios contratados por taladores ilegales.

Hasta el momento no se cuenta con detenidos, pero testigos informaron sobre la presencia, en los días previos a la matanza, de tres sospechosos,

aparentemente llegados desde Lima.

El director de la Federación de Comunidades Nativas de Junín, el apu Abel Wankamayo, sostuvo que este crimen evidencia el peligroso conflicto que se vive en la región debido al tráfico de tierras, a la tala clandestina, y al comercio ilícito de madera.

7

En la celda, junto a la cama, había una mesita en donde el Ruso tenía varios dibujos. El retrato a lápiz de su hermano Rodrigo “Cerebro de cohete”, caído en el tiroteo en que lo arrestaron. Y otro de mi hermano Richie tomándose un Aqua Velva.

También había una pintura hecha por el Ruso: una reproducción de *La Resurrección* de Piero della Francesca.

A pedido del Ruso, yo hacía unas semanas le había enviado una impresión a color de ese fresco que descargué de Google Images.

¿Qué le llamaría la atención al Ruso de ese fresco? ¿Le atraería acaso la idea de la redención? Tal vez. Al Ruso lo habían condenado a treinta años por los crímenes de Pichanaki y tal vez necesitaba creer en alguna vaina. Y claro: ¿cómo no iba a gustarle la figura de un Cristo que regresa de los muertos y viaja hasta el culo del mundo a perdonarlo?

—Oye, Ruso, ¿por qué te gusta tanto ese fresco?

— le pregunté y me dijo que las cosas le gustan porque sí, que es como el cebiche, Charly, como los goles de la “U”, como las cholas apretadas.

En el fresco aquel, que data de la década de 1460, aparece un iluminado Nazareno levantándose de la tumba. El Cristo es atlético, tiene el abdomen marcado y los brazos musculosos. Parece salido de un gimnasio. Pero es una figura sin gracia, con el rostro lívido.

El Mesías está rodeado de cuatro soldados. Uno llora desconsoladamente. Otro, el que sostiene la lanza, con la que me imagino acaba de pincharle el corazón a Jesús, no tiene piernas. Otro, el que está de perfil, solo tiene una pierna, y el que descansa con la cabeza inclinada también parece tullido.

—Este cuadro tiene algo medio monstruoso, ¿no, Ruso? —le dije—. Casi todos están mutilados.

—¿Y qué importa, Charly? Los detalles no cuentan, sino el resultado total. El profe de pintura dice que el arte no es para razonar, sino para sentir. Si lo analizas, lo friegas.

Le dije al Ruso entonces que, durante la Segunda Guerra Mundial, ese cuadro se salvó por un pelo de que los ingleses lo destruyeran en una batalla contra los nazis.

—O sea, Charly, el cuadro se salvó a sí mismo. ¡Qué alucinante! ¿No?

8

El profesor de arte, un tal Exaltación Melchor, me dijo que, a pesar de que el Ruso no tenía talento ni sensibilidad ni para la luz ni el color, era un pupilo empeñoso. Incluso me contó que el Ruso decía que, cuando se escapara, comenzaría una nueva etapa como pintor en alguna remota provincia costeña. Que planeaba ganarse la vida retratando turistas.

—¿Así que el Ruso quiere escaparse? —le pregunté.

—Acá todos sueñan con evadirse, señor, hasta yo, pero esta mierda de cárcel es un búnker. No hay forma.

Exaltación Melchor cumplía condena en Pomacancha por participar en diversos atentados en la década de 1980. Y accedió a contarme secretos y chismes del Ruso y la prisión a condición de que lo mencionara en “mi libro”.

De frente Melchor me pidió que lo presentara como un buen samaritano que, con ayuda del arte, estaba logrando rehabilitar a los internos más

degenerados. Que él mismo, el excamarada Rolando, era una prueba viviente de eso. Yo le dije que lo haría, aunque sabía bien que ningún editor aceptaría que yo humanizara a un despiadado terrorista, asesino de mujeres y niños, de esa manera.

9

En el hospedaje, revisé mi iPhone. No lo había llevado conmigo al penal porque allá no llegaba la señal de Telefónica y, de todas formas, los carceleros no me hubieran dejado ingresar con él.

Encontré mensajes de Geracho Pimentel, el director de contenidos de la radio donde yo trabajaba. Me pedía que cubriera el paro agrario que comenzaría al día siguiente.

¡Mierda!, me dije entonces. ¿Para qué carajos le dije al resinator de Pimentel que me venía a Junín?

Miles de productores de papa de aquella región estaban furiosos con el Gobierno por permitirle al poderoso Grupo Romero que importara toneladas de papa precocida a bajos aranceles. Por esa razón, las miles de pollerías y expendios de comida rápida del país ya no les estaban comprando papa a los agricultores locales, sino a ese grupo empresarial, propiedad de una dinastía de banqueros, terratenientes y mineros.

En los días previos al paro, los agricultores habían amenazado con bloquear las carreteras, cerrar los mercados y paraditas, tomar el terminal terrestre de Huancayo e incluso el aeropuerto de Jauja. Le pedían directamente al presidente Pedro Pablo Kuczynski que el Gobierno les comprara sus cosechas que, para ese momento, además, se estaban arruinando por el friaje.

Telefoné a Pimentel:

—Geracho, esta es mi semana libre, pues, bróder. Y sabes que estoy metido en un proyecto personal. ¿Por qué mejor no contratas a un corresponsal

de la región?

—Charly, escúchame.

—No, Geracho. No seas amarrete. Además, yo soy reportero deportivo. ¿Qué carajos puedo decir sobre conflictos sociales?

—Mierda, Charly. No te estoy preguntando, te estoy dando una orden. ¿Entiendes, Méndez?

—Bro, no me friegues, pues.

—Charly, si de verdad aprecias tu puesto, y si quieres estar en la delegación de la radio que se va para el Mundial de Rusia, cubre el paro pe, papay. No me hagas actuar como tu jefe.

—Putra madre, Geracho.

—Ya no me hagas berrinche, cholo. Más bien, trata de dormir bien que mañana tienes que estar en Huancayo a las siete de la mañana.

—No seas malo. ¡Siete de la mañana!

—Ya no quiero escuchar ni una sola queja más. Además, ya te deposité para los gastos de transporte y para que te metas a un hotel en Huancayo. Al Hollywood Inn de la plaza Constitución.

Bajé a la recepción del hospedaje, pero no encontré a nadie. Más bien, hallé un papelito en el que Vergara me comunicaba que yo era el único huésped, que ni él ni su hijo Frisco pasarían la noche en Pomacancha pueblo, que por la noche el frío arreciaría. Vergara me pedía que cerrara la puerta con la tranca y que no me olvidara de apagar el Petromax de mi dormitorio cuando abandonara el hospedaje.

Más abajito me decía que, si quería alguna “señorita” para dormir más calentito, podría buscar a una tal Chachita en la taberna del pueblo. Vergara hasta me dejó su wasap.

La carretera que entraba a Huancayo estaba bloqueada con rocas, troncos y neumáticos prendidos. Los manifestantes habían esparcido vidrios rotos y tachuelas.

Pagándole a una motociclista, logré llegar al terminal de autobuses. Centenares de personas se habían apostado al frente. Gritaban a una sola voz “Fuera, fuera, PPK”. Se sentía agitación y confusión en el ambiente.

En determinado momento, la turba se acercó a la puerta del terminal y comenzaron a empujarla. Como estaban en desventaja numérica, los agentes de seguridad se replegaron y la puerta cedió. Así, de pronto, el terminal estaba tomado. Dentro, los manifestantes rompieron cristales y saquearon el cafetín. Uno de los vándalos me dijo que estaba sin comer ya dos días.

Como a los treinta minutos, aparecieron varios coches de la Policía y tres portatropas. Después se oyó una voz por un megáfono. El oficial aquel les daba a los manifestantes diez minutos para desalojar el terminal y prometió no arrestar a ningún agricultor si todos salían en orden por la puerta principal.

A los diez minutos, sin embargo, portatropas y patrulleros traspasaron el estacionamiento y, tumbando otra puerta, ingresaron a la zona de embarque. Por atrás, casi al mismo tiempo, aparecieron agentes a caballo y en motocicletas, y, por un flanco, otros tantos policías con cascos, escudos y porras que empezaron a golpear y a pisotear a los manifestantes. Aquella mañana vi cómo le rompieron la cabeza de un macanazo a un joven. Y cómo a una campesina la arrastraron por el piso de las trenzas.

Saqué algunas fotos con mi iPhone: la que más recuerdo es la de la dentadura postiza de un agricultor que un policía destrozó con el taco de su chancabuque.

En la plaza Constitución, la más importante de Huancayo, los negocios no acataban el paro agrario, así que aproveché para comer. Entré a un chifa y ordené una sopa wantán, un mostrito y un calentito de té jazmín con cañazo. Saqué mi libreta y empecé a elaborar un esquema para redactar una nota sobre el paro. Fue entonces que en una radio local transmitieron el siguiente informe:

“El jefe de la región policial de Junín señala que viene produciéndose un motín en el penal de alta seguridad de Pomacancha. Los reclusos, aprovechando que cientos de campesinos y productores de papa vienen bloqueando las carreteras de todo el Valle del Mantaro, habrían tomado a tres agentes penitenciarios como rehenes. Hasta estos momentos, se desconoce las demandas de los prisioneros, pero peritos consultados opinan que el motín se habría iniciado en represalia por los últimos traslados de reclusos desde Lima y debido a las duras condiciones de vida en la mencionada prisión. Como se recuerda, a inicios de 2017, la comisión contra la tortura de la ONU recomendó al Gobierno del Perú el cierre del penal de Pomacancha, Challapalca y Yanamayo debido a sus condiciones inhóspitas”.

12

Geracho me contactó con un mayor de la Policía de Huancayo apellidado Losada que a mí y a otros periodistas nos permitió viajar en la tolva de la camioneta policial hasta el penal. El viaje duró más de lo previsto porque cada cuanto los periodistas teníamos que bajarnos a desbloquear la carretera.

La camioneta nos dejó a unos quinientos metros de la prisión. Allí, había un cordón policial, un fiscal, y algunos pobladores y reporteros. Cundía el hermetismo y la desinformación. Decían que los amotinados tenían armas de fuego y explosivos. Que había ya dos fallecidos. Que el alcaide negociaba con los presos, y que había convocado al obispo de Junín para que actuara de mediador.

El frío arreciaba. Yo sentía el rostro adormecido y jaqueca por la altura. Al rato, llegaron tres equipos SUAT y algunos familiares a quienes los agentes penitenciarios trataron de manera cortante e insolente. A una mujer, un centinela le dijo “silencio, perra asquerosa”. Y a un joven que preguntaba por su padre le dieron un cachetadón en la oreja diciéndole “cállese la boca”.

Cuando ya entraba la noche, escuché dos explosiones y ráfagas de metralleta. A lo lejos, vi varias columnas de humo negro saliendo por las ventanas superiores de un pabellón. Después oí otra explosión y esta vez una llamarada se alzó hasta el techo.

Los familiares presentes empezaron a desesperarse y algunos incluso comenzaron a lanzarles piedras a los agentes del orden.

13

Después de sofocado el incendio que dejó totalmente calcinado un pabellón, el alcaide de Pomacancha brindó una improvisada conferencia de prensa en donde anunció la muerte de los tres agentes penitenciarios tomados como rehenes —los habían degollado— y también habló del fallecimiento de diecisiete reclusos, entre los que se encontraba el ex miembro de Sendero Luminoso, Exaltación Melchor. Su cuerpo, me dijo un datero, acabó “hecho chicharrón”.

A continuación, el alcaide, un gordito sin cuello con unos bigotes canosos, dijo que seis delincuentes de alta peligrosidad entre los que se encontraba el Ruso, se “habían evadido posiblemente con dirección a la Pampa de Junín”.

El gordito, sobre quien escuché recaían numerosas denuncias por maltrato físico y psicológico —solía, decían, “bautizar” a los nuevos internos dándoles raciones con restos fecales, bañándolos con agua helada y aplicándoles descargas eléctricas—, afirmó también que numerosas unidades de la Policía ya estaban rastrillando la zona. El alcaide solicitó asimismo a la población

que no se alarmara, que los fugitivos no podrían ir muy lejos ya que varios de ellos se encontraban heridos y que creía imposible que pudieran pasar la noche a la intemperie debido a las bajas temperaturas, la granizada y los fuertes vientos que, en lo que iba del invierno, ya venía cobrándose más de cien muertos.

14

Los familiares de los reclusos fallecidos exigían explicaciones. El ambiente era de frustración y de cólera de parte de los parientes; pero de cinismo e indiferencia del lado de los funcionarios del Instituto Nacional Penitenciario.

Pasado un rato, me acerqué a una joven que acababa de decirle a un colega del diario *El Emprendedor* que era la nieta del profesor de arte Exaltación Melchor. Se trataba de una mujer con los ojos delineados, aretes de mariposita y un cerquillo lacio que sobresalía bajo su chullo. Usaba medias de lana con diseños de llamas, chakanas y cóndores, y unas zapatillas de montañista marca Hi-Tec. Tendría unos veinticinco años.

Le mostré mis credenciales y le pedí permiso para formularle algunas preguntas. Me dijo que se llamaba Gladys Melchor y que era estudiante universitaria.

Entre otros detalles que me brindó, me dijo que su abuelo paterno hacía tiempo que se había arrepentido de su pasado extremista. Que, ante la sociedad, había pagado con creces sus delitos y errores. Que el viejo Fermín se había regenerado y que nadie, por más criminal que fuera, merecía morir así: quemado vivo.

—Tal vez se asfixió primero —le dije.

—Unos centinelas me contaron que los presos lo aventaron al fuego.

—¿Y te dijeron por qué?

—Porque lo acusaron de soplón del alcaide.

Gladys no lloraba como otras personas, pero no contenía su indignación:

—¿Encerrar a un anciano enfermo con los presos más avezados? ¿Acaso están locos? Antes estaba en la zona de baja seguridad. Pero, cuando llegó el alcaide este, mandó a todos los presos por terrorismo a la zona de máxima seguridad.

—Disculpa, amiga —le dije enseguida—. No sé si podría hacerte más preguntas sobre tu abuelo. ¿Sabes? Lo conocí hace unos días en el penal.

—Claro, pregúntame lo que quieras.

—Pero aquí no. Ahora mismo debo entrevistar al alcaide. ¿Qué te parece mañana? ¿Dónde vives?

—En Huancayo.

—¿Y qué hora puedes?

—Como a las cinco.

—Okay, ¿dónde?

—¿Conoces el bar Odín de la calle Real?

—No, pero llego.

15

El Odín era un bar rockero ubicado en una segunda planta. Estaba decorado con escudos, espadas y armaduras de hojalata. Supuestamente, la temática era vikinga, pero más me hacía pensar en una versión corriente de la utilería de la película *Excalibur* de Boorman. Recuerdo que un “caballero” de latón tenía el torso de la misma longitud que las piernas y que otro cargaba una comba de soldador dando a entender que se trataba de Thor.

Nos sentamos junto a la rockola donde sonaba “Bájate de mi nube” de los Rolling Stones y ordenamos una jarra de calentito de naranja con miel y canela. Pasado un rato, ya entrados en cierta confianza, Gladys me contó que su padrastro había pertenecido a la temida Policía Contrasubversiva durante la

guerra interna; es decir, que era un “sinchi” y que él había metido preso a su abuelo paterno, Fermín Melchor, “ahora”, dijo ella, “creo que mal que bien muerto, porque ese hombre, Charly, así como lo ves, medio bonachón, ese hombre ha hecho mucho daño”.

Gladys me aseguró que solamente, debido a cierta promesa que le hizo a su padre biológico en su lecho de muerte (falleció a causa de un agresivo cáncer de cadera), se dirigió a la prisión de Pomacancha a indagar sobre su abuelo.

—Pero la verdad, Charly, es que ese viejo era un lastre. A veces, me cruzaba en la calle con alguien que me decía “allí va la nieta del terruco”, y me llegaba altamente y no lo visitaba por meses.

—¿Y se puede saber por qué lo metieron preso?

—No quiero ni recordar. Más bien tuvo suerte de que mi padrastro lo arrestara. A la mayoría de sus cómplices los mataron o los desaparecieron en el río Mantaro.

—Algo de eso me dijo.

—¿Y ese tal Ruso qué hizo?

—¿Escuchaste sobre el caso Pichanaki?

—Claro, ya recuerdo. ¿Y estás escribiendo un libro sobre esa basura?

—Esa basura vende pues.

Tras otra ronda de calientitos, Gladys y yo nos tomábamos de la mano por debajo de la mesa y nos dábamos piquitos con la punta de la lengua.

—Quiero bailar —me dijo.

—Bailemos ahora mismo pues —le dije mientras sonaba “Amor moderno” de David Bowie—. Esa canción es buenaza.

—Acá no se baila, monse. Este sitio es solo para chupar y ver videoclips. Vamos a una disco.

—Oye, una pregunta. ¿Por qué hay tantos video pubs en Huancayo? En Ayacucho también es igual, ¿no?

—A la gente les gusta, pues. Déjalos.

—¿Acaso tus paisanos no bailan?

—Claro que bailan. Esta es la capital musical del Perú, pero no en este sitio, pues, monse. Cada cosa en su lugar.

—¿Y dónde bailamos entonces?

—Hay una disco ochentera acá a la vuelta.

—Gladys, ¿y por qué no vamos a un sitio chicha?

—¿Te gusta la chicha?

—Siempre quise estar en un concierto chicha.

—Pues estás con suerte. Justo ahorita hay unas bodas de oro donde tocarán Los Shapis.

—¿Y estás invitada?

—No. Pero nos metemos nomás.

—Pucha, no quiero colarme. Qué roche.

—¡Bah! En Huancayork no necesitas invitación para entrar a esas fiestas. Te metes nomás. Claro, pagas tus chelas y te comportas como gente.

—¿Oye, pero no hay problema no?

—¿Y por qué?

—Mañana es el velorio de tu abuelo.

—¡A la mierda ese viejo! Ya me picaste el diente: vamos a bailar con Los Shapis.

La celebración aquella era en una antigua casona gamonal propiedad de un regidor —me enteré después— acusado de lavado de activos. Los Shapis tocaban en la explanada interior. Chapulín el Dulce conservaba la voz a pesar de la edad y de que en cierto momento me pareció que se ahogaba. Gladys y yo nos colocamos en primera fila. Hicimos porras gritando “chicha, chicha,

chicharrón; chicha, chicha, chicharrón”. Coreamos “ambulante soy, proletario soy” y nos tomamos selfies con los músicos.

Decenas de hombres y mujeres bailaban formando círculos alrededor de las cajas de cerveza. Una pareja embalada en tragos nos invitó a festejar con su grupo familiar: bebimos del mismo vaso, bailamos el trencito, zapateamos, hicimos la ronda. Acabado el concierto, Gladys y yo abordamos un taxi con dirección al Hollywood Inn.

—Te hago una apuesta, Charly —me dijo Gladys en la ruta.

—Claro, dime.

—Te apuesto que mañana lo pescan al Ruso, si es que ya no está muerto.

—¿Y qué quieres apostar?

—Un cebillano de trucha en el restaurante El Padrino.

—Okay. Pero vas a perder. El Ruso ya debe estar en la selva. Ese es un pendejo de mierda. Seguro ya tenía todo preparado.

—La verdad, Charly, no creo que esos presos sobrevivan una sola noche en la puna con este frío del demonio. Además, cachorro —me dijo guiñándome un ojo—, yo nunca pierdo una apuesta.

16

Richie no me contestaba los mensajes ni el teléfono. A la mañana siguiente, me escribió Koki Mantas, uno de sus colegas de *La República*, el diario donde laboraba en la sección de policiales, para indagar sobre su paradero. Richie ya llevaba dos días sin reportarse en la redacción.

Me dirigí a la centenaria quinta de Barranco donde mi hermano alquilaba un departamento. Toqué el timbre y nadie contestó. Me fui entonces a una ferretería, adquirí una pata de cabra y, al volver, rompí la puerta.

Entré al dormitorio. La tornamesa, caliente, seguía girando con el *Volumen 4* de Black Sabbath, ese discazo que mi hermano y yo solíamos tocar cuando

consumíamos tequila con cocaína. Había dos botellas de Something Special vacías y otra de Red Label a medio beber. El ácido valproico, que sabía que Richie había dejado de tomar hacía meses porque le producía alopecia, estaba regado por el suelo, lo mismo que el Zatrix. Solo el frasco de Victrelis para la hepatitis C estaba en su lugar: en la mesita de noche, junto a una bolsita de cocaína.

Aquella imagen me trajo a la memoria uno de los escritos de Richie que más me gustaba: uno donde afirmaba que el heavy metal no existiría sin la inspiración de la cocaína, sustancia que a su vez provenía de la coca, una planta que los antiguos peruanos consideraban sagrada.

Para el entierro de mi hermano, me presté un terno negro de un amigo futbolista de la “U” y me compré unas gafas oscuras de diez soles en una ambulante de la avenida Larco. Me puse unos zapatos Aldo que Richie solo usó para un matrimonio. Más bien, a él lo sepultaron con mis mocasines Calimod, unos que mi perra Jamón estropeó con sus colmillos.

17

Al despertarme en el Hollywood Inn, leí un wasap en el que Gladys me decía que tenía que ver a su hija y que, si yo quería, podríamos vernos por la noche en el Odín bar.

Eran casi las siete de la mañana y llamé a Geracho Pimentel, quien me dijo que me centrara, ya no en el paro agrario, que continuaba en ciertas zonas (“esos serranos siempre joroban de la misma manera”, dijo), sino en la persecución del Ruso y los demás prófugos, para la cual las autoridades habían movilizado incluso al Ejército.

—Cholo —me dijo—, esta cacería humana no te la puedes perder. Ahorita mismo contáctate con el mayor Losada. Que me ha dicho que te llevará en una patrulla a la zona donde se supone andan los prófugos.

—¿Tengo que darle una propina al mayor?

—Nada, cholo. Eso corre de parte de la radio.

—Okay, Geracho. Me ducho y salgo.

Lo mejor de Hollywood Inn era la ducha española. El agua salía recontracaliente y a una súper presión. Por eso, en cierto momento, apoyé las manos en la pared y dejé que el humeante chorro de agua cayera sobre mi cabeza. Se sentía riquísimo.

Estuve así por largo rato hasta que llegué a la siguiente conclusión: que lo que en realidad yo deseaba —y seguramente Richie también— era que el Ruso lograra escapar. Que cruzara la selva hacia su libertad.

CAMPOSANTO

You have to leave now, and never come back here.
Have you ever heard of insect politics? Neither have I. Insects don't have
politics. They're very brutal.
No compassion, no compromise. We can't trust the insect.
I'd like to become the first insect politician.
Y'see, I'd like to, but... I'm afraid...

The Fly

1

Apenas Susana quedó en estado de mí, ella y Ciro se trasladaron a una invasión en un arenal de la Tablada de Lurín. Allá les pagaron a unos traficantes de tierras por un lotecito en una zona en disputa. Luego, con maderas, esteras y calaminas, y la ayuda de unos paisanos cajachos de Ciro, levantaron una precaria vivienda.

Susana me dijo que al inicio le daba miedo la zona. Temía a los rateros, a los subversivos y a las recurrentes plagas que asolaban el asentamiento. Me contó también que pasaba necesidades. Escaseaban los alimentos, el agua potable y el empleo.

Pronto, Ciro consiguió trabajo como vaciador de techo en una obra en Atocongo. Susana, por su lado, se asoció con dos señoras con quienes comenzó a vender cebiche de pota y pan con pejerrey en el mercado Ciudad de Dios.

A los dos años, Susana se enteró de que una frutera tendría un hijo de Ciro. Las vecinas le chismosearon que aquella mujer entró a nuestra vivienda una tarde en que Susana nos llevó a Lucero y a mí a una posta médica por problemas de diarrea y deshidratación.

Esa misma noche, Susana le armó un lío a Ciro cuando llegó del trabajo. Él lo negó todo y, tras una discusión, terminó golpeando a Susana. Acto seguido se largó a la cantina a seguir bebiendo yonque.

Susana empacó algunas cosas y nos llevó a Lucero y a mí a la casa de la tía Lourdes en San Juan de Lurigancho. Allá, pasado unos días, Ciro llegó con dos energúmenos que casi rompieron la puerta. Le exigía a Susana a gritos que regresara con él al arenal. Como ella no salió, Ciro y sus amigos rompieron los vidrios y se mearon en el cilindro de agua.

Cuando el tío Bruno, un licenciado del Ejército amigo de la tía Lourdes, se enteró, buscó a Ciro en las tabernas de la invasión y le dio una tremenda pateadura.

Susana consiguió empleo como cocinera en una peña de La Victoria llamada El Curruñao y nos mudamos a una quinta en el jirón Abtao. Recuerdo que compartíamos el espacio con una de sus compañeras de trabajo, una madre soltera, y el hijo de esta, un taradito que nunca aprendió a hablar.

Pronto, en una pollada organizada con el propósito de ayudar a una vecina con cirrosis, Susana conoció al que ahora es mi padrastro y a quien llamo Papá Ernesto, un hombre carente de vicios debido a su fe evangelista (creencia por la cual cree que los pecadores no van al infierno, sino que con la muerte acaban totalmente destruidos). A los meses, Susana se cambió de religión. Se bautizó en una poza de mayólicas y se casó en un matrimonio masivo.

Papá Ernesto trabajaba como electricista en una mina en Matucana y ganaba un salario decente, así que pronto mi familia se mudó a un dúplex en

Lince cerca de Risso.

El año próximo, nació mi hermanastra Valeria, con quien Susana y Papá Ernesto han tenido y tienen notorias preferencias.

Mi rostro cuenta con dos cicatrices. Supongo que por eso algunos me creían una delincuente o algo por el estilo. Cierta vez, un policía me arrestó tras considerarme sospechosa de colaborar con unos asaltantes. Un guardia pensaba que yo era la campana.

Una cicatriz me corta la frente. La otra, la mejilla. Me las hice de chiquita, mientras jugaba cerca de unos alambres de púas que Ciro descuidó por estar tomando cañazo con emoliente con sus amigos.

No recuerdo el evento, aunque conservo una foto tomada antes. Para mí, esta fotografía posee especial valor debido a que es la única imagen en la que aparezco sin marcas. Salimos mi hermana Lucero y yo sentadas a la mesa junto a un pastel con dos velas encendidas y a unos vasos decorados con motivos del fantasma Gasparín. Lucero usa el cabello recogido con una liga y tiene crema de mantequilla en los labios. Yo estoy peinada con unas tradicionales trenzas serranas.

Lo que no me gusta de la foto es que, en segundo plano, se observe una alacena con botellas de aceite vegetal y pomos de pisco de fantasía. Se aprecia, además, la precaria estera que servía de pared, un almanaque de Castrol con una mujer con las tetas al aire y la mano de mi padre con una chata de pisco.

Esa foto me da roche; por eso, hace poco, con PhotoShop, borré todo lo que no me gusta de la imagen y tiré la foto original a la basura.

Apenas recuerdo el velorio de Ciro. Tengo imágenes imprecisas de un cajón sobre unos soportes metálicos. Según Susana, Ciro se contagió de tuberculosis por beber alcohol del mismo vaso con unos adictos a la pasta.

Pero la TBC no lo mató. Sino el estado de debilidad en que estuvo durante una batalla campal. Aquella vez, los dizque propietarios de las tierras usurpadas, los Benavides Baca, contrataron a matones del Callao para desalojar a los invasores.

Ciro, por su pésimo estado de salud, no pudo huir de unos faites que lo correataron por el arenal y lo apuñalaron con cuchillos de carnicero.

Susana me dijo que, antes de que yo cumpliera los quince años, me pagaría una cirugía plástica. Incluso me llevó a varios centros médicos de la avenida Alfonso Ugarte para costear las intervenciones. Pero incumplió su palabra. Prefirió gastar en mi hermanastra Valeria, a quien metió a un colegio privado evangelista.

Recuerdo que unos patanes del barrio me jodían por mis cicatrices, pero yo no me dejaba. Una vez, me agarré a pedradas con ellos. Otra, a uno que me decía “serrana chuseada” le corté el cachete con una botella rota de anisado.

Tras pensar en las opciones, tomé una salida práctica para las cicatrices: con mis ahorros (ya trabajaba como operadora en la empresa multinacional Comunicaciones Globales), compré varios potes de esa famosa pomada de concha de nácar. El tratamiento tuvo un efecto positivo, aunque menor, pero con maquillaje extra logré disimilar las imperfecciones.

Recuerdo también que, por aquellos días, empecé a correr una hora en el parque Castilla y a jugar vóleibol con las chicas de la cuadra. Hacía aeróbicos mirando el programa mañanero de Yuli Pinedo. Me impuse, asimismo, dietas estrictas. Tomé hercampuri y evitaba los carbohidratos, las cachangas y el King Kong. El resultado: saqué cintura, buenas piernas y un culo quebradito que lucía con jeans ajustados.

Susana no me dejaba salir con chicos. A un huachano del Melitón Carbajal que me afanaba en cuarto de media lo recibió con un baldazo de agua sucia. Recién cuando ingresé a la San Marcos, conocí a Pablo, mi primer enamorado,

en una manifestación que, por culpa de unos impresentables que solicitaban la amnistía para Abimael Guzmán Reynoso, terminó en serios desmanes.

Aquella tarde, Pablo y yo salimos corriendo del campus huyendo de los gases lacrimógenos y la carga policial. Como acababan de pagarme, afuera se me ocurrió invitarlo a tomar unas cervezas en La Ramadita de la avenida Venezuela. A las horas salimos mamadazos del bar y terminamos tirando sin condón en un hostel con baño compartido.

Cada quincena, íbamos al mismo hospedaje, El Cisne —que yo pagaba porque Pablo no trabajaba—. El resto de ocasiones, cachábamos en la cancha del estadio de San Marcos. O en algún baño. O en el parque Castilla, confundiéndonos con las putas y cabros que allí se prostituían.

Solo una vez tuvimos un problema: unos pirañitas adictos al pegamento nos atacaron mientras tirábamos sobre unos cartones dentro de una casona abandonada del jirón Camaná.

Pablo se encamó con mi prima Gisela, que lo sedujo en mi propia casa. Eso me dolió, no tanto por él, porque ya me estaba cansando de su conchudez y ociosidad, sino porque me dejó en ridículo.

Como Gisela criaba un pekinés llamado Chacho, al que adoraba, compré veneno en una ferretería del jirón Zela, lo mezclé con una porción de chicharrones y lancé el bocado al techo donde dormía el perro.

A Pablo, por su lado, le mostré lo rápido que podía reemplazarlo. Le hice saber sobre ciertas aventurillas. Se enteró, por ejemplo, de que tiré con un metalero que él odiaba, uno al que le decían Pazuzu, en una cabina de Internet de la avenida Uruguay mientras mirábamos una película pornográfica protagonizada por Rocco Siffredi.

Cuando tenía nueve años, viajé a la sierra con Susana. Pasaríamos con mi abuela Flora las dos últimas semanas de diciembre. A pesar de que mi madre abandonó el catolicismo, aún se sentía en deuda con el patrón de su pueblo, el Divino Niño, por cierto milagro concedido, razón por la cual organizaría una misa.

El viaje duró más de veinte horas. Recuerdo que me dio soroche y que se me cerraron los oídos. También que sufrí escalofríos, un fortísimo dolor de cabeza y que vomité el caldo de cabeza. Tuve que soportar, además, a un pesado viajero que subió al bus con un carnero y se colocó a mi costado.

La casa de la abuela se ubicaba al borde de una acequia. Desde su puerta, subiendo una cuesta, se veía una edificación en ruinas que, nos contó, los terroristas habían detonado durante la guerra: la fábrica de aguardiente que los ronderos usaban como reducto.

La vivienda de mi abuela contaba con una planta, techo de dos aguas, ventanas pequeñas. La circundaban árboles, corrales. No tenía baño ni agua potable. Por eso debíamos traer agua de un pozo e ir a un silo.

La tarde en que llegamos una tetera hervía en la cocinita. Las ollas, los pocillos y el colador de café colgaban de clavos. Los cuchillos lucían gastados, anchos en la parte del mango, delgados en la punta. Debajo de una suerte de mesa de adobe, la abuela criaba cuyes. A la distancia, solo se veía un oscuro agujero, pero, al acercarme, oí los chillidos de los roedores.

A la mañana siguiente, la abuela se despertó furiosa porque, durante la noche, un huayhuash había entrado a la cocina y matado a dos gazapos. El animal aquel les mordió el cuello y les chupó la sangre. Los bebés amanecieron tirados junto al porongo de chicha.

Para la Navidad, la abuela dijo que prepararía cuy chactado. Recuerdo que introdujo la mano en el hoyo aquel y sacó dos cuyes. Luego me dijo que yo debía aprender a matarlos.

Al primero, la abuela lo tomó del cuello y lo degolló. Para sacrificar al segundo, ella sostendría al roedor mientras yo le cortaría el cogote. Pero, como me acobardé, la abuela me tomó fuerte de la mano y sentí, a través del mango del cuchillo, cómo el filo le rompía el pescuezo al animalito.

En Lima mi abuela permaneció en el Hospital Neoplásicas unas semanas, pero le dieron de alta señalándole que se moriría y que otro paciente necesitaba la cama.

Susana la trasladó al dormitorio que yo compartía con Lucero en la azotea. Por esa razón, durante las próximas noches, ambas hermanas tuvimos que pernoctar en la sala intercalándonos el hacerlo o bien sobre el sofá o bien sobre una frazada tigre.

Solo yo ayudé a Susana con la abuela. Le proporcionábamos sus medicamentos, le leíamos el Nuevo Testamento y la ayudábamos con su aseo personal y sus necesidades.

Una noche, llegando del trabajo, sentí que la casa olía a incienso. Susana y mis hermanas rodeaban la cama de mi abuelita. Papá Ernesto oraba. La abuela acababa de fallecer. Su cuerpo aún estaba tibio. Vestía una bata y no tenía calcetines. Me dijeron que murió gritando como una bestia.

Al día siguiente, en su velorio hubo ciertos problemas. Me causó indignación que algunos de sus hijos —los de su primer marido sobre todo— la recordaran como una mujer dura.

¿Cómo, pues, delante de extraños, contaban que la abuela los forzaba a beber meados del porongo cuando se portaban mal?

¿Por qué tenían que mencionar que les quemaba las manos con el cigarro si los sorprendía robando?

No me quedó otra pues que alzarles la voz.

Más tarde, hubo otro incidente y terminé agarrándome de los pelos con la tía Lourdes. Ella, borracha, comenzó a discutir con mi madre Susana sobre

quién se quedaría con la casa de la abuela y se fue de boca.

Susana empezó a asistir a su iglesia más seguido. También iba al cementerio El Ángel todos los fines de semana. Recuerdo que las ojeras se le pronunciaron y que bajó de peso. Y, como apenas dormía, andaba malhumorada. Su economía encima quedó mermada. Es que el internamiento y las medicinas de la abuela las pagó ella. Las frescas de sus hermanas apenas aportaron.

Para empeorarlo todo, despidieron a Papá Ernesto, así que él y Susana se atrasaron con la renta. El casero incluso les hizo una tremenda escena. Para arreglar la situación, a Lucero y a mí, mi madre nos exigió que le entregásemos la totalidad de nuestros salarios.

Por un tiempo, Lucero y yo no asistimos a ninguna reunión social. Susana no nos permitía salir. Y esto representó un problema para Lucero. Ella no contaba con novio hacía más de un año y se moría por conocer un chico. Lucero era retraída y no sacaba provecho de sus cualidades. Yo le sugería que fuera más provocativa. Que mostrara más esas tetas. Que tomara la iniciativa. Que los hombres son fáciles. Pero ella no sé por qué se imponía tantas prohibiciones.

Un sábado, Susana nos ordenó que la ayudásemos a sacrificar diez cuyes. Yo les cortaría el cuello. Lucero y Susana los hundirían en un perol de agua hervida para luego pelarlos y destriparlos.

Ese día trabajamos toda la mañana. Yo terminé con arañones. Susana, con algunas quemaduras, por las salpicaduras del agua caliente.

Culminada la labor, Susana nos permitió quedarnos con un dinero. Lo primero que hicimos fue ir al mercado a comprar ropa interior nueva. Lucero una tanga y yo un hilo dental. Además, convencimos a mi madre de que nos dejara salir, pero debíamos llegar antes de la una de la mañana. Para

persuadirla, le contamos que saldríamos con unas chicas del barrio que, para Susana, poseían una reputación intachable debido a su cristianismo.

Lo que mi madre no sabía era que aquellas chicas, por lo bajo, llevaban una vida libertina.

Saliendo de casa, nos escondimos tras unos arbustos en el parque Castilla y nos pusimos unas camisetas negras escotadas. Más allá, bajo la luz de un poste, nos maquillamos: líneas gruesas alrededor de los ojos, uñas negras y el cabello engominado. Hicimos esto a escondidas porque Susana no nos hubiera permitido salir vestidas así de casa.

La discoteca Karloff se ubicaba en el tercer piso de un antiguo edificio de la plaza San Martín. Era un sitio un poco denso. Una vez presencié una pelea con chaveta. Otra, a unas peperas haciendo de las suyas.

Al llegar a Karloff, Lucero, yo y nuestras amigas, las “cristianas”, compramos cerveza Pilsen y cigarrillos mentolados, y le echamos el ojo a un grupo de chicos. Acordamos quién iría con quién. Yo escogí a uno que usaba una gorra de los Chicago Bulls. Le sonreí un par de veces, y él, a mí. Justo entonces Lucero me dijo:

—Chola, ese chico no deja de mirarte.

—¿Cuál?

—Voltea.

Cuando giré, otro chico me hizo salud con su vaso de chela desde la barra y yo le respondí igual. El chico allí mismo se me acercó. Se llamaba Leonardo.

Durante la canción “Don’t You Want Me” de The Human League, alguien me sujetó la mano. Era el tipo de la gorra de los Chicago Bulls. El cojudo pretendía jalarme. Yo ya no quería nada con él y me resistí. Leonardo, que volvía del baño, se dio cuenta e intervino.

La gente formó un círculo alrededor. El chico de la gorra rompió una botella y le asestó un corte en el brazo a Leonardo. Por suerte aparecieron los gordos de seguridad y corrieron al provocador. A Leonardo le recomendé que nos fuéramos a una posta médica.

—No es nada —me dijo y se vendó la herida con una bandana.

Yo nunca había sido motivo de una pelea entre hombres. Lo creía propio de gente vulgar, de callejoneos. Pero no niego que sentí gusto al ver a dos tipos agarrarse a golpes por mí.

Leonardo y yo salimos de la discoteca y subimos un par de pisos por las escaleras del edificio.

Arriba había desperdicios regados y olía a meados. En el descansillo, Leonardo sacó la pinga y se la chupé. Luego me bajé el pantalón y él se puso detrás.

Mientras me la metía sin jebe, me di cuenta de que un guachimán nos tomaba fotos con su celular.

Como Lucero tenía la costumbre de dormir sin ropa interior, tiró su tanga a un lado de la cama y, cuando Susana entró a nuestro dormitorio, se percató de la trusa.

—¿Qué es esto? —preguntó alzando la voz.

Luego me destapó y descubrió mi hilo dental.

—Ramera desvergonzada —me dijo—. ¿De dónde has sacado esta porquería?

Susana me obligó a quitarme el hilo dental y lo cortó con el cuchillo con el que mataba a los cuyes. Luego nos mandó a limpiar la caca de las jaulas.

Lucero odiaba a los cuyes y se enojó. Cuando Susana la vio con la boca torcida por el berrinche, la abofeteó.

—A mí no me tuerzas la boca, carajo —le dijo Susana.

—Límpialo tú pues, serrana de mierda —le dijo Lucero—. Eso eres: una chola sin educación. Una corriente asquerosa.

Susana se llevó a Lucero de las greñas a la ducha. Allí abrió el agua fría y le propinó una tunda con el sanmartín.

Así nos castigaba Susana. Recuerdo que una vez me escarmentó horrible cuando me fui sin permiso al concierto de Servando y Florentino en la Feria del Hogar. Aquella noche, a mí no me pasó nada, pero una compañera del Fanning murió asfixiada por la multitud cuando se desató la estampida humana.

En una época, mi hermana y yo asimilábamos el castigo sin cuestionarlo. ¿Quién sabe? Sin eso, quizá yo ahora sería una cualquiera o una delincuente. Pero aquella última golpiza en la ducha le resultó indignante a Lucero en su honor de mujer.

3

Leonardo me dijo que su padre murió luchando contra la subversión. Sobre su madre Natalia me contó que padecía de los pulmones y que asistía a un grupo de Alcohólicos Anónimos en el óvalo Gutiérrez. Pasó que, después de quedarse viuda, la mujer se dio a la bebida, al cigarro y la timba.

Recuerdo que me sorprendí cuando me enteré de que aquella formal y elegante dama fuera una ebria y una ludópata que se trasnochaba. Natalia incluso pasó un breve periodo en la prisión de mujeres de Santa Mónica por atropellar a una anticuchera mientras conducía borracha.

Para el cumpleaños de Natalia, Leonardo me invitó a cenar con ella. Prepararon pernil con arroz verde sazonado con culantro y abrieron una botella de Ballentine's. Ya un poco bebidos, bailamos rancheras, mambos y música criolla, varias de Polo Campos. Al principio fue divertido, pero luego pasaron ciertas cositas. Yo vomité y atoré el lavamanos. Y después noté que

Leonardo abrazaba todo mano larga a su madre e incluso le daba piquitos en los labios.

Si salía con Leonardo, regresaba a mi casa pasada la medianoche. Y esto le jodía a mi vieja. Una mañana, me insultó después de que yo le dijera “¿y a ti qué chucha te importa lo que yo haga con mi vida?”.

Cuando le conté a Leonardo las broncas con Susana, él se disgustó horrible.

—¿Por qué no mandas a la resinosa de tu madre a rodar? —me dijo—. No es por joder, pero tu vieja es una cagada.

Para evitar problemas con Susana, le dije a Leonardo que tal vez sería una buena idea presentarlo como mi enamorado. Él atracó.

Pues bien, cierto día, Leonardo vino a casa. En el comedor nos sentamos él, mi familia, excepto Lucero, quien decidió no bajar fingiendo un cólico, y yo.

A Papá Ernesto, Leonardo le resultó simpático. Lo felicitó porque se estuviera graduando de periodista en la PUCP. Ambos, además, eran hinchas acérrimos de la “U”, Maradona y Rubén Blades.

Susana solía ser ruda con todo chico que yo llevara a casa, pero Leonardo supo ganársela. Él la elogió por su talento culinario. Es que aquel día Susana se había preparado una carapulcra con sopa seca que le salió buenaza. Después se la pasaron hablando de cocina novoandina, de Cucho La Rosa y Don Pedrito. Leonardo algo sabía porque había entrevistado a varios cocineros famosos para un semanario. Tan bien le cayó Leonardo a Susana que ella le ofreció prepararle un picante de cuy para la próxima ocasión.

Lo único malo sucedió al momento en que Leonardo me preguntó por el baño. Lo guie, abrí la puerta y advertí que alguien había dejado la taza manchada con mierda. La responsable fue mi hermanastra Valeria, quien nunca se dignaba en limpiar nada.

Yo detestaba la forma engréida cómo la venían criando. Así que cuando Leonardo se retiró, le di una buena puteada a la cochina esa.

Si no había nadie en la sala de mi casa, aprovechábamos. Ya que no podíamos desnudarnos (ante la posibilidad de que alguien apareciese), yo me limitaba a levantarme la falda. Me apoyaba contra la puerta que conducía a la escalera y me daba por atrás. En otras ocasiones, me colocaba en cuatro sobre el sofá y él me montaba sin quitarse los pantalones.

Leonardo no me pidió el culo de forma explícita. Pero, como me practicaba el beso negro y ponía pornos de sexo anal, empecé a decirle: “Quiero que me rompas el culo”, o “muñeco, sácame sangre”, o “déjame bien abierta”. Ese tipo de estupideces lo excitaban.

Leonardo le perdió el asco a mancharse con menstruación. En su dormitorio, quedaron marcas rojas en las paredes: la huella de mi mano por ejemplo. En mi sala, aún se aprecia una marca en el sofá. Para disimularla, Leonardo derramó adrede vino borgoña encima simulando un accidente.

Cierta noche, regresando de Santa Rosa de Quives, Leonardo conducía su Volvo y sin querer le cerró el paso a otro vehículo que terminó estrellándose contra un macizo. Como Leonardo estaba bebido, intentó fugarse, pero lo convencí de que se detuviera.

Me bajé del auto. El chofer del otro carro estaba con la cabeza destrozada. La mujer que lo acompañaba había salido despedida por el parabrisas y terminó sobre la pista.

—Vámonos —me dijo Leonardo—. No tengo brevete. Si llegan los tombos, estoy frito.

Antes de irnos, Leonardo, cubriéndose la mano con un trapo, revisó la cartera de la mujer y le sacó la plata.

Para una crónica que planeaba enviar a un concurso organizado por una ONG financiada por el Gobierno alemán, Leonardo quería escribir sobre una

masacre perpetrada por el Ejército peruano en un pueblo llamado Pariamarca.

Él no estaba conforme con lo dicho por la Comisión de la Verdad y Reconciliación sobre el asunto. Además, como su padre estuvo involucrado en aquella historia, lo personal motivaba su pesquisa.

Leonardo entrevistó a algunos militares. Indagó en los archivos de periódicos y en los de la misma Comisión. Cuando se enteró de la existencia de una sobreviviente de la masacre que aún vivía en Pariamarca, Leonardo me pidió que lo acompañara a entrevistarla. Como yo quería pasarla fuera de casa, alejada de las pesadas de Susana y mis hermanas, le dije que sí.

Pero las cosas empezaron mal. Para comenzar, el auto de Leonardo se averió, lo cual nos obligó a ir en bus. Le sugerí que lo postergáramos, pero él quería hacer la entrevista ya mismo.

Partimos pues un sábado temprano de una estación de buses en la UNI. Al llegar a Canta, un pueblo anterior a Pariamarca, desayunamos pan con queso y café con leche en el mercado. Luego buscamos un taxi hacia nuestro destino, pero los taxistas dijeron que, a esa hora, no subían a Pariamarca. Que los viajes solo eran por la tarde, cuando los pobladores volvían a sus casas después de la feria. Por fortuna, una adolescente que conducía un mototaxi aceptó llevarnos.

La niña decía tener trece años, aunque parecía mayor. Dijo llamarse Roxana y que era pastora, pero que, debido a que unos perros habían atacado a su padre hacía unos días, ella, como hermana mayor, debía encargarse del mototaxi.

Leonardo le preguntó a Roxana si conocía a la señora Juana Requena, la sobreviviente.

—Vive detrás de la parroquia —le dijo Roxana—, en un cuartito. Vive con su hija Adelaida, que se quedó taradita después de que se golpeará la cabeza.

Leonardo consiguió que una colega suya de la Universidad Católica le permitiera quedarse en una casa en Paríamarca. La vivienda era una desgracia. Había polvo y telarañas. Tuvimos que ensamblar la cama, no con tornillos, sino con unos clavos sueltos. El colchón tenía manchas de pichi. La casa estaba ubicada cerca de la plaza, que no era más que una ruinoso losa con una asta al medio. Caminamos hasta el muro del fondo. Aún después de años, se apreciaban los orificios de bala de los fusilamientos.

Volviendo a la casa más tarde, le abrí la bragueta a Leonardo y se la mamé. Mientras se lo chupaba, percibí una presencia. Volteé sin quitarme la pinga de la boca y vi que Roxana nos espiaba por la ventana. Al cruzarse nuestras miradas, me detuve por unos segundos, pero continué hasta que Leonardo se vino en mi cara.

En Paríamarca, Leonardo y yo saludábamos a los transeúntes, mostrándonos como turistas amables, pero ellos nos eran indiferentes.

—¿Por qué no regresamos a Canta para pasar la noche? —le pregunté a Leonardo—. Hay un hostel allá. Aquí no hay nada, solo esa mugrosa cama. Además, la gente nos mira con cara de culo.

Leonardo se negó. Al día siguiente, quería subir a la laguna donde el Ejército mató a varios campesinos. Leonardo deseaba recorrer el mismo camino por el que ascendieron las víctimas antes de ser ultimadas.

—Quisiera captar algo de lo que sintieron esas personas para mi crónica —me dijo.

Califiqué su idea de ingenua. Es más, le señalé que me parecía morbosa.

—¿Qué derecho tienes de meterte con el sufrimiento de otros? —le pregunté.

Leonardo me daba razones. Pero, como yo no quería conflicto, no lo contradije. Yo estaba allí para relajarme, no para pelear por tonterías.

Entramos a la casa de Juana Requena. Sobre una mesa, se levantaba un altar con flores, santos y un crucifijo. Había unos pomos con un líquido grasoso y unos cuchillos. Distinguí también unos retratos familiares. Reconocí a la vieja junto a unos niños. Juana Requena me llevaba una cabeza de altura. Usaba un largo vestido y un pañuelo.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó a Leonardo.

—¿Conoció usted al mayor Adolfo Carrasco? —preguntó él.

—¿Tú eres familia de él? Te le pareces.

—Soy su hijo.

—Tienes la misma quijada. La misma frente. Ojalá que no seas igual de necio.

—¿Sabe usted cómo murió mi padre?

Juana le contó a Leonardo que su padre tenía diferencias con el coronel a cargo del destacamento en Canta. Dijo que se enfureció cuando unos soldados, incluido el propio coronel, la raptaron a ella y a otras mujeres. Para esto, Juana y el padre de Leonardo ya eran amantes. Aún más: ella esperaba una hija de él. Así que, para vengarse, el padre de Leonardo les pasó un dato a los subversivos. Los senderistas, luego, emboscaron al coronel y sus hombres.

Poco después los senderistas delataron al padre de Leonardo. que luego apareció muerto. Sobre su cuerpo habían colocado una bandera comunista. Oficialmente, culparon a los terroristas.

En cierto momento, la hija de Juana entró. Ella y Leonardo se parecían. Él lo advirtió y se convenció de que la mujer fue honesta cuando le contó que había parido una hija de su padre. La chica apenas articulaba lenguaje. Vestía un traje de niña y unas sandalias de jebe. De pronto, la chica se abalanzó sobre Leonardo con violencia y yo tuve que rechazarla de un empujón.

Dejé a Leonardo hablando con la señora sobre la masacre de la laguna. Afuera caminé por la plaza. Encontré a unos niños jugando pelota, entre ellos a Roxana. Saqué la cámara Kodak de Leonardo para fotografiarlos. Pero los niños dejaron de jugar y uno se me acercó a pedirme una propina por la foto. Yo me negué y el chico me dijo “lárgate de mi pueblo, fea de mierda”.

Permanecí en la vereda. Al rato, la pelota salió disparada y me impactó en la cabeza. Los niños se rieron. En respuesta, yo les devolví el balón de una patada. El tiro le cayó a un chiquillo en la cara. Los niños entonces le ordenaron al perro de la vieja que me atacara. Yo cogí un palo para defenderme. Por suerte, Juana y Leonardo aparecieron, y los niños, al verla, se largaron.

—Ven, Nino —le dijo la vieja al perro y lo acarició.

Leonardo luego me dijo:

—Juana no quiere ir con nosotros a la laguna. Por más que le pague.

—La vieja está coja. ¿Cómo se te ocurre?

—En fin —me dijo—, hay que conseguir quien nos guíe.

En una esquina encontramos a Roxana dentro de su mototaxi con otro niño. En realidad, este tenía más la pinta de un enano cabezón. Como los sorprendimos besuqueándose, tuvieron una actitud cortante. Aun así, Leonardo convenció a Roxana para que nos guiara a la laguna por un buen precio.

Regresamos a la casa vieja. Apagamos el mechero e intentamos dormir. Pero el ruido de la lluvia que chocaba con la calamina nos molestaba. Oímos unos golpes secos en el ático y un sonido semejante al de una bolita de acero cayendo por una escalera.

Ascendíamos por empinada trocha. Roxana avanzaba a paso rápido. Nosotros, más bien, cada cierto tramo nos deteníamos para darnos un respiro.

Cuando llegamos a la cumbre, divisamos unas ruinas, unas chullpas prehispánicas. Más allá, el paisaje se abría en una hondonada. Aquella era la

famosa laguna, ahora seca. Una mina la había drenado. A un lado se apreciaba una cruz que marcaba el lugar de la masacre.

Leonardo tomó fotos desde varios ángulos. Roxana se sentó sobre una piedra y yo me coloqué junto a ella. Cara a cara, le recriminé su actitud. Que nos hubiera espiado la noche anterior. Pero la chibola como si nada.

Cuando empezamos a bajar a Paríamarca, espesó la niebla. Apenas podíamos ver uno o dos metros adelante. Había montículos, grietas y súbitos desniveles. Quisimos esperar a que aclarara, pero Roxana dijo “yo me conozco el camino de memoria”. Leonardo me llevaba de la mano. Roxana caminaba dos o tres pasos adelante. Yo apenas distinguía su silueta. De pronto, no sé cómo, ella desapareció y Leonardo y yo nos quedamos sentados allí en la cuesta por horas.

4

Leonardo no le contó a su madre lo que Juana le dijo. Tampoco culminó su reportaje sobre la masacre de Paríamarca. Su excusa: decía que no encontraba la forma expresiva adecuada. Que no quería repetir los lugares comunes de los periodistas que trataban el tema. Yo le decía que escribiera nomás. No sabía por qué se hacía tantas bolas.

Leonardo tampoco avanzaba con su crónica porque empezó a relajarse malazo. Paraba chupando con unos punks del centro hasta quedar en estado catatónico. Antes de conocerlo, yo nunca me había emborrachado hasta la inconsciencia, pero por acompañarlo llegué a extremos. Una vez, me puse violenta y me agarré a golpes con una putita de Quilca que se le regalaba.

También se pegó a la coca como nunca. Por todo su depa había discos compactos y espejitos cubiertos con manchas blancas junto a sorbetes recortados. Al preguntarle por el tema, él se justificó aduciendo que la coca lo ayudaba a mantenerse sobrio y que lo sacaba de la depre.

Su contacto para conseguir coca era una menor de edad de abundante pelo negro a la que conocían en las calles del centro como La Leona y que trabajaba como delivery girl para unos narcos de Barrios Altos.

Me enteré de que, en una pelea, a Leonardo lo lanzaron contra un enorme espejo en la discoteca Karloff, y de que quedó lleno de cortes. Inmediatamente lo llamé a su casa.

—Hace días que no lo veo —me dijo su madre—. Se largó con las vendas puestas. Y me parece que anda con la putita esa, con la tal Leona.

Preguntando en los bares, conseguí el teléfono de La Leona. La llamé y nos citamos en un restaurante del jirón Puno. Aquel día, ella llegó tarde: desmelenada, flaca hasta los huesos, con una camiseta del *Shout at the Devil* de Mötley Crüe. Me contó que, hacía tres días, Leonardo y ella habían comprado una bolsa de coca en La Victoria y que se dirigieron a un hotel de la avenida La Marina. Según ella, solo permaneció con Leonardo hasta las once y pico de la noche. Que desde entonces no lo veía.

Me dirigí al hotel a preguntar. Me dijeron que en el cuarto día de su estadía Leonardo en un momento empezó a lanzar el mobiliario del hotel por la ventana. Que se paró desnudo en la ventana desde donde les gritaba barrabasadas a los transeúntes. El personal del hotel lo redujo y lo echó sin ropa a la calle. Afuera Leonardo empezó a correr entre los automóviles y la Policía lo capturó.

Yo no lo vi, pero me contaron que Leonardo apareció en la tele. Que los bomberos tuvieron que descender por una cuesta del acantilado de Magdalena para rescatarlo. Un policía dijo que Leonardo se había tirado de la tolva de la camioneta policial en pleno movimiento.

Este evento le trajo serios problemas a Leonardo: lo echaron del periódico donde practicaba. Su casero, por su lado, lo desalojó después de comprobar

que almacenaba drogas en su departamento y de que tenía el sitio hecho un asco.

Como al mes, en un correo, Leonardo me contó que abandonó su Volvo en un taller después de chocarlo por conducir ebrio y que estaba desesperado porque no conseguía empleo.

Me dijo que, por el momento, estaba en su casa y que vivía de la pensión de viuda de su madre. En ese mensaje también me pedía que le llevara dos botellas de pisco. Aseguraba sufrir de ansiedad por tomar. Me dijo:

—Te pago a fin de mes, Romi. O si no te puedes llevar lo que quieras de mi casa a cambio.

Le llevé el trago. Recuerdo que Leonardo me recibió en calzoncillos. Se desplazaba con dificultad. Su piel lucía amarilla y reseca. Mostraba úlceras y granos. Su casa estaba descuidada. En la cocina, platos y ollas se acumulaban en el lavadero. Hasta vi caca de pericote.

Cuando entramos a su dormitorio, observé que su madre dormía borracha. En la mesa de noche vi botellas y frascos de pastillas.

—¿Qué hace tu vieja acá? —le pregunté.

—Es que vendí la otra tele y ella quería ver una película de James Dean y se quedó dormida. En un rato la llevo a su cuarto.

—Bueno, Leonardo... ¿Qué te puedo decir? Más bien, acá tengo dos botellas.

—Gracias, Romi. Ahora no me siento tan angurriente, pero por las noches no soporto. Más bien, dime si quieres algo. Me parece que hay libros y unos casets que te pueden interesar.

—¿Qué casets?

—Varios de rock subterráneo.

—Bah. Sabes bien que el rock subterráneo me llega al pincho. Más bien, ¿tienes la Kodak?

—Claro.

—¿Está bien por los dos piscos?

—Perfecto.

—¿Y cómo estás tú? Me dicen que andas con nuevo machete.

Le conté que salía con Paolo, dónde lo conocí y todo lo demás.

—¿Oye, y ya le estas poniendo cuernos igual que a mí?

—No hables huevadas, oye.

—Es una broma nomás, chata. Tampoco te hagas la resentida.

—No me hago nada, solo que no me gustan tus chistecitos.

—¿Por qué no salimos este fin de semana? Habla, invítame a un bar.

—No, Leonardo. Ni loca. Paso.

Cuando le conté a Susana que estaba embarazada de mi hija Silvina, ella estalló de ira. Lucero, por su lado, me recomendó que abortara. Papá Ernesto, más bien, se alegró con la idea de tener un nieto. Paolo, el padre de Silvina, también se entusiasmó. Me besó cuando se lo conté. Fantaseó sobre nuestra futura vida familiar.

¡Qué diferencia con el comportamiento de Leonardo cuando le comuniqué que esperaba un hijo suyo! Lo primero que hizo fue contactar a un médico dedicado a practicar abortos clandestinos.

Me condujo a un tétrico consultorio de la avenida Alfonso Ugarte donde el médico me sometió a un legrado; procedimiento este que resultó ser bastante doloroso. Como ya estaba en mi tercer mes, el doctor literalmente despedazó el feto dentro de mí. Recuerdo que logré ver a mi hijo hecho picadillo sobre una bandeja de acero antes de que el médico lo tirara a la basura.

Antes de irme, le solicité al médico que me entregara la ecografía en la que aparecía el feto que acababa de descuartizar. Era una impresión en blanco y negro que mostraba un cuerpecito enroscado.

—Doctor, la quisiera de recuerdo —le dije.

Él se negó y me dijo:

—No, señorita, de ninguna manera. No puede haber recuerdo de algo que nunca existió.

Salí del consultorio en brazos de Leonardo. Subimos a su Volvo y nos estacionamos en un parque de Jesús María hasta que se me pasó un poco el malestar. En casa, le dije a Susana que me había lesionado jugando vóley.

Es cierto: se podría decir que yo deseaba un hijo. Sin embargo, en determinado momento, me convencí de que deshacerme del feto fue la decisión correcta. El hijo de un adicto podría haber nacido deforme.

No sé cómo Leonardo se enteró de que yo esperaba una hija de Paolo y empezó a enviarme mensajes pidiéndome que me sometiera a otro aborto. Decía que se recuperaría y que podríamos retomar lo nuestro. Como lo mandé a la concha su madre, se asó. En un tóxico e-mail me reclamó que le devolviera ciertos regalos, unos discos de Burzum y varios libros de Nietzsche y Schopenhauer. Además, me exigía que le pagara el dinero que gastó cuando aborté.

—Me tienes que devolver el billete —me dijo—. No seas ratera.

Leonardo continuó acosándome y hasta me amenazó de muerte. Por esa razón, redacté una carta anónima dirigida al comisario de Lince. En ella, le explicaba cómo Leonardo causó el accidente aquel que acabó con la vida de una pareja en las afueras de Lima.

Pasado un tiempo, Leonardo me llamó. No comentó nada sobre la Policía. Solo me pedía que le llevara más pisco.

Paolo se mudó a mi casa. Esto sería solo por un tiempo hasta que Paolo y yo encontráramos un sitio. Pero Paolo no se esmeraba en conseguir un buen trabajo. Se la pasaba con Silvina viendo HBO. Cuando me cansé de su actitud, le di un ultimátum:

—¿Qué te has creído? ¿Que acá te vamos a mantener? Por si acaso, esta no es tu casa, donde la estúpida de tu madre te aguanta todo. No creas que no me doy cuenta de que te la pasas hueveando. Y de que te aprovechas de Silvina para salirte con la tuya. Y te lo digo de frente: acá ya estamos cansados de tu vagancia. Si no consigues trabajo en un mes, te me largas.

Antes de cumplirse dicho mes pasó algo: Valeria me contó que, mientras ella se duchaba, vio que, por la ventana del baño, se asomaba un pequeño espejo adosado a un palito. Era el imbécil de Paolo que trataba de espiarla desnuda. Ese mismo día, con Susana, lo corrimos a chicotazos.

El cuyero, fabricado con listones de madera y malla gallinero, tenía tres pisos. En el tercero estaban los gazapos. En el del medio, el macho alfa con diez hembras. En la primera planta, mi madre tenía separada a la hembra preñada que, por su mal carácter, les pegaba a las otras. En una segunda jaula estaban los machos jóvenes separados por tamaño en varios compartimentos. La idea era que los más grandes no maten a los pequeños.

Mi madre alimentaba a los animales con alfalfa y, cuando había dinero extra, con forraje y alimentos balanceados. Sus clientes eran sobre todo migrantes serranos del barrio que no perdían la costumbre de comer platillos tradicionales. Mamá también criaba a una parejita de cuyes negros, cuyas crías se las vendía a un brujo para que hiciera sus limpias y hechizos.

Cada vez que Susana preparaba cuy, yo me comía toda la pulpa de la cabeza, incluso el cerebro, y buscaba el huesito ese que llaman zorrillo. Luego lo colocaba en un pocillo, me servía vino Gato Negro de caja y me lo pasaba. Mi abuelita me había enseñado a tragarme el zorrillo. Según ella, así podría yo también tener la aguda intuición del cuy y nadie podría engañarme así nomás. Mi abuela también me dijo que algunos cuyes negros son brujitos, por eso los curanderos los usan para la macumba.

Mi madre cerró mal el cuyero. Y los gatos techeros bajaron y mataron a varios gazapos y a una hembra preñada. Recuerdo que, llegando de la chamba, encontré a Susana llorando por sus animales.

Semanas más tarde, cuando Susana me obligó a cachetadas a quitarme un piercing que me coloqué en la lengua, decidí vengarme con sus cuyes. Dejé abierta la jaula y me fui a la calle. Esta vez, Susana culpó de la muerte de los cuyes a Valeria, la única hermana que estaba en la casa a la hora que bajaron los gatos. Aquella vez, Susana le propinó una tremenda tunda a mi hermanastra.

No sé por qué me entró un sentimiento de culpa. Así que tomé un bus al Barrio Chino, compré una pareja de cuyes y los llevé a casa.

—Ya no criaré nada —me dijo Susana—. A la larga, los cuyes solo me han traído problemas. Primero, por la casa sucia, y ahora, por Valeria. Creo que me pasé de la raya. Además, ya me estaba cansando. Mucho trabajo, poca ganancia.

—Mami, ¿y por qué no cocinamos estos dos cuyes? —le pregunté—. Están perfectos para un picante. A Ernesto le encantará.

Esa noche, todos cenamos cuy excepto Valeria. Papá Ernesto le ordenó un combo crispy de KFC porque a ella el cuy le da asco.

El hijo de Lucero nació mongolito y el padre, un emo de Los Olivos, se mandó mudar. Era un bebito horrible. Tenía los ojos desorbitados, la cabeza medio cuadrada y un permanente gesto de idiotez. Los doctores dijeron que nunca mejoraría.

Yo había escuchado que estos anormales lo destrozan todo y que, cuando descubren su sexualidad, se masturban delante de la gente. Leí en *El ruido y la furia* de William Faulkner que antes los castraban. Yo quería que ese niño se muriera, por eso le dejé unas canicas a su alcance con la intención de que se las tragara y se atorara.

Mi chibola Silvina se enfermó y el doctor me recomendó que evitara el contacto con cualquier animal. Ya no criábamos cuyes, pero a Valeria le habían obsequiado un gatito. Le expliqué lo que me comunicó el médico, que lo mejor sería dar a Granizo en adopción. Ella, sin embargo, no quiso entender. Su respuesta fue:

—¿Por qué no le dices al vago de tu marido que te lleve a su casa? ¿Por qué no le dices que trabaje y le dé una casa digna a su hija? Deja tranquilo a mi gatito.

Me llegó altamente. Ese mismo día compré veneno, lo mezclé con atún Florida y lo dejé al alcancé del gato. Luego culpé a los vecinos. Le recordé a Valeria que ellos paraban quejándose por las peleas que protagonizaban los gatos techeros.

Cierta noche, haciendo dormir a Silvina, pensaba en qué hacer para librarme de Leonardo, que seguía fregándose.

¿Qué sucedería, por ejemplo, si pusiera veneno en su trago? ¿Se daría cuenta?

Leonardo me llamó. Me pedía más trago. Me dijo que tenía unas joyas de su madre para darme a cambio. Compré pues un galón de ron adulterado en una chingana del jirón Zela, también raticida Campeón, y con mi hija me dirigí su casa.

—Esto es para que te deshagas de los ratones —le dije cuando le entregué el veneno—. El otro día vi caca de pericote en la cocina.

—Gracias. Sí, pues, los ratones vienen de la calle. Además, con Natalia enferma, es una cagada mantener la casa limpia.

Después me dijo:

—¿Por qué no entras? Tengo unos aretes de plata. Ojalá alcance para pagarte. ¿Quieres verlos?

Silvina y yo entramos.

La Policía dedujo que Leonardo envenenó a Natalia y que luego él tomó el raticida. Encontraron los cuerpos en estado de descomposición avanzada y, como nadie los reclamó de la morgue, los enterraron en un alejado cementerio.

Para llegar a la tumba de Leonardo, tuve que realizar un considerable viaje. Fueron tres horas a través de barreadas y asentamientos. Atravesé las murallas coloniales, el asilo de tuberculosos y el penal bombardeado. En el camposanto, me resultó difícil encontrarlo. Por eso le consulté al encargado, un viejo marcado por una chocante enfermedad.

Sobre la tumba de Leonardo había una losa en la que apenas se distinguía su nombre. En el suelo extendí una manta artesanal y me senté con Silvina. Luego coloqué flores. Pasado un rato, por el súbito calor, Silvina empezó a quejarse. Ya no soportaba estar allí.

Antes de marcharme destruí la losa que marcaba la tumba. Luego, tras asegurarme de que no quedara rastro de nada, me fui.

RAY, ESTE ES EL PARAÍSO

I feel like shit but look great.

American Psycho

1

Un paciente dormía bajo una manta blanca. Al lado, sobre una mesa de formica, había dos pequeños cactus, unas botas de vaquero labradas y una lata de Cherry Coke. Al fondo estaba mi cama.

Después entró la enfermera y me alcanzó una bandeja con alimentos: había una pechuga rostizada con papas sofridas y brown rice, un refresco Tropicana de toronja y una manzana McIntosh.

—¿Se le ofrece un postre, señor Ramírez? —me preguntó la enfermera.

—¿Qué hay?

—Fruta mixta, arroz con leche y flan.

—¿No tiene brownies?

—No.

—¿Y Nutella?

—Tampoco.

—Entonces deme flan.

Junto con el postre, la joven me trajo un vaso de agua y mis medicamentos. Esperé a que me tomara el cóctel de pastillas y me pidió que abriera la boca y sacara la lengua para comprobar que me las había tragado. Luego me alcanzó un cepillo dental, un chisquete de Aquafresh, champú para bebé y el

reglamento bilingüe de la unidad psiquiátrica del NYU Langone Hospital, en donde acababan de internarme.

El folletín —en síntesis— decía que los pacientes no podíamos poseer bolígrafos, ni lápices tajados, ni objetos punzocortantes. Tampoco lazos o cuerdas. Por eso, me confiscaron la correa de cuero y los pasadores de mis New Balance. Tal vez por eso también, cuando entré al baño a mear, no encontré ningún punto de apoyo que yo pudiera utilizar con la intención de estrangularme.

En esos días, la alerta estaba al tope: me había enterado de que un maniaco depresivo arrancó el cable de energía del reproductor de DVD, peló los chicotes, se los ató al brazo y los enchufó a un tomacorriente. Por la mañana, la enfermera volvió a mi habitación.

—¿Sigue con migraña?

—Me molesta la luz.

—¿Qué siente?

—Es como si tuviera la cabeza metida dentro de una prensa.

—Eso es por la sobredosis de pastillas y drogas que tomó. Pero ya se le pasará.

—¿Cuándo se me pasará?

—No se angustie, señor Ramírez. Pronto.

—Es que no aguanto. Necesito unos lentes de sol.

—Los lentes de sol están prohibidos en la unidad.

—No puede ser.

—¿Cuántas horas ha dormido?

—Creo que unas cuatro.

—Tiene que dormir por lo menos siete horas.

—Es que estuve mal del estómago y fui a cada rato al baño. Me cayó mal el pollo. Creo que estaba medio crudo.

—Ah, ¿sí? La próxima vez que le toque la comida mal cocinada infórmeme.

—Lo haré.

—¿Y sigue con diarrea?

—Sí.

—¿Le sale sangre?

—Me sale puro líquido. Chorros rojizos. El wáter quedó todo regado.

—Se lo notificaré al gastroenterólogo para que lo visite más tarde. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Dígame: ¿sigue escuchando voces?

—Sí.

—¿Qué escucha?

—Mi propia voz. Es como si me hablara a mí mismo.

—¿Y qué dice?

—Bobby Ramírez se mató. Bobby Ramírez está muerto. Así habla, en tercera persona.

—¿Está seguro de que es su propia voz?

—Bueno. Casi seguro.

—¿Y aún piensa en cortarse las venas, señor Ramírez?

—No pienso eso. Pero escucho una voz que me dice que ya lo hice.

—¿Diría usted que sus ideas suicidas son involuntarias?

—No sé.

—Otro asunto, señor. Solo para corroborar los formularios que ha llenado.

—Dígame.

—¿Hace cuánto tiempo viene lidiando con el alcohol?

—Desde los catorce años.

—¿Qué pasó entonces?

—Esa fue la primera vez que tuve un blackout.

—O sea, ya lleva veinticinco años tomando.

—Más o menos.

—Eso es demasiado tiempo, señor Ramírez. Nada menos que un cuarto de siglo.

—Pues sí.

Después del lunch, una practicante entró a la habitación a revisar mis signos vitales y a chequear las lesiones y cortes de mis brazos, rostro y pecho. Las curó con peróxido, aseptil y alcohol. Luego les untó una pomada cicatrizante, y las cubrió con gasa, venda y esparadrapo.

Más tarde, un psiquiatra hindú graduado de Johns Hopkins University me visitó. Me llamó la atención la juventud del doctor Mukerjee y su aspecto distinguido. Se notaba que era un tipo que no había desperdiciado un minuto en la vida. Hablaba el español con fluidez, usaba unas gafas Dolce and Gabbana y unos mocasines blancos; supongo que porque los médicos tampoco podían llevar pasadores.

En Lima, ni de vainas habría podido pagar por un doctor así. Allá no contaba con seguro médico, así que, cuando se me descompensaba la bipolaridad y sufría episodios psicóticos, me atendía en el Larco Herrera. Por fortuna, la beca de NYU que obtuve para seguir estudios de posgrado en Cinema Studies me otorgaba un estupendo seguro.

Aquella tarde, el doctor Mukerjee me formuló las mismas preguntas que las enfermeras, pero él era más intrusivo. Tal vez quería asegurarse de que no me contradijera. De que no me pasara de pendejo. En cierto momento, sin embargo, me hizo una pregunta extraña.

—¿Qué es un libro, señor Ramírez? —me preguntó.

—¿Un libro?

—Sí, señor, ¿qué es un libro?

—*American Psycho* es un libro, doctor.

—No, señor Ramírez. Piense bien. ¿Qué es un libro?

—¿Un escrito de relativa extensión que desarrolla un tema paso a paso?

—No —dijo y tomó un volumen y me volvió a preguntar—: ¿Qué es un libro?

Como no sabía qué responder, me quedé callado. Días más tarde, cuando le tuve más confianza, le pedí por favor que me dijera la respuesta, pero no me hizo caso.

2

A Ray, mi compañero de habitación, le aburría pasar el tiempo en el comedor viendo la tele en la que solo transmitían noticieros y refritos. Tampoco leía del pequeño librero, y lo entiendo. Esa estantería era un adefesio. *People*, *National Enquirer* pasadas, libros de autoayuda, novelas de Dan Brown y best sellers románticos de Nicholas Sparks. A veces se encontraba uno que otro *New York Times*. Los mejores libros, en mi concepto, eran la Biblia y el Santo Corán. Y, seguramente, los volúmenes sagrados judíos encuadernados en leather, pero estaban en hebreo, y no entendía nada. Lo que sí parecía agradarle a Ray eran los talleres de cultivo. Tal vez por eso, junto a su cama, conservaba dos cactus enanos, un bonsái y una sábila que cuidaba con esmero.

La gorda Chelsea pesaba el equivalente a dos chicas de su edad y estatura. Tenía un acné marcado en los cachetes y papada. El pantalón de pijama se le bajaba en la parte trasera, dejando ver la celulitis de su horrendo culo. Cierta noche, Ray me contó una conversación que escuchó en el corredor. Según él, Chelsea le comentó a otra paciente que, apenas saliera del hospital, lanzaría por la ventana de su edificio en el Bronx a la bebé de su hermana.

—Esa gorda sí que está loca, Bobby —me dijo Ray—.
What a fucking bitch! Debería estar con los locos del
Bellevue Hospital. No con nosotros.

Chelsea tenía dieciocho años y estaba internada por tratar de quemar su dormitorio e ingerir Drano con ice tea.

Marsellus usaba unos lentes de culo de botella y andaba con unas chancletas como las de Condorito con medias. Caminaba y hablaba defectuosamente, tanto así que me era complicado entenderlo. Cuando se me acercaba balbuceando, yo lo evitaba o le contestaba con algún formulismo.

Por las tardes, Marsellus se dirigía a la ventana del comedor y contemplaba fijamente los rascacielos del Midtown hasta que anocheciera. Ray me dijo que lo que Marsellus aguardaba era que algún avión apareciera por el cielo de New York. Si esto ocurría, Marsellus empezaba a gritar y a correr como descosido pidiendo auxilio.

En cierta ocasión —en total pánico, porque temía que ocurriera otro 9/11—, Marsellus activó la alarma contra incendios y provocó que los bomberos de New York acudieran en vano al hospital, el cual, por el descuido, quedó obligado a pagar una fuerte multa.

Retomé ciertas costumbres dejadas de lado. Empecé a bañarme con champú de bebé (el único permitido) y a lavarme los dientes, las encías y la lengua tres veces al día. Como no había demasiado en qué pensar ni qué hacer, cumplía con esas actividades con escrupuloso celo.

Quería pasarme hilo dental también, pero, sin detallármelo, el personal me comunicó que no estaba permitido su uso. ¿Cómo, pues? ¿De verdad alguien podría estrangularse con hilo dental?

¿Y por qué no había colgadores en los closets? Ah, ya. O sea, también se podía ahorcar a una persona con una percha, como cuando Bussetta asesina a

Johnny Ola en

El Padrino II. No jodan.

Asistí a unos talleres de arte en donde rellenaba patrones impresos con crayones o recortaba revistas pasadas para elaborar collages con cartulina y goma. Con Ray concurría también a los talleres de cultivo, en donde aprendí a trasplantar y cuidar un aloe.

Hacía años, Sandra, mi exesposa, me había obsequiado un cactus que daba flores, uno como el del western *The Man Who Shot Liberty Valance* con Lee Marvin y John Wayne. Y, a pesar de que Sandra también me entregó un manual para su cuidado, no logré mantenerlo vivo. Ahora, en el taller de cultivo, entendía la razón: me explicaron que el cactus se había marchitado por exceso de líquido, que literalmente se pudrió de adentro hacia afuera.

Caminaba de un extremo a otro del corredor para estirar las piernas y evitar el entumecimiento. Hacía ranas y abdominales en mi cuarto y luego, duchándome, me masturbaba con la mano lubricada en champú imaginando la boca con la lengua afuera de Macarena, una compañera chilena de un workshop sobre George Romero que dictaba Fredric Jameson.

A veces, Marsellus salía al corredor y, como yo no quería cruzármelo, me dirigía a las bicicletas estacionarias del fondo, en las que, debido a su defecto en las extremidades, el tarado ese no podía montarse. Una tarde, el muy terco quiso subirse, pero, como fracasó, empezó a gritar y a tirar las raquetas y pelotas de ping pong por los aires. Fue entonces cuando dos enfermeros fornidos lo sometieron y lo confinaron —con una camisa de fuerza como la de Joan Crawford en *Strait-Jacket*— en la habitación de seguridad.

A los tres días, Marsellus reapareció en el pasillo. No vestía con sus usuales pijamas, sino con un mandil sin nada debajo. El pene y los testículos peludos le colgaban. No estaba circuncidado. Su prepucio parecía choncholí.

La enfermera Donna lo acompañaba. Cuando lo saludé, Marsellus no me respondió. Iba con una mirada hueca.

Aquella noche sucedió una cosa más. Ray me lo contó: Marsellus intentó estrangularse con el pañuelo que, en un descuido, sustrajo del cuarto de una paciente palestina; pero los enfermeros lo descubrieron y volvieron a recluirlo en el cuarto de seguridad.

3

—¿Sabes que filmaron una película en este hospital?

—¿Cuál? ¿*One Flew Over the Cuckoo's Nest*?

—No, Bobby. Esa la hicieron en un psiquiátrico de Oregon. Aquí en NYU rodaron una escena de *The Exorcist*.

—¿Esa no la filmaron en Washington?

—No toda. ¿No recuerdas esa secuencia donde a Linda Blair le introducen una aguja y un catéter por el cuello?

—No.

—Es una donde a la chiquilla le sale sangre como chisquete del pescuezo.

—Ah, ya recuerdo. Qué escena más creepy, Ray. Esa y la de la caminata de araña por las escaleras son las mejores.

—Bobby, la de la araña no está en el Theatrical Cut. No vale. Pero la escena del catéter sí fue aquí.

—Recuerdo que a la Blair luego la meten en una máquina que hace un ruido brutal.

—Sí, Bobby, esa escena es prácticamente una tortura.

—¿Y todavía harán eso acá?

—No estoy seguro.

—¿Y si le preguntamos a Donna?

—Nadie te dirá nada. Acá todos te responden con esa risita forzada de mierda. Parece que la ensayaran en grupo.

—Sí, pues. Para ellos no valemos ni mierda.

—Oye, Bobby, dime una cosa: ¿qué es lo que más odias de este hospital?

—Que te tengan contra tu voluntad. ¿Qué más?

—Pero ese es el protocolo para todos los que tratamos de matarnos en New York. Internamiento mandatorio por dos semanas como mínimo.

—Para mí, esto es un secuestro, Ray. Estaría mejor en la calle.

—Tienes razón. Esto es un rapto. Pero ¿qué podemos hacer? Nobody gives a fuck about us. Imagínate que vaya a quejarme con Human Rights Watch. Me botan de una patada en el culo.

—Sin embargo, Ray, mirándolo bien, no está tan mal este lugar.

—Hablas mierda, Bobby. Are you kidding me?

—La comida sucks, Ray. Los terapeutas son estúpidos. Hay una sola tele. Pero lo demás es soportable. Además, hay un par de enfermeras que están buenazas.

—¿Cuáles? Todas son unas critters.

—Le tengo hambre a Donna.

—¿Donna? Esa bruja me tiene podrido. Además, huele a grajo.

—Pero ¡qué tetas tiene, carajo! Y esos pezones. Parecen dos fresas maduras.

—Cómo alucinas, Bobby.

—Quiero poner la pichula en medio de esos melones y hacer un titty fuck.

—¿Qué pasa, Bobby? ¿La medicina te pone horny?

—Creo que sí.

—Tranquilo, man. Ya saliendo te levantas algo en la ciudad. En New York nunca falta pussy.

—Voy a llamar a una perra china del *Village Voice*.

—Bien por ti, Bobby. Pero volviendo a lo que te decía. Para mí, sí hay algo bien jodido en este lugar.

—¿Qué cosa?

—Este silencio de mierda que se respira por las noches. No parece que estuviéramos en New York, sino en el puto Jersey.

—Mejor el silencio que el escándalo, Ray. En otros hospitales, el ruido es infernal.

—¿Has estado antes en un psiquiátrico?

—Tres veces.

—Mierda.

—Y en la última ocasión en el peor de todos: el Elmhurst Hospital.

—¿Y qué te pasó, Bobby? ¿Por qué te metieron allí?

—Estuve tomando vodka por días y, cuando estaba más loco que una cabra, me tomé sesenta painkillers.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Ni me acuerdo.

—Así es esta mierda. Nadie recuerda por qué quiso matarse.

—El hecho es que, cuando empecé a sentirme zombie, entré en pánico, llamé a los bomberos y me llevaron al Elmhurst.

—¿O sea te arrepentiste?

—Me cagaba de miedo.

—Tal vez era mero instinto de supervivencia, Bobby. Todos quieren sobrevivir.

—Puede ser. Hasta *La cosa* de John Carpenter quiere sobrevivir.

—¿Y cómo era el Elmhurst?

—Una mierda. Me tuvieron esperando en ER durante toda la noche custodiado por dos policías armados.

—Así tratan a los suicidas en este país, como a delincuentes.

—Me sentía pésimo. Temblaba. Vomitaba en un balde.

Hasta me cagué en la cama dos veces y me pusieron pampers.

—Ja.

—Recién por la mañana me ingresaron a psiquiatría. Pero el sitio no era como acá que cada dos pacientes tienen un cuarto. La unidad del Elmhurst consistía de una sola sala.

—Eso era un lazareto, Bobby.

—No había camas, Ray, sino unos sillones reclinables, unos almohadones apestosos y unas mantas percudidas. El piso estaba mojado. Recuerdo que había unas treinta personas y un solo baño. La puerta no tenía cerradura.

—¿Sin cerradura?

—Sí, Ray. Veías gente cagando.

—Nasty.

—Cuatro grandulones custodiaban el área. Uno de ellos, un gordo seboso, se comía lo que los pacientes dejaban.

—¿Y qué tal era la comida?

—Crap.

—Pero ¿te estabilizaron o no, Bobby?

—Nunca hablé con ningún médico, apenas con las asistentas. Los doctores solo se preocupaban de los casos graves. Por ejemplo, de un tipo que se había cortado el brazo con un pico de botella y que, a cada momento, se volvía a lastimar la herida con los dientes. O de una mujer que se rebanó el tobillo.

—Pobres infelices.

—Había un área en donde atendían a los presos de Rikers Island, gente que venía esposada de manos y pies y que era resguardada por oficiales pistola en mano.

—¿Convictos? Qué heavy.

—Sí, Ray, criminales y locos.

—¿Había locos?

—Recuerdo a un tipo que alucinaba que estaba preñado.

—¡Bullshit!, Bobby. ¿Un hombre preñado? ¿No sería una fucking dyke?

—No era una lesbiana, Ray. Era un calvo de Manhattan y de verdad creía que estaba embarazado. El man tenía una panza prominente. Andaba sin pantalones y respiraba como preparándose para parir. Recuerdo que un enfermero le decía cada vez que se lo cruzaba: “Jim, you have to believe it”.

—Mierda. Bobby, tienes que hacer una película con la historia de ese miserable.

—Sí, Ray. Saliendo de este lugar me pondré a escribir un guion sobre el hombre embarazado.

—¿Y cuánto tiempo pasaste en Elmhurst?

—No tanto. Una semana. En aquellos días, mi exesposa, Sandra, todavía me guardaba cierta consideración y, con ayuda de una trabajadora social, me sacó.

—Te amaba esa tía, ¿eh, Bobby?

—Me sacó por lástima. Si Sandra no me ayudaba, me hubiera quedado en Elmhurst quince días por lo menos, durmiendo en un sillón y soportando los interminables gritos, peleas y apestosos olores de esos locos de mierda.

—Tuviste suerte, Bobby.

—Pero igual te lo repito, Ray: comparado a Elmhurst, este es el paraíso.

—Seguramente, Bobby. Si tú lo dices, así debe ser.

—¿Qué harás saliendo de aquí, Bobby?

—Escribir mi guion del hombre embarazado.

—No digo eso, man. ¿Qué es lo primero que harás al cruzar la puerta del hospital?

—Quiero comer algo decente, Ray. Creo que iré a un sitio peruano en Northern Boulevard. Se me antoja una causa y un lomo saltado.

—¿Lomo saltado es carne picada con french fries?

—Algo parecido.

—¿Y causa? ¿Qué es eso?

—Es como un pastel de papa, pero relleno con atún o pollo, ají amarillo y mayonesa.

—¿Mayonesa? Qué asco, Bobby. Odio la mayonesa. ¿Cómo puedes comer esa bazofia?

—En Perú le ponemos mayonesa a todo. Al KFC, a las lentejas, al huevo duro, al avocado, a la remolacha.

—Son unos degenerados en Perú, ¿eh? ¿Huevos duros con mayonesa? ¿Con avocado? Primero muerto.

—Al apio también le ponen.

—Odio el apio, Bobby.

—Deberías consumirlo, Ray. Es bueno para eliminar toxinas. Depura.

—Una vez comí mayonesa y me salieron unos granos en la cara horribles. Cuando me los reventaba, la materia salía volando y se quedaba pegada en el espejo.

—A mí después de comer mayonesa me salen espinillas hasta en la pinga. Y, cuando las presiono, sale pus como tallarines.

—Ewww.

—Es verdad, Ray. Y creo que ahora mismo tengo algunas.

—Dile a la perra de Donna que te las reviente en el siguiente chequeo.

—Claro. Tal vez se envicia reventando chupos de pinga.

—¿Y no te vas a emborrachar saliendo de acá?

—De todas maneras, me pudro.

—¿Y qué tomarás?

—Quisiera un pisco peruano, pero es difícil conseguir por mi casa en Astoria. Por allí solo venden pisco chileno, que es una caca que solo sirve para desinfectar bacinicas.

—¿Pisco? Eso es un ron peruano, ¿no?

—Es un destilado de uva. Es como un aguardiente, aunque más meloso.

—Me encanta el aguardiente colombiano. Me cae bien para bailar salsa, pero ahora me muero por unas chelas.

—¿Qué tomas? Yo tomo Heineken.

—Heineken sucks, Bobby. Me da resaca.

—Tiene cuerpo.

—Yo me voy a emborrachar con Pabst Blue Ribbon, Bobby. Voy a tomar hasta morir.

—Así se habla.

—Unas amigas de Williamsburg harán una fiesta para celebrar mi salida. Habrá marihuana, coca. Y todo de gratis.

—¡Qué suerte tienes, Ray! Pussy, drogas, chelas regaladas. Lo mejor de esta vida.

—También quiero ir a la barbería.

—Yo también odio estos bigotes de rata, Ray. Una porquería que no dejen afeitarnos más que los lunes.

—Y a fin de mes, Bobby, me gustaría ir a Atlantic City. Jugar póker. Blackjack. La ruleta.

—¿Y por qué esperar hasta fin de mes? Vete ya.

—Es que tengo que mudarme, Bobby. Es lo primero que debo hacer en realidad.

—No jodas, Ray. Primero vete de party y luego arreglas eso.

—Debo dejar mi apartamento, Bobby. Los tipos con los que vivo ya no me quieren allí. Ese día de la sobredosis casi incendié ese mugroso lugar.

—¡Mierda!

—Sí, pues. Cuando me paso de tragos se me da por la piromanía. Al menos, mi hermano me ayudará con la mudanza. Vive cerca. En Massapequa.

—Nice place. ¿Y te mudarás con él?

—Solo estaré con él unos días. Está casado con una canadián redneck que me odia. Ya después me iré a Alphabet City. Solo espero que mis nuevos compañeros de cuarto no sean tan hijos de puta como los anteriores, un par de hipsters sin vida. La típica mierda de NYU.

—Hipsters de mierda, que se jodan, Ray.

—Me aburren. Alguien los debiera exterminar.

—Sí, Ray. ¡Genocidio hipster!

—¡Yeah!, man. Así se habla.

—Por eso, Ray, creo que lo mejor es relacionarse con los roommates lo menos posible. Si no, te están jodiendo todo el tiempo. Yo vivía con un uruguayo maricón que para qué te cuento. Un tacaño que quería que yo fuera igual de miserable que él.

—Los tacaños son la peor especie de ser humano.

—Ese marica, cada vez que se preparaba un té dejaba la bolsita junto al lavadero, al lado de los platos sucios y el cubo de basura. Y la dejaba allí para volver a usarla después. Y así tenía la puta talega por una semana.

—Mierda, qué sucio ese perdedor.

—Ese tipo antes de entrar a NYU quiso ser sacerdote jesuita.

—Seguro también es pedófilo. Así son los jesuitas. Acá en USA han violado a miles.

—Me dan asco los jesuitas.

—Y lo que dices es verdad, Bobby. Lo mejor es mantener lejos a los roommates. Si es posible, nunca hablarles.

—Y, entonces, Ray, ¿te dan de alta este lunes?

—Con toda seguridad, Bobby. Este lunes me largo.

Aquella noche, Ray y yo conversamos hasta que Donna cerró las cortinas, apagó las luces y nos ordenó que cerráramos la boca o, si no, llamaría a seguridad.

4

El lunes no soltaron a Ray. Le dijeron que tendría que permanecer tres días más. El doctor Murkejee le explicó que la política del hospital consistía en preparar al enfermo para su alta clínica. Que, en eso, eran estrictos.

Por ejemplo, todas las citas ambulatorias posteriores, tanto con los psiquiatras como con los trabajadores sociales y los grupos de narcóticos anónimos, ya debían estar pactadas. En el caso de Ray, además, ante una corte, él debía firmar un documento.

Por eso estaba hecho un energúmeno. Y no era para menos. Aquel lunes, pensando en que le darían de alta, se levantó más temprano que de costumbre. Hizo planchas y abdominales y se ejercitó en la bicicleta. Después se duchó con agua caliente por un buen rato y se arregló. Fue la única vez que lo vi usar las botas de cowboy. Se puso unos jeans ceñidos, una camisa a cuadros manga larga, unos lentes oscuros y un sombrero tejano. Se perfumó. Incluso telefoneó a su hermano Jack desde el único pay phone del comedor para que lo recogiera en su miniván.

Ray estaba exaltado. Le dijo “You pathetic piece of shit” al doctor Murkejee. No traduzco todos los agravios —incluso discriminatorios— que a continuación profirió contra el personal del hospital aquel lunes, porque solo tienen sentido en inglés.

No pude decirle adiós a Ray como hubiera deseado, puesto que me habían confinado en el cuarto de seguridad.

Recuerdo que él se acercó a la ventanita circular y me hizo una señal de despedida. Yo hice lo mismo a modo de respuesta, pero sin levantar tanto el brazo, debido a que lo tenía inmovilizado con una correa.

Los enfermeros me habían encerrado por golpear a Marsellus en la cabeza. El muy mierda había escupido un flemón sobre mis macarrones con queso. Atado a la cama, pensaba en mi proyecto de guion sobre el hombre embarazado. La idea podría desarrollarse dentro de una trama fantasiosa. Emplear un punto de vista onírico, incluso delirante.

Recordé una escena de *The Thing* de John Carpenter, aquella en que un médico, con ayuda de una máquina de desfibrilación, trata resucitar a un hombre —interpretado por el actor Charlie Hallahan— que acababa de sufrir un paro.

Durante el procedimiento, sin embargo, Hallahan no reacciona. Su vientre, más bien, se abre como una monstruosa vagina dentada con colmillos que, al cerrarse, le amputa los brazos al doctor.

En el acto, el médico cae muerto y, desde el interior del vientre de Hallahan, comienzan a salir viscosas secreciones, tentáculos lovecraftnianos y una grotesca cabeza bastante similar a la del mismo Hallahan, unida esta a una suerte de cordón umbilical.

¿Por qué en *The Thing* —como en *Alien* y *Predator*— aparecen vaginas dentadas? ¿El horror en estas películas sería en realidad el terror a ser capado? Bueno, la mutilación de los brazos del doctor podría entenderse como una castración sublimada.

Por otro lado, la indefinible criatura viscosa de *The Thing* penetra por la fuerza en los hombres. Podría decirse que es también “una cosita”. ¿Entonces el horror en esa película sería el miedo de los hombres a ser violados? ¿O a que les guste que se las metan por atrás? ¿Esto simbólicamente podría

extenderse a un horror a quedar embarazado? ¿Y, más freudianamente, a menstruar?

En *The Thing*, podría afirmarse que el personaje de Hallahan quedó preñado de una réplica de sí mismo. Es más, luego la cabeza de Hallahan se transforma en una araña, la cual —según Devereux en su tratado *Dreams in Greek Tragedy*— es un símbolo de la vagina dentada.

Amarrado a la cama, concluí en que un guion sobre el hombre embarazado no sería una idea tan descabellada después de todo. Podría funcionar. Permanecí internado quince días más. Tomaba mi prescripción religiosamente. Les decía a los médicos lo que querían escuchar. Que me recuperaba, que sentía una mejora significativa tanto física como mental, que no tenía ganas de emborracharme ni drogarme, que ya podía concentrarme en mis estudios y trabajo. Les dije —entusiasmado— que me encontraba con muchas ganas de “volver al mundo real”.

Asistí a los talleres de control de la ira, a los de relajación, yoga y música. En este último, aprendí a tocar un ritmo caribeño en un timbal. Recuerdo que la gorda Chelsea bailaba y cantaba mientras Marsellus rasgaba un ukelele de juguete sin ningún criterio. Concurrí también a las charlas para adictos. Allí les aseguré a los expositores —hombres que habían perdido casi todo en la vida por el vicio— que yo estaba dispuesto a cambiar mis hábitos y a moderarme. Incluso firmé un documento en el que me comprometía a asistir a un local de Alcohólicos Anónimos en Little Tokyo.

Yo quería regresar a mi cuarto en la 34 Street, en Astoria, pero no para terminar mi guion, ni los *papers* de fin de semestre, cuyos deadlines, por mi internamiento, la chair del departamento los había reprogramado para más adelante. Yo solo quería huevear por unos días. Marmotear, ordenar pizza o hamburguesas Big Kahuna, o pasármela viendo los blu-rays de John Carpenter que compré en Barnes & Noble un día antes de que me internaran.

Por las mañanas, me ejercitaba en mi cuarto. Luego jugaba ping pong incluso con el inútil de Marsellus y con Chelsea. Cierta noche, la gorda entró a mi cuarto a escondidas e introdujo la cabeza debajo de mi colcha. A pesar de sus besos y mordiditas, yo me quedé quieto hasta que terminó. Recuerdo que luego me preguntó por el papel higiénico y yo le dije que ya se me había terminado el rollo.

El último día, me entretuve contando las ventanas de los rascacielos del frente. Primero, de una forma simplificada mediante una fórmula. Después, las conté una por una solo para comprobar. Me dediqué también a observar el East River y a enumerar el número de embarcaciones que lo navegaban. Aquel día, pasaron tres lanchones de desperdicios con dirección a Staten Island, el tiradero de New York, dos ferries y un bote de la NYPD.

En cierto momento, me percaté de que, a mi izquierda, Marsellus empezaba con su absurda rutina de quedarse mirando el cielo buscando aviones talibanes. Yo me alejé de él. No quería problemas con ese anormal, que se tornara violento y que me culparan a mí de sus pataletas.

En el comedor, Chelsea y otra paciente, una mujer mayor —cuya locura era chatear por un teléfono móvil invisible—, cuchicheaban. Al rato, la gorda Chelsea se me acercó.

—Bobby, ¿puedes hacerme un favor? —me preguntó.

—Claro.

—Esta carta es para Ray, pero no sé dónde vive ni dónde trabaja. ¿Tú sabes?

—Yes.

—¿Se la podrías entregar cuando salgas?

—Of course.

En la carta, la gorda le explicaba a Ray las razones por las que no le confesó sus sentimientos antes de que él abandonara el hospital. Le decía que

era un chico estupendo y le confesaba lo muy enamorada que estaba de él. Le proponía un encuentro romántico en Central Park apenas a ella le dieran de alta. Quería invitarlo a ver el musical en Broadway basado en los hits setenteros de Abba.

La cargosa de Chelsea me hizo jurarle por Dios que yo mismo le entregaría la misiva a Ray. Se lo prometí y guardé la carta dentro de una *National Enquirer*, una cuya portaba afirmaba que, cuando los americanos ultimaron a Osama Bin Laden en Abbottabad, este estaba recontra high de heroína.

Pasado un rato, sentado en el wáter, leí la carta de Chelsea. Cuando me dieron de alta, me entró desazón porque debía caminar varios bloques hasta la parada del tren N bajo el Empire State. El invierno hacía su entrada. Caía aguanieve y las veredas estaban resbalosas. Andaba con cuidado, no quería caerme y volver a fregarme el pulgar como en el Thanksgiving pasado.

Encontré una barbería. Era un sitio acogedor con espejos en ambos frentes y tres bonitas sillas, de aquellas antiguas con pedales, palancas, asientos de cuero y piezas cromadas. Atendían dos negros que escuchaban una estación de NOLA.

Mientras aguardaba mi turno, me preguntaba qué habría sucedido con Chelsea después de descubrir que dejé su carta abierta en el comedor al alcance de los demás pacientes. ¿Estaría histérica? ¿Se habría puesto violenta otra vez? ¿Se daría de cabezazos contra la pared? ¿O tal vez los demás internos se estarían mofando de las ridiculeces que le escribió a Ray?

Cuando el barbero me llamó para atenderme, me esmeré en explicarle qué tipo de servicio necesitaba. Me costó bastante porque —como estaba tan dopado por tantos opiáceos— no podía decir “aféiteme la barba y rasúreme

las patillas” en un inglés fluido. Así que para indicárselo tomé una navaja del tocador y me la pasé por el cuello.

CALANDRIA

El ángel ama, entiende y memora;
pues, de lo contrario,
sería menos semejante a Dios.

Ramón Llull

Primer sueño

Esta noche, Asdrúbal, te cuento mis tropiezos, mis yerros, mi vida ruin. No me avergüenza desahogarme con tan procaces imágenes.

Lo confieso: a veces se me retuerce la conciencia y me lleno de culpa. Pero eso es bueno, ¿no? Seguro es testimonio de que alguna bondad queda en mi corazón. Cómo se ve, perro, que la pasta no ha terminado de joderme. Mírame: por lo menos, no estoy privado de imaginación, amor y delirio.

Tú me has visto, Asdrúbal. Ciertas noches, en el arenal, chillo de melancolía por la ausencia de Calandria. Se me empapa la cara con moco. La guata me tiembla. Me quiebro y ni puedo chambear tranquilo en las funciones teatrales. Imagínate.

Durante la última presentación, los asistentes me lanzaron piedras, basuras, fruta podrida. ¿Que qué pasó? Olvidé mis líneas y me quedé mudo con mi disfraz de Barrabás. Se me desarmó la muñeca de Calandria, el maniquí de Andrónico, el tuyo también, perro. Es que estaba tan denso, amigo, tan ido y endiablado. Y para terminar de cagarla: en lugar de apenarme, solté desbocadas carcajadas, peor que payaso de feria, que bufón. Se me desencajó la mandíbula. Me mordía la oreja como mico.

Esta noche de luna en el Valle Sharón, asomado a la poza, me contemplo en el agua quieta: chupos reventados, dientes flojos, sinuosas ojeras, claros de calvicie. ¡qué jodienda, ¿no?, perro!: estoy en decadencia, acabado por el vicio y el menjunje. ¿Dónde quedó mi lozanía? ¿Dónde mis ojitos de miel? ¿Dónde esa sonrisa de niño que me salía delante de Calandria?

Beso su retrato —uno que pinté con ocasión del montaje de su trágica vida— y, ante ella, pido misericordia por mis faltas tan resinas, tan de energúmeno. Tú lo sabes, perro: ¿cuántas noches la cagué drogado con ella? ¿Cuántas me despeñé como un ciego? ¿Cuánto daño infligí a quienes me amaban? Incluso a ti, Asdrúbal, perro mío. ¿Recuerdas que te quemé esa nariz con basuco? ¿Que te monté como un torcido animal? Y lo peor: ¿cuánto veneno vertí sobre la inocente Calandria? ¿Cuánta infamia sobre su memoria? ¿Cuánto sinsentido?

Y te lo explico mejor, perro: cuando estoy de boletazo, el cerebro se me queda sin oxígeno y los supayes diablos me poseen. Por eso deshonro, maltrato, humillo, ultrajo, la friego. ¡Soy una mierda! ¿No? ¡Un impresentable! Encima, se me nublan los recuerdos y apenas rememoro lo hecho: solo son chispazos, imágenes recortadas, espectros. Lo que persiste en mi mente es apenas un susurro. La memoria está casi muerta.

Pasada la resaca, cuando Calandria —la sombra desnuda que todo lo percibe— me cuenta en ensueños las cojudeces que cometí de huasca, me entra una aciaga culpa, la pensadera, y nada me consuela. Taponeo los quetes con palitos de fósforo, y me meto más basuco, perro, más pegamento, más del rico pasteluco.

—¿Y el Tayta Cristo, tramoyista?

Ese ni cagando, Asdrúbal. Ese no ayuda. Es falla ese huevas. Me hace ascos. Me suelta sus ventosidades, su desprecio. Es aliado del traidor Andrónico, sapo feo. Incubo. Te cuento que me mortificaron en un templo por

Cristo ungido en la invasión. Unos berracos de los extramuros del Valle Sharón —ahora asiduos de Andrónico— me calzaron sin pollo. ¡Vergas caneras, perro! ¡Vergas con gonorrea! Crespas pichulas con escamas, ojos y lengua. Una violación masiva, hermanito. Me dejaron andando como pato.

A ellos el Causa —el cachudo— los protege. Por eso le hacen favores. Fumadas. Lo proveen con almas de nuevos drogos: niños, mujeres, vejetes desmuelados. Más cuerpos para escarnecer. Más almas que usurpar, sujetar y angustiar.

Ahora, frente al espejo roto de Calandria, en donde todavía chispea su purificada imagen, la invoco. Le ruego que me salvaguarde de mis flaquezas, de mi otro yo, de ese hijo de la gramputa que habita dentro, de esa basura inhumana que todo lo devasta. Le pido que me devuelva los recuerdos de los siete años que me la he pasado ebrio y drogado, vagando como infeliz orate. Imploro, perro, que retorne mi memoria.

Míranos, Asdrúbal. Los dos aquí en el arenal como siameses. Tú, con nuestra Calandria tatuada con púa y tinta china en el vientre, presentida como una sirena. Yo, con sus ropas puestas, sus alhajas, su sombrero, su escapulario. Perro, vayamos a poner agua bendita en un cántaro por ella. Prendamos velas en el contorno de la fosa donde la arrojaron. Recemos a dos voces: hermana Calandria, envíanos tu gracia. Loba Calandria, riéganos con tu leche sanadora. Esposa Calandria, procúranos tu boca. Castigadora Calandria, tennos compasión.

Segundo sueño

Anónimos fumones de basuco me lo relataron: después de que el río Sharón se rebalsara, el raso de la orilla quedó empapado como ciénaga. Si andabas por allí, perro, se te hundían las patas entre los sapos. ¡Uff! Hervían lombrices, moscos, el afiebrado dengue.

A esa estropeada tierra, llegó un peregrino quién sabe de dónde. Hueso, pellejo, barba, arropado con mortaja, decían. Llevaba un colorido tejido que le cubría la mocha. Es que era un cabeza de rodilla el hombre y se avergonzaba. Yo lo vi, perro: el extraño aquel plantó una cruz de palo anudada con alambre en la cúspide de la loma Sharón. Dijo llamarse Rómulo Urraca, que descendía de un beato gachupín del siglo XVI, y que el tasajo negruzco que portaba era una venerable reliquia: un trozo de teta de la milagrosa Calandria, la primera.

Acto seguido, Urraca ensalivó la reliquia, la sepultó en la tierra para fertilizarla y leyó de su cuaderno cosido: que la carne bendecida de Calandria penetre en esta región azotada, que se fermente en los corazones de los descarriados, en los cerebros destruidos, que su sangre reviva en el arenal.

Urraca se pasó siete años en el Valle Sharón enseñando la correcta doctrina, convirtiendo, apaciguando almas, combatiendo cultos profanos, las charlatanerías de los Testigos de Jehová, de los seguidores de Ezequiel Ataucusi y los leninistas. Un tórrido verano —con ayuda de unos invasores recién llegados, a los que llama en sus escritos “Los esperanzados de sosiego”— construyó una ermita de adobe, tablones y calamina. Allí vivía él, en un cubículo. Dormía con sus libros, sus cuadernos y contigo, Asdrúbal. ¡Recuérdate!

El pastor Urraca se mantenía de las limosnas de los parroquianos, de plátanos, yuca, maíz y agua de acequia. No consumía huevos. Ni abusaba de las cochinas de los borrachos y drogos.

¡Pal carajo los insolentes que aún hoy chismean de que era fumón, crápula!
¡Canallas! ¡Orates! ¡Recua de adefesios malhablados!

¿Recuerdas, Asdrúbal, que su escueta, pero devota doctrina, basada en la abstinencia, arraigó en la aldea? No solo por sus exaltadas palabras, su truculenta oratoria, sino por las puestas en escena. Se me viene a la mente las

escenificaciones del nacimiento de Rómulo y Remo, del Vía Crucis, de los milagros del apóstol Santiago en la guerra contra los infieles, de la transfiguración de Calandria. Pero, sobre todo, recuerdo una función de la pasión de Juana de Arco en que raparon a Calandria y le prendieron fuego en la pira.

En ese entonces, perro, yo descubrí mi madera de tramoyista. De ser vago, pájaro frutero, saltador de la Curva del Diablo, un resinoso cogotero, pasé — adiestrado por Urraca— a coser disfraces, pintar decorados, amaestrar perros, confeccionar antifaces, moldear máscaras. Luego tragué espadas, tijeras, carbones prendidos, sapos, entretenía con malabares y sortilegios. Incluso ayudé a Urraca —como escribano— a redactar crónicas, necrologías, comedias y tragedias que —poseso— me dictaba. Me hice histrión, perro. Representé al Crucificado, al judas ahorcado. A Pilatos, al grasoso Lázaro, a la tierna Magdalena. Hice de fariseo, hice de ti, Asdrúbal, del fermentido Andrónico, del finado Urraca y de la mismísima Calandria.

Era como un trance convertirme en ella. Me dejaba habitar por su desbocada ánima. Me colocaba la peluca de soguilla, las ubres de loba, las caderas de trapo, los vestidos de mamacha y flores en la cabeza. Me pintaba la cara. Entonces su boca hablaba por mi boca, su lengua se enredaba con mi lengua. Su cuerpo se estremecía dentro. Bailaba como babilónica las chichas de Papá Chacalón, perro. Tiritaba. Sangraba. Y te llevaba bajo mi regazo, Asdrúbal, como a wawa.

Muchos concuerdan. Con Urraca, la invasión se apaciguó. Desaparecieron los asaltantes y degolladores. Los avaros, ebrios y maldicientes. La vergonzosa molicie. Mandaron quemar las chicherías, los puteríos, arrojar a los comercializadores de pasta. Derramaron los porongos de menjunje de las tabernas. Quitaron la abyecta costumbre de comer corazón de ganado.

Levantaron con adobe un refugio para los adictos, tísicos y leprosos. Un comedor para los huérfanos. Los habitantes cooperaban, imitaban a los primeros cristianos de Galilea.

¿Recuerdas, Asdrúbal, la calurosa Navidad en que nació Calandria? Urraca atendió el parto. Él mismo escribe en sus deshojados cuadernos que la bebé no salió de la matriz de su madre —una india shipiba de trece años a la que prohibieron el ají y alimentaron por semanas con granadillas para que se pusiera más viscosa—, sino de un forado en su cuerpo y la tierra reseca. El padre, cuentan, era el mismo Urraca, quien —tras beber menjunjes con menstruación mediante engaños—, se amancebó con la seductora india. Así lo jodieron, Asdrúbal. Así lo tentaron.

Aquella Nochebuena, arrojaron la placenta de la shipiba Visitación Cairuna al fogón para que no se la comieran las hormigas. Y, enseguida, con las cenizas del cuajo, Urraca se espolvoreó la cabeza, la boca y el arrugado prepucio. Acto seguido, argumentando que, como Calandria nació sin lunares ni máculas, predijo —mientras celebraba con chicha de jora— que la niña, debido a que lloró dentro del vientre de su madre antes de nacer, sería pitonisa, que hablaría con los animales, las hierbas, los muertos y las flores. Este augurio alteró a algunos como el traidor Andrónico y sus pelucones pastrulos que querían sacrificarla por sus deformidades, y sepultarla en una gruta del cerro Capacocha.

Los manuscritos de Urraca —que por fortuna salvé el día en que Andrónico mandó incinerar su vivienda— señalan que Urraca conservó el cordón umbilical de Calandria en salmuera con timolina y cañazo. El pastor creía que ese cordón uniría las almas de los fieles de la invasión con la del Tayta Cristo en el cielo. En esos papeles rotos —medio quemados—, Urraca también confiesa que presencié cómo a Calandria le germinaron alitas de pichona del espinazo, que flotaba en la capilla revoloteando rapidito como

colibrí. Que, así, duendecita, se encumbró hasta las nubes y que retornó cubierta en pétalos de amapola, sacudiendo su cascabel. Dice que, ya en ese entonces, hablándole al corazón, al corazón circunciso de Urraca, Calandria le advirtió de la proterva traición de Andrónico, de nuestra pusilánime cobardía, hermano Asdrúbal. De nuestra hipocresía.

Tercer sueño

El judas Andrónico llegó a la invasión hambriento una medianoche del sétimo mes. Entró al templo en harapos. Suplicante, se abalanzó a la olla común. Se embutió la merienda, los porotos hervidos, la caballa reseca, el choncholí de buche. Urraca, benefactor, le permitió trabajar reciclando botellas y dormir en el último aposento, junto a nuestra perrera, Asdrúbal.

Con los meses, Andrónico, de oídas, espiando desde la trastienda, aprendió la enmarañada doctrina de Urraca. Primero la balbuceaba como cotorra. Luego, con su aceitosa voz, la entonaba, la susurraba, la revivía. Todavía en ese entonces podía decirse que era bienhechor Andrónico, pero, por tanta pasta, cambió para mal. Para las celebraciones de Todos los Santos, fumó por siete días y, mientras estuvo todo faltoso y energúmeno, lo picó una tarántula en el talón. Esa fue la razón —escribió Urraca en sus testamentos— por la que Andrónico se quedó en un corrupto estado del espíritu.

A los días, Andrónico comenzó a joderme. Usurpó mi puesto de actor y representó un auto de fe. A la noche siguiente, hizo de la graciosa Calandria en su agonía. Se puso alitas de ángel, corsé y una pollera de seda. Llegó un domingo en que, en el templo, Andrónico conmemoró un sobresaltado sermón ante el monacal silencio de Urraca, quien —condescendiente y ya achacado— lo dejó impartir charlas a los yonquis, a quienes sus parientes empujaban a la capilla con la esperanza de trocarles la existencia. Me acuerdo el arranque de aquel afectado sermón: “Todos ustedes, miserables, están muertos en las

delicias y el prepucio de vuestra carne”. Lo recuerdo bien porque yo era el creador de aquellas palabras.

Para convencer a la audiencia de viciosos de que Dios lo sacó del abismo de la coca y el menjunje, Andrónico resumió su existencia disoluta: cómo a los siete años sopló su primera bolsa de pegamento en las barriadas de El Montón. Cómo se emborrachaba con yonque y coñac de setenta céntimos en lugar de asistir a la transición. Cómo jalaba basucos que los recicladores le ofrecían a cambio de corneteadas y sexo anal. Cómo pululaba por los tiraderos buscando rancho junto a perros y ratas. Célebre se hizo Andrónico, contando cómo perdía la noción del tiempo. Diciendo que no distinguía lo primero de lo segundo ni lo tercero. Que no rememoraba nombres, y menos las cojudeces que profería intoxicado. “Los pastrulos no tenemos memoria”, decía. “Esa es nuestra bendición.”

Pero lo que no contó Andrónico a su audiencia de fumones recién llegados, imberbes chiquillos, era que, después de las charlas contra el basuco, el terokal y el menjunje, se iba contigo, Asdrúbal, trotando a la otra ribera del río Sharón, allá por el barrio gitano, y se tomaba un pomo de aguardiente donde tenía macerada una víbora, una tarántula y un alacrán, y se fumaba la pasta que decomisaba en las redadas en la invasión. A escondidas, jalaba hasta quedar con la cara derretida viendo espejismos.

Una noche, mientras tomábamos menjunje con pasas junto a la acequia, me contó que, en una de sus pastruladas, la contempló a Calandria de cuerpo presente. Vio que unas culebras se le treparon a ella a chuparle la leche de las tetas, y a él a sacarle el taco de lechada de su floja pichula.

Andrónico tampoco se atrevió a contar en público acerca de su papel en la muerte de Urraca. Resultaba que, a Urraca, un borrico perturbado le mascó el miembro con todo y criadillas, y se las dejó como talega, hechas mazacote. Urraca interpretó aquel incidente como un castigo de Dios por haberse

solazado con la shipiba Visitación Cairuna. Por eso, Urraca meaba por una sonda, erguido, apuntado a una bacínica, soltando unos gemidos quedos. Luego se dirigía al fondo de las chabolas a verter su orina en un porongo de barro. Urraca usaba su pichi, mezclada con rocoto y kukucho, para sancionar a los desobedientes. ¿Te acuerdas, Asdrúbal, qué asquerosa era esa mierda? Sabía a berrinche.

Cierta noche, lo escarmentaría a Andrónico porque, sin su venia, el puta sacó a los terrales de la invasión la momia de la tercera Calandria. Y fue una cagada, perro: los fumones la terminaron destrozando, ultrajando. Urraca, irritado, empujó a Andrónico hacia donde los porongos. Y fue allí, sin que nadie se percatara, que, con un pedernal puntiagudo, Andrónico le perforó el cráneo a Urraca. Luego dijo que aquella fue una pedrada de un desconocido pastelero que andaba pasadazo por la invasión, destrozando cosas a mansalva. Y todo eso, Asdrúbal, no lo vi con estos ojos corporales. Lo vi en un vivo ensueño con los ojos de la Calandria.

Cuarto sueño

Soñé raro, perro: que nacimos en el Valle Sharón pegados por la panza y que, ¡trapachaz!, el traidor Andrónico nos separó de un machetazo. Soñé que nos desangrábamos en el arenal, que los gallinazos nos circundaban ávidos. Pero Calandria, piadosa, se levantó y nos sanó con sus tersas manos. Nos volvió a pegar, esta vez por la cabeza. Tú eras hembra, perro, y yo, varón. ¿O tal vez era al revés? Apenas recuerdo.

¿Pesadilla o delirio, Asdrúbal? ¿Deslumbramiento o fantasma? Borrosa quimera. Yo qué sé.

Otra noche, vi en mis sueños la vida de Calandria. Presenció cómo a su madre, la shipiba Visitación Cairuna, la secuestraron unos traficantes. Ví cómo la drogaron, la prostituyeron, le sacaron el jugo los cafichos. También que la

terminaron expulsando del burdel por tener la chucha requemada con granos y pústulas, la apestosa epidemia de gonorrea. La contagió un sargento que nunca usaba condones de pellejo, un morropeño con fama de cachaburras.

Vagando por el arenal, un ropavejero la encontró a Visitación Cairuna y la trasladó a un nosocomio de tebecianos. El hombre aquel pagó con la suya la convalecencia, con un dinero producto de delitos perpetrados con un verdugillo, pero, cuando sanó la shipiba, afloraron las reales intenciones del hombre aquel. Le puso un bozal y la encadenó al catre de resortes.

Su primer hijo nació muerto, en medio de una copiosa hemorragia. La sangre le chisgueteaba por las piernas a la shipiba. Al feto, un bulto sanguinolento como cuajo, lo arrojaron a la acequia. El segundo hijo nació con ojos de sapo, con garras y sin coronilla. El ropavejero lo estranguló con su propio cordón umbilical. Murió muy cristianamente, según escribió Urraca en sus prolijas crónicas.

Al año siguiente, meses después de que yo matara al ropavejero con un puñal por pegalón concha de su madre, la shipiba dio a luz a Calandria. Dicen que nació cubierta de pétalos y coloridas plumas. Tentador era su perfume, armonioso su llanto, avispada su sonrisa. El único problema eran sus deformidades, su desproporción. Aquella noche, el pastor Urraca se embadurnó la boca con la placenta y la comulgó con vino de misa.

—Nació con las llagas de Dios —dijo Urraca durante el acto bautismal y le manchó la frente a Calandria con sangre de gallina—. Pero esas llagas sagradas, perros —nos dijo—, tienen que verlas con ojos iluminados, inocentes, no de chacales.

Sin embargo, Andrónico habló de una maldición nacida con Calandria. Y ciertos pobladores agoreros se la creyeron más cuando, en carnavales, una rata le asestó una artera mascada a Visitación Cairuna en el cachete y la contagió de rabia. La mujer anduvo perturbada, arrebatada, acometía a

mordidas a los parroquianos del cachadero del barrio gitano. Al final, se quedó muerta en cuatro patas, tiesa como la estatua de la loba preñada que Urraca mandó colocar en el templo.

Escucha, Asdrúbal: para ese tiempo, ya vivíamos metidos en un cajón de tablones y esteras en el galpón del templo. ¿Te acuerdas? La mirábamos a Calandria desnuda por la rendija mientras nos metíamos basuco, menjunje, harta porquería. Yo me saciaba, contaminado. Tú, cantabas entre sollozos, quebrado, jorobado. Sí, pues, fue Andrónico el que me contagió ese horrible vicio. Me puso su machete en la coronilla y me dijo fuma, perro de mierda, fuma. Y después yo te pegué a ti la quemada, por medio de las tripas. Por la sangre podrida.

¡Maldito Andrónico! Advirtió mi melancolía, mi tendencia a la soledad, mi sensibilidad para las canciones tristes, los huaynos y valeses. Me agarró al sentimiento el pendejo. Imagínate que, así fumadazo, asistí al velorio de Visitación Cairuna. Allí la vi llorar a Calandria. Cavar con pico y lampa, luego con sus propias manos remover la tierra. Sepultarla a su viejita en una ceremonia celebrada por Andrónico. Porque, para ese día, perro, Urraca ya llevaba buen tiempo fondeado en una fosa.

Andrónico la llamaba entenada y se metió a la casucha de Calandria sin anunciar. El conchudo trajo sus cachivaches en unos morrales, sus menjunjes en damajuanas. Sus cochinas sabandijas, el condenado pastel. En las noches, yo notaba la vela encendida, la fumarola de pasta saliendo por la ventana de la covacha. Era evidente que a Calandria le molestaba el basuco. Se corría para nuestro petate, se abrigaba con tu pelaje, Asdrúbal, con mi cuerpo. ¿Recuerdas? Pero Andrónico la cogía por la fuerza. Boca a boca, le pasaba el humo de la pasta para que no se resistiera a su lujuria. Tampoco a la nuestra.

¿Recuerdas, perro? Que Calandria no vomitó cuando le dimos pasta: se quedó paralizada, sin gesto, con las vistas enardecidas. Luego, sin que nadie

se lo pidiese, recitó sus memorias que yo comencé a transcribir en un cuadernillo. Y, tú, Asdrúbal, con devoción perruna, le lambiste los ojos cuando se tumbó a reposar. Te le acurrucaste en los pechos. Le abrigaste la tembladera, el frío que la erizaba. Amparaste su congoja. Metiste tu hocico entre sus piernas, sorbiste su sangre. A mi mente viene una imagen de esa noche: que su cuerpo de arcilla se desmoronaba en grumos. Yo apenas la distinguía a Calandria, Asdrúbal, apenas. Creo que ya estaba ciego y por eso la miraba a través de tus caninos ojos.

Quinto sueño

Después de que Andrónico enterró a Urraca en el silo, lanzando él mismo con la lampa las piedras y el desmonte, me encomendó evacuar la vivienda del pastor.

—Carboniza sus pertenencias en una pira —me dijo—. Sus ropones, sus breviarios, sus latines, su pulgoso camastro, sus yanquis y su peluda manta de gran cabrón. También sus retratos. Esos adefesios donde pintó su rostro encima del de Cristo.

—¿Y los cuadros con Calandria?

—Rómpelos. Tan solo conserva las estampas de ella.

—¿Y qué le diremos a los fieles?

—Que la vivienda de Urraca estaba infestada de roña. Que por eso la incendiaremos.

En secreto me guardé algunos cuadernos de Urraca. Otros, los rescaté del fuego y los encaleté en nuestro cubículo. Luego, Andrónico me ordenó que te macheteara, Asdrúbal, que te separara de mi cuerpo, que hiciera una patasca con tu cabeza para dársela a los menesterosos, a los del barrio gitano, sitio donde Andrónico estaba haciendo plata con el comercio de la pasta. Si no me hubieras hablado, perro mío, te habría decapitado y ya estarías en quién sabe

qué panza, qué buche. Tu cabeza sería amuleto de brujo. Tu carne, chalona. Tus huesos, caldo con tallarines. Tu pellejo, tambor.

Te salvaste cuando pronunciaste con voz aguardentosa el nombre de Calandria. Me relataste sus profecías, me dijiste que el propósito de Andrónico era borrar los recuerdos, tenernos enganchados al vicio, hacernos olvidar de que alguna vez pateamos en el mismo vientre. Entonces, supe que perturbado no estaba el pastor Urraca. Que esas supuestas invenciones de fumones de que, en los inicios del Valle Sharón, charlaba contigo mientras redactaba sus cuadernos eran verídicas. Dime, Asdrúbal: ¿solo me hablaste para salvarte? ¿Para que no te extirpara de mi cuerpo como un vulgar quiste, como un tumor?

¿Por qué ahora me llamas Urraca, perro mío? ¿Por qué Calandria? ¡Peor!: ¿por qué me dices Andrónico? ¿Compararme con ese pumacahua felón? ¿Estás fumado acaso? Desvarías, cuadrúpedo. ¿Cómo vas a decir que tu puntiagudo hocico emerge de mi boca? Mejor ya no te daré más pasta, perro. Ya no más.

Sexto sueño

En el sepelio de Calandria, aullé como hiena hasta que el pecho se me llenó de un amargo lodo. Colocaron el cajón de tablones reciclados sobre la mesa del comedor popular. Detrás, una cruz fabricada de palos, soguillas y ramas. Al costado, tú, Asdrúbal, yacías allí enroscado con tu rabo de látigo. Y yo, a tu lado, sintiendo tus cenizas pezuñas. Tus quemados sueños.

Andrónico —vestido con las túnicas de Urraca e imitándolo sin gracia— celebró la misa de cuerpo presente. Habló sobre nuestra desgraciada condición de mortales y citó a Blas Pascal señalando que “es más fácil soportar la muerte sin pensar en ella”. Colocó un capullo de rosa en la garganta de Calandria, esparció plumas de pajarito sobre su cadáver. Lo ensalivó.

Alguien abrió una botella de menjunje y, a la hora, Andrónico ya hablaba pichuladas. Evocó a la madre de Calandria —la shipiba Visitación Cairuna, su vivo retrato— y contó que se la había sopeado a la india esa y que su chorreada sabía a maracuyá. Luego, bailó música de violín y arpa. Zapateó. Imitó el vuelo del wamancha. Antes de enterrar el pico en la tierra de tan choborra que estaba, habló de la inminente llegada de una plaga de pulgas y ladillas. Y te señaló con el dedo acusador, Asdrúbal, diciendo que tú eras el pastor Urraca metido en un cuerpo de perro. Te imprecó.

Recubrimos el cuerpo de Calandria con vino, mirra y resinas aromáticas. Al anochecer, los pobladores del Valle Sharón lo trasladamos en una carreta al enterradero. Antorchas guiaban la procesión. Voces de mujeres y amujereados pedían por el alma de ella. Yo decía, recordando unas palabras de Calandria: “Tierno es el canto de la memoria, un estertor fogoso”. Arrastraba las patas detrás de la difunta, jalaba basuco, succionaba como enardecido, ya contaba esta historia perenne. Y, tú, Asdrúbal, también estabas intoxicado, con la mirada borrada, tu tembladera, tu furor y tu sed.

Los sepultureros hicieron descender el cajón con sogas. Lanzamos al hoyo lirios, flores, aguardiente, hojas de coca y chicha fermentada. Tapiada ya la tumba, retornamos al cubículo, nuestro pequeño claustro. Las dos panzas latiendo, transpirando una sobre otra con los pezones parados. Y, cuando al amanecer, se apareció la sombra de Calandria revivida, ya éramos un solo cuerpo, perro. El engendro que somos.

Siete años más tarde, quisimos desenterrarla con el hocico y las pezuñas. Pero la tierra estaba densa como hormigón. Y yo me pregunté ¿por qué volver al sepulcro de Calandria? ¿Un perro carachoso como yo acaso conocería el significado de la muerte? ¿Sería verdad lo que decía Urraca, que la mancada nunca llega, porque al momento de fenecer nos transformamos en otro? El

mismo Urraca afirmaba haber sido, entre otras cosas, culebra, soldado realista, comunista, sacristán luterano y matón de picana.

Asdrúbal, yo llegué a oír algunos susurros de la tercera Calandria, la negra. “Contemplo un rostro hostil”, dijo ella sudando. “Es Andrónico, Urraca, también tú, tramoyista. También, tú, perro Asdrúbal”. Y luego dijo: “Tramoyista, veo espinas encarnadas en tu frente. ¿Serás tú el resucitado, mi fornicador? ¿O un pestífero demonio, farsante? ¿Qué es ese miembro ensangrentado, ungido de excremento? Degenerado, invertido, podrido. Te lo advierto, no te veo con los ojos mundanos, percederos, sino con los ojos del espíritu”.

Sétimo sueño

A los siete años, arribó al Valle Sharón una compañía de teatro ambulante, dizque socialista, a poner en escena una obra titulada *Calandria*, que — aseguraban los actores— contaría la historia de la Calandria original, la primera.

Asdrúbal y yo asistimos al espectáculo. Nos sentamos al fondo de la tribuna de tablas que levantaron en el campo de fútbol y nos tragamos la obra entera. ¡Y qué cojudez!, ¿no, perro? Dijeron falsedades. Calumnias. Patrañas. Una historia inventada, trastocada por comunistas adefesieros.

Salieron con que la Calandria original nació en una ranchería de Lurín. ¡Puros embelecós, Asdrúbal! Tú y yo lo sabemos, porque vimos, que Calandria emergió de un forado que atravesaba el cuerpo de su madre. Contaron también que Calandria fue una combatiente que luchó contra los invasores chilenos hacía más de un siglo. Que peleó junto al mariscal Cáceres con uniforme de sargento. Que mató a decenas de enemigos, rotos malditos. Con eso quisieron negar su vida devota, su voluntario enclaustramiento, su renuncia a la vida terrenal.

También aseguraron los rojos esos que Calandria no podía volar, que no hablaba con los difuntos, que nunca pronunció sus siete profecías, sus ensueños que ahora recito en los arenales, mercados y plazas. Que eran mentiras de supersticiosos, purito floro, barato chamullo. Inventaron que Calandria se casó con un cachaco arequipeño y que engendró hijos, pero que se le murieron de viruela. Afirmaron que no dejó descendencia, que su sangre se diluyó.

Los actores aquellos, que fundaron en el arenal el asentamiento humano República Democrática Alemana, contradijeron que Calandria se mantuviera milagrosamente virgen hasta el día de su muerte, a pesar de haber sido la mujer de nosotros en el Valle Sharón en esos siete años, de nosotros, los pastrulos, nefandos pecadores. Falsificaron esa esencia de ella, esa memoria nuestra. Negaron la magia.

Acuérdate, Asdrúbal, Calandria nos dio sosiego. Nos proporcionó caricias, arrumacos, su tibia chorreada. Nos cobijó a los solitarios, a los tarados, a los que somos más feos que el hambre y que ninguna chola apretada de la invasión aceptaba. Generosa fue la Calandria. Castigadora también.

En su versión de la historia, los actores mariateguistas no mencionaron ni la traición de Andrónico, ni la vida santa del pastor Urraca, ni mi confusa existencia. Menos a ti, fiel perro Asdrúbal, mi guía por este río de la muerte. ¿Recuerdas que nos echaron a palos de la función cuando protestamos? Que rompieron nuestros atuendos de piel de chivato. Que nos dijeron fuera de acá, par de drogadictos.

Eso que decían los rojos era mentira, perro, porque Urraca, que sí existió —todavía su calavera se la encuentra en el arenal hablando—, escribió en sus cuadernos la historia de Calandria, de sus transformaciones, su genealogía, su pasión. También habló de la felonía de Andrónico y de mi caída en desgracia, de mi cobardía y silencio.

En las páginas sobrantes de esos cuadernos cosidos en cuero de toro, yo sigo escribiendo: “Después del entierro de la sétima Calandria, en el Valle Sharón, nos amotinamos, agarramos alfanjes, verduguillos, antorchas. Fuimos muchos, los sanos, los podridos, los huérfanos, y apedreamos al conspirador Andrónico. Yo lo capé con la hoz. Lo sodomizamos con un pico por tremendo hijo de la gramputa que era y lo quemamos con carbón y kerosene. Luego trasladamos sus restos en una carretilla de albañil y los depositamos en la cloaca”.

Y eso no fue exceso ni saña, perro. Seguimos al pie de la letra lo que leímos en los manuscritos de Urraca, cuyas profecías una a una se vienen cumpliendo. Esas visiones son mi anhelo, hermanito, pues avizoran mi sanación, mi ansiada paz, mi providencial porvenir: librarme del basuco y el menjunje, recordar los siete años olvidados en feroz borrachera. Pero, sobre todo, Asdrúbal, sombra mía, se viene plasmando el destino de Calandria: fertilizar la eriaza tierra del Valle Sharón. La regeneración de su cuerpo.

ÍNDICE

Chevy del 64

En el río Culebra (la pichicata es la solución)

Royal Burger

La sublevación

Resina

Maz nah

Carecuchillo

Camposanto

Ray, este es el paraíso

Calandria

Encuétranos en:





Richard Parra

Resina

Las historias de *Resina* comprenden diversos contextos sociales, tiempos históricos y registros narrativos: desde alucinados monólogos ambientados en la época colonial y en precarias barriadas limeñas, pasando por relatos neorrealistas de criminales, periodistas sin escrúpulos y políticos lumpen, hasta las trastocadas memorias de un drogadicto y su hermano siamés, un perro callejero.

Resina despliega una escritura oblicua, esquizofrénica, no identitaria ni trascendente, que privilegia ante todo la materia verbal, sus fracturas especulares, sus formas desnudas, antes que un estilo directriz, una voz poética, o una expresión ancilar.

“Parra juega con nuestros anhelos más naifs igual que lo hizo García Márquez en *Crónica de una muerte anunciada*, poniendo en evidencia el deseo de que la literatura —y de refilón la realidad— acabe bien, mientras el inexorable mecanismo de las narraciones verosímiles destruye, como bola de una máquina de demolición, nuestras esperanzas más imbéciles”. Marta Sanz

Seix Barral Biblioteca Breve

